GALAXIA
Ciencia Ficción

LOS RITOS DE OHE

JOHN BRUNNER

«Cuán corto es un siglo en realidad…». Quien hablaba era el Inmortal Karmesin y llevaba, viviendo un millar de años. Se plantaba, una figura gigantesca contra el torrente del tiempo, como un canal permanente abierto para que los infantes de la galaxia exploraran las profundidades del pasado.

Era un anatema para los Fénix, porque creían en el nacimiento tras la muerte, en la regeneración tras la destrucción. Y sabía que él, un hombre, tenía que descifrar el misterio Fénix o vivir para verlo llevar una fiera muerte a todos los planetas del hombre…

epublibre

John Brunner

Los ritos de Ohe

Galaxia - 49

ePub r1.0
Titivillus 15.06.16

Título original: *The rites of Ohe*
John Brunner, 1963
Traducción: Fernando M. Sesén
Diseño de cubierta: Enrich

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

PERSONAJES

Karmesin
Hablaba con la voz de la Historia desde su atalaya de un millar de años de edad.

Merry Duner
Estando en juego el destino de los planetas, ella se interesaba tan sólo por el hombre amado.

Dombeno
Un político aficionado, celoso de la suprema autoridad de Karmesin.

Snow
Este ser extrahumano cortés y de piel dorada, dio su vida intentando mantener oculto el secreto mortal de su pueblo.

Remlong
Evidentemente se avergonzaba de no ser oheano y eso producía un terrible efecto en su objetividad.

Rex Quant
Tuvo una idea —que jamás se tomó en serio— pero que le condenó a un terrible destino.

I

Pareció a Merry casi un milagro cuando el Inmortal entró en el vestíbulo del enorme hotel. Hasta entonces, su desesperada aventura había comenzado con malos auspicios. Había puesto todo en juego, sus recursos financieros y sus esperanzas, y sin embargo, después de todos sus preparados planes, las cosas habían resultado mal.

Por ejemplo, el pensar en hacerse a sí misma inconspicua. Se vistió con una blusa oscura de diseño modesto y leotardos también oscuros, sin aderezarse absolutamente con joya alguna. Ella se dio cuenta de que esto era un error nada más entrar con estudiada indiferencia, en el vestíbulo. De las ciento y pico de personas… y casi personas… que estaban de pie o sentadas en torno al enorme vestíbulo, derechas o cabalgando en los tapices rodantes, ella logró llamar más la atención que nadie. Hombres con trajes de brillosinth, de llamativo color pavo real, volvieron sus entiaradas cabezas hacia ella; mujeres vistiendo trajes a la última moda y sartas de diamantes, con pinturas estratégicamente diseminadas, trataron calculadoras de no mirar hacia su dirección, cuando se les ocurrió a todos preguntarse si también deberían romper en su conjunto los lazos de la moda.

Cogiendo su bolso alarmada, al pensar de que en cualquier momento el supervisor de servicio, en su burbuja de sobre la cabeza, podía decidir asignarle un robot investigador, Merry se sentía a punto de posponer su investigación, cuando en la puerta principal se produjo un cierto alboroto.

La palabra pasó como una brisa sobre una hermosa llanura. Merry la captó al serle susurrada a pocos palmos de distancia suya.

—¡Uno de los Inmortales está aquí! ¡Va a entrar!

Al instante se produjo una oleada hacia la puerta, encontrándose con otra que surgía del lado opuesto, mientras el reverencioso y sumiso personal humano, por lo menos veinte robots de servicio y una tira de burbujas flotantes con cámara, acompañó al Inmortal al interior del vestíbulo.

Merry pudo verlo antes de que la multitud se cerrase en su torno: un hombre de mediana estatura y construcción, llevando un traje termostático anticuado de un tono decisivamente neutro, cuyo pelo era blanco y de ojos extraordinariamente grandes y brillantes en un rostro palidísimo. Pero esta conmoción fue su oportunidad; no quiso esperar un momento más.

Tratando de no apresurarse demasiado, se introdujo en un tapiz rodante que conducía fuera del vestíbulo principal y hacia el ala más antigua y barata del hotel.

El tapiz rodante, o acera transportable, llegó a su destino. Estaba activado superficialmente: sólo la capa superior de tres o cuatro moléculas de espesor discurría hacia adelante. Al fin de su recorrido, la capa superficial se interpenetró con otra capa inmóvil directamente debajo, y la detuvo enfrentándose a una serie de antiguos ascensores, cápsulas físicas deslizándose por pozos verticales. En la nueva ala principal del hotel había instalados los últimos sistemas de tubos ascensoristas.

Rápidamente, Merry avanzó hasta el ascensor que buscaba. Daba acceso a la terraza superior y también a los picos interminables y, por consecuencia, no estaba reservado únicamente a los residentes privilegiados. Al aproximarse al ascensor, las puertas se corrieron apareciendo la máscara sonriente de un móvil robot de servicio, que le preguntó su destino.

—Terraza superior —contestó ella. Tenía que mentir. Si le daba un número de cuarto, el robot lo comprobaría en milésimas de segundo y descubriría que ella no era la ocupante, enviando una llamada para descubrir si estaba invitada o no a entrar en la habitación. (Merry había pensado en fingirse una chica alquilada, pero el hotel tenía sus propios conciertos y no tuvo más remedio que venir como mera curiosa turista).

—Por favor, entre —dijo el robot. Ella obedeció y las puertas se cerraron.

Al instante notó cómo la cápsula se movía, al tiempo que Merry

se sentía frenética. Abrió su bolso y sacó el primero de los costosos aparatos que guardaba en él. Se trataba de un simple disyuntor de campo, para dejar inactivo al robot.

Pulsó el conmutador hasta el máximo y como un rayo quedó barrida la figura del robot. Según la información que poseía era posible estropear los circuitos de cortesía e información, sin inmovilizar todo el entero mecanismo extensional de la cápsula. Pero podía quizás estar equivocada. El corazón de Merry casi no latía y permaneció encogida durante un instante que parecía eterno. Luego vio que el rostro del robot tomaba una expresión tan lánguida como la de un hombre insconciente, mientras la cápsula seguía su ascensión.

Manteniendo el disyuntor de campo apuntado al robot, oprimió con un dedo el botón de alto en la pared de la cápsula. Los informes que poseía eran que nadie se había molestado en desconectar estos circuitos; sin embargo, la información podía ser incierta. No lo era.

Merry era demasiado cínica para creer en la suerte, pero desde la afortunada intrusión del Inmortal en el vestíbulo, se sentía dispuesta a cambiar de opinión. Con el bolso oscilando en su brazo, atisbó para ver cuál era el botón selector del piso octogésimo.

No había ninguno.

Durante un terrible segundo se vio presa del pánico y casi apartó del cuerpo del robot el rayo disyuntor de campo; luego se reprimió. Era preciso oprimir el 8 y el 0 simultáneamente para llegar al piso 80. Su mano era lo bastante grande para oprimir con índice y pulgar los dos botones; si hubiese querido ir al piso 90, no lo habría logrado. Las manos, como el resto de su persona, eran de escala miniatura, exquisitas, pero microscópicas.

La cápsula había ya rebasado el piso 80. La notó detenerse, casi dudar, y de nuevo conoció un crudo terror antes de que el mecanismo respondiera. La dirección de viaje se invirtió durante unos cuantos latidos y luego el ascensor se detuvo.

La puerta no se abrió.

¿Estaba entrelazada con el circuito interno del robot? No. Vio con alivio que los mandos manuales estaban completos y con un botón incluido que decía: ABRIR PUERTAS. Se le ocurrió que estos ascensores debían tener tres o cuatro siglos de antigüedad; jamás había visto antes unos controles manuales de esa clase.

Consiguió abrir las puertas. Precavida, dispuesta a guardar en su bolso rápidamente su disyuntor de campo, en el instante en que estuviera en el corredor, y alejándose del robot.

El rostro de la máquina volvió a la normalidad. Pareció casi turbado durante un instante y luego se cerraban las puertas. Lo que pasaría cuando descubriese que en su información, «pasajera en cápsula dirigiéndose hacia la terraza», era falsa, Merry no tenía la menor idea. Ni tampoco le importaba.

No había nadie en el corredor. Eso no le sorprendió. El ala más barata y vieja del hotel se utilizaría por la gente que viniese a Aryx con negocios definidos en mente; los que pasaban las vacaciones o hacían viajes de placer pagarían los grandes lujos del ala moderna.

¿Estaban las puertas numeradas? Esa era la siguiente pregunta. Lo estaban, por suerte. Cada una llevaba un grupo de cuatro cifras en plástico luminoso; las habitaciones vacías se distinguían porque los números estaban apagados. Las reservas, iluminadas por un pálido resplandor rosado, y las habitaciones ocupadas en el presente por sus residentes, con un brillo rojo fuerte. La 8010, la habitación a que iba a entrar, estaba vacía.

¡Más suerte! Estaba dispuesta a seguir adelante, incluso aún cuando el cuarto estuviese asignado y ocupado, pero al menos no tendría que dominar a nadie. Dejó caer su pistola al fondo del bolso y sacó una ganzúa electrónica que colocó sobre la cerradura.

El vendedor le aseguró que con facilidad abriría cualquier cerradura de más de diez años de antigüedad. La probó de manera subrepticia. Trabajaba estupendamente. Pero siempre había el riesgo y posibilidad de que hubiesen colocado cerraduras nuevas…

La puerta se abrió, y Merry la cruzó respirando fatigosamente.

El cuarto era pequeño, con anticuados muebles. Había una cama termostática, pero no tenía las unidades especiales modernas. Había un puesto de mandos, corriente y operado por voz, para el servicio del cuarto, una de las burbujas personales que te siguen siempre. Así que todo iba bien. Había, claro, un ajustador de sentidos, un euforizador, y los usuales chismes. Merry lo recorrió todo con una mirada y los olvidó. Tenía muchísima prisa para examinar la habitación más estrechamente.

Ahora, la última mercancía crucial salió de su bolso. La alzó con viveza, esperando que no se hubiese golpeado y averiado. Miró en

su torno buscando un lugar donde instalarla. La cama… eso serviría.

Avanzó con destreza. Primero, el buscador gran angular. Luego el buscador de foco fino. Después el analizador. Colocó conexiones entre ellos, desde una botella de conductor líquido.

Energía. En una habitación vacía, la fuente de energía probablemente estaría desconectada; de todas maneras, no habría sido capaz de descubrir si el hotel dominaba las extensiones impidiendo que se desperdiciara corriente. Ajustó la célula de combustible que había traído y la puso al máximo funcionamiento.

Y ahora… el dato básico. Buscó dentro del cuello de su blusa su apreciado dije. Se suponía que había sido de origen terrestre; de cualquier forma, Rex había dicho que se lo regalaba a ella. Se tendría que retroceder mucho tiempo, para hallar a alguien tan sentimental como para que hiciera tales cosas, pensó. Pero Merry encontró la idea del dije encantadora y casi insistió de que hiciese el trabajo adecuadamente… razón por la que el dije contenía un rizo plateado del pelo de Rex.

Con dedos temblorosos colocó el cabello en el campo del buscador de foco fino.

Ahora debía aguardar. Algo así como unos diez minutos, le había dicho el vendedor. Aquella sería la espera más dura y larga de toda su vida.

Apenas se atrevía a apartar los ojos del pequeño aparato que había erigido en la cama. Zumbaba débilmente; era antiguo y muy usado y había una cierta irregularidad en el analizador. Pero las posibilidades en contra de una falsa lectura seguían siendo de mil contra una, y Merry se sentía satisfecha con eso.

¿Había un destello en la luz piloto? Merry comenzó a adelantarse, mirando la máquina más de cerca. En aquel momento la puerta del cuarto se abrió.

Merry lanzó un grito y giró para defenderse de los intrusos. Ambos eran humanos. La mujer, no la conocía; tenía un aire de autoridad que sugería podía tratarse de un miembro decano del personal del hotel. Eso encajaba, pues su inconfundible compañero era el Inmortal, de rostro pálido y cabello blanco, que vio unos momentos antes de su llegada al vestíbulo.

II

La mujer palideció visiblemente al ver a Merry. Perdió el control de sí misma durante un momento, sin embargo, luego ladró con voz como la de un gato siriano:

—¿Qué hace usted aquí? ¿Qué significa esto? ¡Por las estrellas, la conozco! Es usted la mujer que hizo alegaciones falsas contra…

Se interrumpió, volviéndose a su acompañante.

—¡Inmortal Karmesin! —exclamó en un tono que contrastaba de sumisa apología—. No sé cómo excusarme de este hecho extraordinario. Llamaré a un robot de servicio y a la fuerza de la ley, y posiblemente entonces, usted reconsidere su decisión de residir en esta ala del hotel, en vista de la serie de disposiciones de seguridad que tenemos…

Un destello de interés había aparecido en el rostro impasible del Inmortal Karmesin, cuando sus ojos recorrieron primero a Merry y luego el aparato que había colocado en la cama.

—Ya se lo dije, señora Gamal —le interrumpió vivaz—. Soy hombre de gustos anticuados. ¿Por qué lo encuentra usted extraordinario en relación a mi edad? No lo entiendo. Yo no quiero residir en un cuarto moderno con un maldito receptor de órdenes moderno también flotando por encima de mi cabeza todo el tiempo. Yo quiero comodidad, paz y tranquilidad. Si insiste una vez más en que me traslade al ala nueva, me iré… a otro hotel. ¿Está claro?

Abrumada, la mujer tragó saliva.

—En cuanto lo preguntado a esta chica —continuó Karmesin, avanzando con expresión meditativa—, parece tan ridícula como todo lo que he oído desde que empezó usted a hablar. Lo que está haciendo resulta perfectamente claro; opera un analizador de esporas personales. Lo que me gustaría que se me explicase es el

significado que puede tener la positiva lectura que acaba de sacar de la máquina.

Merry volvió la cabeza con rapidez. Con toda seguridad, durante el minuto que había transcurrido desde la entrada de Karmesin, el analizador había acabado su trabajo y mostraba una luz roja en lo alto de la caja.

—¡*Estuvo* aquí! —dijo con fiereza Merry mirando el analizador.

—¡Inmortal Karmesin! —exclamó alarmada la señora Gamal—. No la escuche. Está sujeta a alguna especie de espejismo y durante meses ha estado molestando al hotel con falsas alegaciones…

—¡No es verdad! —Fulminó Merry—. Lo que yo dije era cierto. ¡Acabo de probarlo! Usted habló de ir en busca de la fuerza de la ley. Bueno, adelante. ¡Los quiero aquí, lo antes posible, para que pueda probar mis acusaciones!

—Llamaré a un robot de servicio —dijo la señora Gamal, volviéndose hacia la puerta—. Y a un siquiatra. Evidentemente necesita más las atenciones de este último que las de la ley.

—Usted no hará nada de eso —dijo Karmesin con una voz de autoridad tal que era inconcebible desobedecerle—. Cerrará la puerta y aguardará aquí dentro.

La señora Gamal tragó aire como un pez fuera del agua e intentó formular una objeción. Pero puesto que la atención de Karmesin ya no estaba fija en ella, simplemente obedeció la orden.

—Ahora, criatura —dijo Karmesin, volviendo su casi esquelética sonrisa a Merry. De pronto se dominó a sí mismo—. Perdóneme. Tiendo a llamar criatura a todo el mundo, partiendo del punto de ventaja de una vida de un millar de años. Siéntese, tranquilícese y cuénteme lo que ha descubierto.

Sintiéndose algo débil, no sólo por la doble sorpresa de ser pillada allí y descubrir que sus sospechas eran correctas, sino también de la referencia casual que Karmesin había hecho a sus mil años de vida, Merry tomó una silla y unió sus manos sobre el regazo para impedir que siguieran temblando.

—Hay un pedacito de cabello debajo del buscador de foco fino —dijo—. Pertenece a un hombre llamado Rex Quant. Es de Gyges. Historiador psico-social. Le conocí hace dos años, cuando estuvo aquí con un contrato. Nosotros… ajenos… nos enamoramos.

Karmesin enarcó una pálida ceja.

—Un atavismo interesante —dijo sin malicia—. Estaba muy interesado en su trabajo, ¿verdad?

—Sí, lo está —Merry acentuó la tensión presente—. Bueno, cuando terminó su contrato volvió a casa, pero prometió regresar y volverme a ver y tratar de obtenerme un puesto a su lado para que pudiéramos pasar por lo menos unos cuantos años juntos. Y no volvió. Yo acabo de demostrar que lo hizo.

—¡Inmortal Karmesin! —exclamó la señora Gamal, que había recobrado por completo su compostura—. Esta historia ha sido…

—Silencio —dijo Karmesin. Y añadió en dirección a Merry con tono animoso—. Adelante, criatura.

—Hace un par de meses tuve un mensaje suyo… creo que llegó el tres de Midspring[1]. Decía que había obtenido un contrato a un sueldo mucho mayor que el que pudiera soñar y que no sólo le sería posible llevarme a Gyges, sino que vendría y me recogería personalmente dentro de una semana, y terminaba diciendo que por último podría permitirse el lujo de residir en el hotel Mira… en éste. Había sido una especie de broma entre nosotros, comprenda; pensábamos lo que en aquellos momentos nos parecía un derroche tremendo de dinero, yendo a cenar a los jardines de la terraza superior, y nos preguntábamos, si alguna vez seríamos lo bastante ricos como para poder pasar la noche aquí.

»Así que vine, pregunté por él y me dijeron que no estaba, que nunca estuvo aquí y que no tenían idea de dónde se podía hallar. Él me había hablado de su número de cuarto, mire… había sido reservado con anticipación, desde Gyges, por la línea espacial en la que viajaba… y yo armé un alboroto terrible hasta que por último me enseñaron este cuarto y se me permitió pulsar por mí misma los botones de la memoria registradora… su voz se hacía cada vez más insegura—. ¡Nada! ¡Nada en absoluto! Pero yo estaba *segura* que había cumplido su palabra. Estaba *segura* de que me hubiera hecho saber si algo iba mal. Comprobé con el espacio-puerto, y me salí con la seguridad de que había llegado temprano aquel mismo día, y que lo último que sabían era que tomó el metro hacia el hotel Mira.

—¿Por qué no fue a recibirle al espacio-puerto?

—Hubiera deseado hacerlo —dijo Merry inexpresiva—. Pero vivo en Stonewall[2]…

—¿Dónde es eso?

—Queda a casi seiscientos cincuenta kilómetros de Aryx, una islita en el mar de Sambhal. Y el espacio-puerto resulta a más de ciento sesenta kilómetros de Aryx.

—¿En dirección opuesta?

—Sí… casi exactamente.

Karmesin asintió.

—¿La llamó desde el puerto a su llegada?

Merry sacudió la cabeza.

—Mire, yo me dirigía a Aryx. Y no quise perder ni siquiera una hora antes de volverle a ver. Y no hay servicio de llamadas personales en las lanchas que unen Stonewall y el continente.

—Comprendo —dijo Karmesin. Inesperadamente suspiró y Merry le dirigió una mirada de asombro. Con una torcida sonrisa explicó—: Me temo, criatura, que sea una vieja historia. Yo esperaba… ¡siempre esperar!… algo nuevo. Pero tal desaparición resulta una cosa común.

—¡Para mí no! —destelló Merry.

—No. No, lo comprendo… y… me interesa —Karmesin señaló el analizador de esporas personales de la cama—. Aparentemente ha demostrado usted que Rex Quant estuvo en este cuarto, y durante tanto tiempo como para proporcionar una huella detectable después de un lapso de dos meses. Eso señala a una de dos posibilidades: o bien residió en el cuarto durante unos días, o tuvo aquí una experiencia emocional muy violenta. ¿Conoce usted el principio de esos analizadores?

—Me temo que no —confesó humildemente Merry—. Si hubiese sabido de ellos antes, tengan la seguridad de que habría venido aquí con anterioridad y lo habría puesto en funcionamiento.

—Bueno, lo que hacen es escrutar resonancias tipo en los restos moleculares de la larga cadena que todo ser humano deja tras de sí, cuando se va… arma personal, grasa de las manos, rastros de respiración e incluso capitas de piel muerta, demasiado pequeñas para que el ojo las distinga. Usted refuerza esas huellas, evidentemente, en regresos sucesivos a la misma situación, e incluso el equipo de limpieza más moderno de cuartos, no logra barrerlas por completo; de ordinario se pueden detectar las huellas individuales durante un mes o más.

«Basándome en lo que usted me ha dicho, parece improbable

que su hombre permaneciese aquí el tiempo suficiente que permitiera esporas a un nivel que duraría meses. Pero un transtorno emocional violento puede intensificar las secreciones… sudor, principalmente… hasta tal punto. Humm… —Karmesin se frotó la barbilla—. ¿Cómo acostumbra a vestir su hombre?».

—Estilo Gyges —dijo Merry—. Ejem… bastante ligeramente.

—Sí, estuve en Gyges. Gyges fue un rey que exhibió delante de otro hombre a su esposa desnuda…, ¿lo sabía? —Karmesin hizo un paréntesis—. Así que hay ahí otro punto. Los vestidos no habrían absorbido tantas esporas. Fíjese, hay un riesgo a correr con una máquina tan desgastada como la suya…

—¡El que me la vendió afirmó que el error era de mil posibilidades contra una! —arguyó Merry.

—Sí, pero mil a uno es un momio muy pobre cuando hay algo así como cuatrocientos billones de seres humanos —respondió de mala gana Karmesin—. Aún utilizaban las huellas dactilares como prueba de identidad cuando yo era joven; las probabilidades eran cinco billones contra una para el caso de una posible duplicación. Creo que tenía yo unos ciento veinte años cuando presentaron en un lugar este análisis de resonancia cromosómica… lo que harán cuando se convierta en anticuado, no me lo puedo ni imaginar. Hizo un gesto brusco.

—Así que empecemos por eliminar esa fuente de error, ¿quiere? —Se volvió a la señora Gamal, que estaba plantada junto a la puerta, en extremo pálida—. Póngame con la fuerza de la ley —le ordenó—. Dígales también que tenemos un mechón de pelo para hacerla funcionar. Si puede conseguir uno con discriminación del tiempo pasado, mucho mejor.

—Inmortal Karmesin —dijo con debilidad la señora Gamal—, con la mejor voluntad de la galaxia, yo no puedo permitir…

Karmesin se puso en pie y de pronto fue el rasgo dominante de la habitación, del edificio, de la ciudad de Aryx. Dijo:

—¡Señora Gamal! Ser Inmortal tiene sus prerrogativas. ¡Estoy aburrido! ¡Estoy cansado! ¡Y me veo impulsado eternamente! Pero también tiene sus compensaciones. Y una de estas compensaciones es el poder. ¿Se da cuenta que sólo tengo que acercarme a ese chisme de allí —señaló el comunicador único de la estancia—, y decir «deseo que cese de funcionar el hotel Mira» para que se

cumpla mi orden? ¿Se da cuenta de eso?

Merry contuvo el aliento.

Cuando la señora Gamal hubo abandonado la habitación, Karmesin volvió a dirigirse a Merry con su esquelética sonrisa.

—¡Vaya! —dijo—. Hago lo que puedo por ayudarla, ¿no? Cuando hayamos establecido que de seguro su hombre estuvo en este cuarto, descubriremos lo que le ocurrió al abandonarlo. Inspeccionaremos los monitores del edificio; revisaremos las líneas de salidas de las espacionaves para asegurarnos de que sigue en el planeta y luego obligaremos a la fuerza de la ley a preparar una adecuada búsqueda. Nos pondremos en contacto con la Embajada de Gyges y haremos que se empiece la búsqueda en su mundo patrio también. Nosotros… ¡Oh, criatura, estás llorando!

—¡Lo siento! —La chica se sofocó, luchando por contener sus emociones—. Es que estuve todos estos meses de zozobra por encontrar la verdad, y ahora todo ha ocurrido tan rápidamente que no sé acostumbrarme al alivio —se secó las lágrimas de los párpados con la manga.

—¿Puedo… puedo preguntarle algo, Inmortal? —dijo después de una pausa.

—Lo que quieras —Karmesin volvió a dejarse caer en su sillón.

—¿Por qué lo hace? ¿Por qué está tan dispuesto a ayudarme cuando deben haber millares de personas que darían, incluso su brazo derecho por poderle hablar?

—Estoy aburrido —contestó Karmesin—. Ya lo dije. Es cierto. Después de mil años, ya casi había perdido la esperanza de tener una experiencia nueva. Trato de divertirme cuanto puedo, ¿pero crees tú que resulta divertido cortar papel con una hoja de afeitar?

—¿Una…? Lo siento…

—Sí. Anticuadas… ¿no habían navajas de afeitar y hojas? —Otra vez Karmesin se frotó la barbilla—. No importa. Es muy profundo para comprenderse. Digamos, que usted me atrae. Me alegra ver a alguien encariñado de otra persona, en lugar de verse atraído sólo materialmente. Me alegro de advertir ingenuidad, persistencia, sinceridad, afecto… —rió—. No, eso es algo que usted desconoce. También anticuado. ¿Cómo se llama?

—Merry Duner.

—¿Merry? ¡Ja! Parecemos haber crecido en mundos anticuados.

Poseímos mutuamente la felicidad universal durante tanto tiempo, los términos como «merry[3]» se han degradado, ¿verdad? Apuesto que jamás oyó utilizar esa palabra en Aryx, a no ser como nombre.

—Oh, pero usted se equivoca —contestó Merry con una sonrisa trémula—. Rex me habló de su antiguo significado. Solía bromear conmigo acerca de «hacerme feliz». Perdóneme —se ruborizó un poco.

—Dijiste que era un historiador psico-social —comentó Karmesin—. Bueno, supongo que no resulta un mal chiste.

III

En la habitación se extendió un largo silencio. Karmesin se quedó sentado en su sillón, tan relajado e inmóvil como un muñeco, permitiendo sólo que los músculos de su rostro volviesen a su normal flojedad sugestiva de aquel cansancio intolerable y aburrimiento de que había hablado. Tratando de no mirar con demasiada fijeza. Merry, contemplándole, se preguntaba qué se sentiría viviendo un millar de años.

«¡*Un millar de años*!». De pronto aquello tuvo para ella en términos emocionales. Oh… cuando este hombre era un niño, aún había sudor y muerte en los planetas de la segunda generación, como Avalen y Chichimeca. Él oyó las noticias del primer encuentro con hombres no terrestres, cuando esto era propiamente noticia, y no historia. No era el más viejo de los Inmortales… ese honor correspondía a Rebecca Lail, como cada niña aprendía en el parvulario… pero sí se clasificaba entre la primera docena de ellos.

Nunca había esperado Merry hablar cara a cara a una de estas leyendas vivas, y menos verse ayudada en su situación por el interés de un Inmortal. En parte, porque le parecía irreverente saber demasiado acerca de aquellos celos irracionales que la gente más vulgar experimenta a pesar de su conocimiento consistente de las caras que una vida sin fin impone. Merry nunca supo añadir nada a los lugares comunes básicos aprendidos en la escuela. Inmortal: un nombre equívoco. La probable expectación de la vida era de cuatro a diez mil años, adquirida por manipulación tectogenética, elaborada cirugía pre y postnatal, y adaptación química del metabolismo para eliminar todas las fuentes conocidas de cambio senil. La circulación de Karmesin mantenía por lo menos diez enzimas de origen artificial y una proporción altamente excepcional

de otras enzimas naturales.

Añádase memoria eidética, un mecanismo de rápida reparación de los desgastes corporales, regeneración limitada del tejido nervioso, en realidad la clave de todo lo demás, y un I. Q.[4] en cierto modo en torno a los límites de los inmensurable, y eso era lo que constituía el así llamado Inmortal.

Propósito: proporcionar a las generaciones sucesivas de la humanidad expansiva, una reserva de experiencia directa, viva en medios ambientes olvidadizos, tanto físicos y, más especialmente culturales. Para el siglo XXIII

E. C. T.

(Era Común Terrestre) resultaba difícil para alguien, pasada la mediana edad, con noventa y pico de años a sus espaldas, recordar y reconstruir cómo sintió y reaccionó en las diferentes circunstancias de su juventud, cuando la sociedad corría el riesgo de caer en pedazos. Un método de restaurar la estabilidad, sería imponer deliberadamente, un período de éxtasis a la raza, de modo que en un medio ambiente inmutable y un análisis total del pasado reciente se pudiera realizar. Tal curso era concebible, pero impracticable. El trabajo tendría que hacerse pieza a pieza durante varios siglos, si es que se lograba.

Merry miró maravillada el pelo blanco de la cabeza de Karmesin. Allí abajo, en aquel cerebro fantásticamente bien dispuesto, habían recuerdos, accesibles por técnicas de simple regresión hipnótica, tan bien unidos, como las grabaciones de un sensinoticiero, e igualmente frescos.

Esta vez lo había estado observando demasiado rato. Karmesin lo notó y agitóse. Con su habitual sonrisa cadavérica, dijo:

—Te preguntas si deberías tener envidia de mí, ¿verdad?

—Sí… sí —admitió Merry.

—¿Qué edad tienes?

—Veinticinco. Es decir, años locales. Ejem… unos veinte años terrestres.

Karmesin cerró los ojos inclinando hacia atrás la cabeza y apoyándola en el respaldo; el sillón se amoldó y adaptó, proporcionándole un descanso para la nuca y cuello.

—Si pudiéramos hacerte Inmortal, Merry, es decir, si pudiéramos hacer a la juventud Inmortal, eso sería maravilloso.

Pero queda más allá de nuestro alcance y siempre lo estará. Amas la vida. Te excita porque es nueva y fresca. Pero no importa con cuanto cuidado reaccione tu cantidad de experiencia, llega el tiempo… en dos o tres siglos… cuando comienzas a repetirte, cuando todo se sombrea en una rutina universal. Un amante ya no puede verse separado excepto por un ejercicio deliberado de voluntad de los otros primitivos amores; un gusto, un olor, el más evocativo de los estímulos, ya no atrae por sus propias características, sino sólo por los recuerdos que te proporciona de la primera vez en que fue experimentado, o de la última, o de otro momento en donde lo experimentaste. Yo no sigo viviendo porque disfrute de la vida, Merry.

—Entonces… ¿entonces por qué? —se aventuró ella a preguntar.

—Obligación —contestó Karmesin—. Otra palabra anticuada. Yo no pedí la responsabilidad que soporto, pero la tengo y tiene que soportarse. Tu hombre era historiador psico-social. ¿Te enteraste de si había investigado literatura terrestre pregaláctica, específicamente, la antigua literatura inglesa?

—No. Su especialidad era historia reciente, de la primera mitad galáctica.

—La mía también… Hubo un escritor llamado Swift, que me premió a mí y a mi clase. Les llamó los Struldbrugs, hombres y mujeres miserables, visitados por casualidad por la incapacidad de morir, condenados a hacerse viejos, más viejos, aún más viejos, indefinidamente, hasta que perdían los dientes y eran murmurantes naufragios rechazados por sus tataranietos y obligados a buscar la compañía mutua o ir a solas, a pedir por las calles o morirse de hambre. Les dieron poder, claro… pero era preciso. Necesitaban con demasiada urgencia nuestros recuerdos para negárselo.

—¿El… el Consejo de los Inmortales? —dijo Merry, pensando en lo arcaica y romántica que sonaba la frase.

—Sí, el Consejo existe —Karmesin pareció haber perdido interés en lo que decía, cosa que resultaba apenas sorprendente en vista de las miles de veces que debió repetirlo, y guardó silencio.

El rostro de Merry era solemne. Sabía que en cualquier momento habría un clamor por admisión en las filas de los Inmortales. Los hombres habían luchado e intrigado por recibir milenios de vida y eso siempre resultaba materia de conversación entre los adultos;

quizá dos o tres al año aceptaron después de pruebas exhaustivas psicológicas y físicas. Pero el proceso de adaptación funcionaba mal en los adultos. Además, el peso de incluso cinco siglos se decía que era prohibitivo para permitir las «conversiones adultas»; murieron en accidentes o se suicidaron. Durante los pasados cien años la admisión fue sólo prenatal y los niños fueron cuidadosamente preparados en su educación para soportar la tensión de esta Inmortalidad.

La humanidad se había acostumbrado a vivir con sus hermanos más viejos, en planetas cuya historia hacía que la de la tierra pareciera un sueño huidizo; igualmente se acostumbraron a la existencia de los Inmortales artificiales, y aunque su rareza causaba sensación en donde aparecían en público, su longevidad ya no semejaba un don perfectamente deseable como lo fuera antaño.

* * *

La puerta de la habitación se descorrió sin previo aviso y Merry volvió la *cabeza*, para ver cruzar la entrada a un hombre de construcción robusta que aparentaba estar en la primera mitad de su vida… unos ochenta años, imaginó Merry… con un rostro rojizo y grande, y unas manos peludas emergiendo de la chaqueta de su uniforme gubernamental. Le seguían dos ejecutivos de la fuerza de la ley que guiaban a un analizador de esporas de modelo profesional, sobre una especie de transporte flotante bastante enorme, junto con el elemento energético, para hacer que la habitación se congelase con la aspiración de aire generado. Cerraba la marcha la señora Gamal y otro miembro del personal del hotel, un hombre cuya expresión estaba tan conturbada como la de ella.

El hombretón hizo un gesto a sus compañeros para que se detuvieran y saludó a Karmesin, que estaba reclinado en la silla con los ojos cerrados. Cuando iba a decir algo, Karmesin se le adelantó:

—¡Has engordado los pasados sesenta años, Dombeno!

El hombretón se quedó boquiabierto, luego se recuperó, secándose la frente con el dorso de la mano.

—¡No lo hubiera creído, Karmesin! —dijo, agraviado—. Juraría que no abriste los ojos.

—No tuve necesidad de hacerlo —contestó Karmesin,

abriéndolos ahora—. Estás más gordo y un poco más flácido, pero caminas lo mismo y respiras igual. ¿Cómo te encuentras y qué haces aquí? —extendió la mano para estrechar la de Dombeno.

—Vine por el motivo evidente —contestó Dombeno, soltando los pálidos dedos del Inmortal y sentándose al borde de la cama en ausencia de otro sillón en la estancia—. Oh, usted puede que no lo sepa. Soy el Secretario en Jefe de Asuntos Planetarios en esta actual pelota de barro.

—Has llegado muy lejos en sesenta breves años —dijo Karmesin con triste sonrisa—. Yo sigo siendo lo mismo que era la última vez que nos vimos. ¿Cuál es la «razón evidente» que mencionaste?

—¡Llamas!, ¿qué se cree usted? Si alguien aterriza aquí con la teoría de que tiene poder para ordenar a todos los habitantes que se tiren al mar de Sambhal, el gobierno local desea asegurarse de que no consiga su propósito. Acabo de enterarme en el espacio-puerto de que había llegado usted aquí, y marchaba del despacho para verle, cuando recibimos esta llamada del hotel pidiendo la presencia de representantes de la fuerza legal. Por eso vinimos juntos. ¿Cuál es la historia, si se me permite la pregunta?

—Descubrir al propietario del mechón de cabello que se encuentra tras el foco fino buscador del analizador, situado en la cama, y averiguar si ocupó esta habitación —Karmesin hizo un gesto negligente.

—Lo supuse. Usted debe ser Merry Duner —murmuró Dombeno, mirando de reojo a la muchacha, que asintió retadora. Después de una pausa se volvió a los hombres encargados del analizador de esporas—. ¿A qué esperáis? ¿No oísteis lo que dijo el Inmortal Karmesin?

Los hombres de la fuerza de la ley intercambiaron miradas. Uno de ellos sonrió, se encogió de hombros y obedecieron. Durante unos pocos minutos sólo se oyó en la estancia las respiraciones y el zumbido de los aparatos.

Luego, uno de los hombres junto a la máquina, respingó de asombro, dirigiéndose inexpresivamente a Dombeno.

—La lectura es positiva —dijo. Merry emitió un grito apagado. Él la miró inseguro y luego prosiguió—. Pero eso es absurdo, secretario. Si esta chica es Merry Duner, el hombre a quien busca tienen que ser ese tipo Rex Quant, de Gyges. Y hace dos meses que

entramos en el caso estableciendo que jamás había llegado a este hotel.

—¿Utilizasteis entonces analizador de esporas? —preguntó Karmesin.

—No… ejem… Inmortal —dijo intranquilo el hombre—. Pero revisamos la memoria registro e hicimos investigaciones exhaustivas; no había archivos de su presencia aquí en el Mira.

—Bueno, ahora los hay —apuntó Karmesin. Se puso en pie y se enfrentó al desconcertado Dombeno—. ¿Qué pensará hacer acerca de ello, secretario jefe?

Antes de que Dombeno pudiera contestar, la señora Gamal, que había estado discutiendo frenéticamente en susurros con su compañero junto a la puerta, se adelantó.

—¡Secretario, juro que todo es una tontería! ¡El tal Quant nunca estuvo aquí! ¡Voluntariamente voy a permitir que me urgen en la memoria, si usted insiste, pero le aseguro que conseguirá la misma respuesta de mi personalidad regresiva en el tiempo!

—Lo veremos —respondió Karmesin, en un tono tan neutral que la señora Gamal fue capaz de leer en él un millón de amenazas—. Hizo a Gamber una pregunta y espero recibir su respuesta. ¡Vamos, pues!

Dombeno se pasó la lengua por los labios.

—Bueno tendremos que repetir entonces nuestras investigaciones originales. Repasaremos nuevamente la memoria del registro, así como la memoria de los monitores de habitaciones de esta vieja ala, para ver si una fuerza insospechada se ha gastado…

Se interrumpió.

—Inmortal, ¿podríamos hablar usted y yo en privado?

—Si quieres —Karmesin miró en su torno—. En aquella esquina hay una celda de intimidad, creo. Vamos, pues, y que no te lleve mucho tiempo.

IV

Nada más cerrarse la puerta de la celda de intimidad, Dombeno se volvió hacia Karmesin.

—Nosotros, el gobierno, queremos saber por qué está usted aquí y si no es por motivos de investigación, deseamos pedirle que haga su estancia lo más breve posible.

—¿Investigación local? —quiso aclarar Karmesin—. ¿Mía o de vuestros historiadores?

—De nuestros historiadores —Dombeno pasó un dedo en torno al apretado cuello de su casaca.

—No, ningún equipo de investigación histórica a solicitado mi visita. Vine por mi propia voluntad —Karmesin soltó una risita; cuyo eco era como dos hojas muertas que se frotan juntas—. ¡A tu vieja edad, Dombeno, te estas volviendo quisquilloso!

El político, enrojeciendo profundamente, dijo:

—¡Acostúmbrese a no burlarse de nosotros!

—Es una frase que era aún corriente en mi juventud —contestó Karmesin—. En los días en que se esperaba vivir solamente ciento diez o ciento veinte años. Decíamos «vieja edad», cuando alguien alcanzaba los noventa. Ahora tú eres de mediana edad, literalmente puedes esperar llegar hasta los ciento sesenta años y quizás más; estamos añadiendo rápidamente cinco años cada siglo, a la media general de expectación de vida, en un mundo avanzado como el tuyo. Lo que buscas… ¿no es el punto inefable entre el aburrimiento y tu miedo a la nada?

Dombeno miró el suelo.

—Maldito sea, Karmesin —murmuró—. ¿Cómo logra usted siempre parecer como un… un oráculo sobrehumano?

—Soy la voz de una historia —contestó Karmesin sin un ápice de

orgullo—. Soy un recuerdo vivo, de un hecho, de que la raza humana es falible, imperfecta y finita. Somos una especie inteligente, pero no muy grande. ¿Has dicho cuánto deseabas decir?

—No —Dombeno aspiró profundamente y con un esfuerzo volvió a sus primeros pensamientos—. Le informaba a usted que nosotros, el gobierno, estaríamos reconocidos si hiciera su estancia aquí, lo más breve posible.

—¿De qué tenéis miedo? ¿De un Fénix que trate de lanzarme bombas para matarme?

Por la expresión del rostro regordete del político Karmesin supo que había dado en el blanco. Continuó, sin aguardar respuesta.

—Evidentemente sí. Así será mejor que sea tan directo como tú: la extensión del misterio Fénix es el motivo principal de que esté aquí. Lo vuestro es el planeta más avanzado en el que la carencia tiene una secuencia significativa. Mientras esté falta de foco como hasta ahora, yo quiero ser un foco; eso no era tema para un Fénix que un hombre viva mil años, ¿verdad?

—¿Quiere decir que ha venido aquí para hacer de blanco? —Dombeno estaba profundamente abrumado—. Maldición, Karmesin, ya tenemos bastantes dificultades con sus bombas y sus sabotajes al azar. ¿No sabe que hubo una inmolación pública hace apenas un mes en Stonewall? Sesenta personas, algunas de ellas con unos veinte años de vida por delante, se suicidaron en una pira.

—No quiero ser blanco. Quiero ser un foco —Karmesin no aclaró la distinción entre los dos conceptos— e hubiese informado de esto en cuanto la noticia de mi llegada me lo hubiese permitido. Ahora, si no te importa, me gustaría volver al asunto de la desaparición de Rex Quant.

—No veo porque usted… —Dombeno se interrumpió—. ¡Oh! Quizás sí… —De pronto se puso a sudar—. Un historiador psico-social… y vino usted directamente desde Gyges… ¿Se supone que estaba estudiando algún misterio de Fénix, lo mismo que usted?

—Lo mismo no —aclaró con seriedad Karmesin—. Ellos estudian; yo observo, para que dentro de otros mil años, un hombre pueda hurgar en mi memoria y redescubrir cosas este año de gracia. Que el cielo le ayude. Perdona mi anticuada fraseología. Soy un viejo y me alegro de que alguna vez la gente me lo recuerde.

—Sigue usted sin haber explicado…

Los ojos de Karmesin destellaron mientras hacia el gesto de abrir la celda de intimidad y volver a la sala principal.

—Te diré lo que quiera que sepas, cuando me plazca —respondió.

* * *

Esperando intranquila que saliera Karmesin, Merry trató de evitar los ojos hostiles de la señora Gamal y de su colega del personal del hotel. La señora Gamal, claro, no se atrevía a atacar directamente a Merry. El hecho de que un Inmortal hubiese hablado en su favor era una barrera poderosa. Pero podía, y lo hizo, buscar apoyo de su pena por parte de los hombres de la fuerza de la ley, quienes estaban furiosos al ver que se impugnaba arbitrariamente su competencia profesional.

En una de las pausas de su discusión en bajo tono, se oyó el timbre del comunicador.

Aparte de una mirada de reojo hacia su frente, todos ignoraron la señal. Pero se repitió hasta convertirse en un ininterrumpido e irritante zumbar. Por último resulto insoportable; la señora Gamal se adelantó para responder.

La pantalla se iluminó para mostrar el rostro de una linda chica, con un fantástico tocado de cabeza. La reconocieron incluso antes de que hablase como una de las principales comentadoras de sensinoticias del planeta.

—¡Buenos días! —exclamó brillantemente—. Me han informado de que el Inmortal Karmesin reside ahí, en este momento. Me gustaría hablarle. Cien millones de televidentes que se han enterado de su llegada están ansiosos aguardando más información en nuestro noticiario del mediodía sobre sus planes.

—El Inmortal Karmesin no está aquí —respondió la señora Gamal—. Y si lo estuviera, probablemente no querría hablar con…

Hubo un sonido desde detrás de ella cuando se abrió la celda de intimidad, e involuntariamente se volvió para mirar.

—¡Apaga ese maldito chisme! —aulló su colega, lanzándose hacia el comunicador. Pero era demasiado tarde; mientras salían de la habitación pequeña hasta la sala principal, Karmesin y Dombeno entraban en pleno campo de visión del comunicador. Antes de que

se cortase la conexión, fue posible ver la sonrisa de satisfacción en el rostro de la muchacha en la pantalla.

—¡Qué diablos…! —Dombeno se quedó clavado—. ¿Quién les dijo que podían permitir que un periodista metiese sus narices en este cuarto? ¡Ustedes! —señaló acusador a la señora Gamal y a su compañero—. ¿Es que no puede haber ni siquiera para nosotros un momento de intimidad?

—¡No, yo no fui! —respondió la señora Gamal, con un ramalazo de genio—. Usted no dio órdenes a ese respecto, ni tampoco el Inmortal Karmesin.

—¿Es éste el servicio normal que ofrecen a sus huéspedes? ¿Los dejan asequibles a cualquier extraño curioso que quiera meterse en sus asuntos? —La voz de Dombeno se convirtió en un bramido—. Se supone que el Mira es el mejor hotel de Aryx, pero conozco pensiones de los bajos fondos que guardan la intimidad de sus huéspedes mejor que aquí.

—No me interesa la intimidad —dijo Karmesin—. Hace siglos que no gozo nada de eso. Vamos, bajemos a sus principales oficinas, señora Gamal. Quiero comprobar que se lleve a cabo la inspección de la memoria registro. Quizá también desee aceptar su oferta de permitir que le hurguen en la memoria. ¡Ah… ustedes dos!

Los hombres de la ley respondieron de mala gana.

—Que uno vaya a inspeccionar el monitor de consumo de energía y descubra si alguna cantidad de ésta fue asignada a este cuarto, 8010, últimamente… ¿cuándo fue la actual desaparición, Merry?

Merry tragó saliva.

—El diez de Midspring —respondió.

—¿Entendieron? Bien. No me importa cuál de los dos vaya, pero que sea un trabajo concienzudo. El otro que nos acompañe.

Encogiéndose de hombros, los hombres de la fuerza de la ley reactivaron la unidad de transporte de su analizador de esporas y de nuevo la brisa del aire desplazado enfrió la habitación.

* * *

Diez minutos más tarde, en la hermosa y amplia oficina de la señora Gamal, en los sótanos del hotel, se plantaron en torno a la

pantalla maestra de la memoria registro. En un rincón del cuarto un noticiario murmuraba tranquilamente para sí mismo; estaba ajustado para filtrar la emisión ininterrumpidamente en el canal de asuntos públicos, separando algo que interesase a un residente del hotel Mira y grabarlo si así lo deseaba el huésped, entonces podía instalarse la gran pantalla del vestíbulo. Acababa de escoger una referencia del sensistor Lubra Gore y su imagen se desvanecía de la pantalla.

—¿Es este aparato del último modelo? —preguntó Karmesin.

—Del último y el más eficiente del planeta —repuso la señora Gamal.

—¿Cómo funciona?

—Bueno, no puedo enseñarle su funcionamiento buscando a Rex Quant. Lo pondré en marcha pero usted mismo ya lo verá —la señora Gamal movió sus manos rápidamente sobre un juego de teclas alfabéticas bajo la pantalla y terminó por oprimir otra etiqueta con la fecha del día. De inmediato una foto de Karmesin apareció convertida en película, de la que se le vio acercándose al pupitre de la conserjería del vestíbulo; en su torno habían destellos de colores, a los que señaló la señora Gamal.

—Ritmo alfa… ritmo bheta… cuatro resonancias genéticas tipo… frecuencias respiratorias… latidos del corazón… y esos dos son un análisis armónico de los componentes de su paso.

—¿Y el nombre?

Ella oprimió otra tecla, y de inmediato el nombre quedó impreso a través de las imágenes que se repetían de la escena de su entrada al hotel, impreso con unas letras rojas y claras, junto con su ciudadanería planetaria… terrestre… su domicilio, su última dirección y la fecha de la llegada.

—De acuerdo. Marque Rex Quant, la última vez el diez de Midspring.

—¡Se lo advierto! —La señora Gamal suspiró, pero dejando en blanco el tablero obedeció. La pantalla perdió su imagen, apareciendo un zumbido y color irregular.

—¿Cuál es el medio de registro? —preguntó Karmesin.

—Un cubo de material magnético… yo no conozco su composición exacta… de cosa de unos dos centímetros y medio a cada lado y de diez de grueso. No es necesario substituirlos; cinco

años después de registrada la información, ésta automáticamente se trasfiere a un almacén remoto, bajo el mar de Sambhal, no sé exactamente dónde, y el original queda destruido.

—Comprendo —murmuró Karmesin. Dombeno, que hasta ahora había estado piafando como un caballo, se adelantó:

—Karmesin, ¿por qué no se muestra satisfecho con eso? La espora de la habitación 8010 debe ser una falsa pista. ¡Este mecanismo está a prueba de manipulaciones!

—Ningún mecanismo es a prueba de manipulaciones —le contradijo Karmesin con firmeza, y hubiera seguido adelante si en aquel momento el aparato receptor de noticias, murmurando para sí en un rincón, no hubiese adquirido nuevo volumen y foco normal. Se volvieron para mirarlo.

—¡Atención! ¡Atención, atención! ¡Triple atención, amigos! Como se les dijo en nuestro noticiario de mediodía, nuestro planeta actualmente tiene el honor de ser visitado por el Inmortal Karmesin, milenario terrestre. Esa es una palabra que hemos inventado, amigos, para aplicar al raro caso de un hombre que ha celebrado su milésimo cumpleaños.

»Después de inscribirse en el hotel Mira, la primera cita del Inmortal Karmesin fue con el secretario jefe de asuntos planetarios, el respetado y famoso secretario Dombeno, cuya antigua amistad con el Inmortal Karmesin podría indicar una mera visita amistosa. Pero las visitas meramente amistosas no entrañan el uso de una celda de intimidad o de la asistencia de miembros de la fuerza de la ley. Por tanto podemos predecir confiadamente…

—¡Cierren eso! —Ladró Dombeno, volviéndose hacia Karmesin —. ¡Ahora va a armarse un lio infernal! ¿Por qué no abandona esas estúpidas afectaciones y se queda en un hotel adecuado con aparatos íntimos también adecuados?

V

Hubo un respingo audible. Vino de Merry. Ayer ella hubiera afirmado que resultaba tan improbable que se pudiese encontrar hablando cara a cara con un secretario jefe del Gobierno como con un Inmortal. Pero ahora, no se necesitaba ser un lince para darse cuenta, que de los dos, el secretario jefe era el pez más pequeño. Resultaba inútil que se dejase llevar por el genio ante un Inmortal.

Karmesin se mostró imperturbable.

—Estoy del todo satisfecho —dijo—. Oh, no he presentado ninguna queja por el hecho de encontrar en mi cuarto a la chica Merry Duner, ¿verdad?

Hubo un largo instante de congelado silencio, durante el cual Dombeno rápidamente sumó dos y dos. Dijo por último, con voz temblorosa:

—Karmesin, dígame una cosa. ¿*Pidió* usted la habitación 8010?

—Directamente no —respondió Karmesin—. No, directamente no. Debo admitir que después de estudiar el plano del hotel pedí una habitación en el octavo piso de la antigua ala…

Merry escuchaba atónita y su sorpresa fue en aumento ante la siguiente salida de Dombeno.

—¿Quiere decir que vino usted aquí *buscando* a Quant?

—Ah… supongo que quiere decir eso, sí —se permitió Karmesin otra sonrisa escuálida, pero breve—. Así que ahora tendremos que seguir con el trabajo en mano, ¿no?

—¡Oh! —Pareció recordar la presencia de Merry y la miró—. Debiera excusarme por llevarte por mal camino, criatura. No todo el mundo piensa que lo que yo llamo evidente *es* evidente. Simplemente pregúntate qué clase de contrato puede conseguir un historiador psico-social que le pague lo suficiente bien como para

tener estancia en este hotel. Creo que tu primera conclusión será que es un contrato de un proyecto que entraña el uso de un Inmortal o Inmortales. Este es el caso actual. Acabo de llegar de Gyges para descubrir por qué Rex Quant nunca regresó para cumplir la parte convenida del trabajo.

Merry cerró los ojos y se apoyó contra la pared, para tranquilizarse.

—¡Señora Gamal! —prosiguió Karmesin— Quiero ver la lista de los huéspedes que dejaron el hotel el diez de Midspring, por favor.

Silenciosa, la señora Gamal Oprimió los botones necesarios. Una serie de visuales corrientes de quince segundos destellaron en la pantalla. Cuando desaparecieron, Karmesin se limitó a decir:

—Ahora los otros huéspedes.

—Tendré que pulsar las nuevas llegadas del día y los que se inscribieron anteriormente de manera separada —contestó la señora Gamal. Dudó—. Nuestra capacidad queda por encima de los cinco mil, sépalo usted. ¿Desea verlos todos?

—Necesariamente no —Karmesin se encogió de hombros—. Sólo cabe tenerlos aparte de la corriente principal.

—Pero eso *vaciará* la corriente principal —repuso la señora Gamal.

Karmesin le hizo un gesto para que procediese y dejara de objetar y ella obedeció.

Cuando sus manos hubieron terminado de manipular teclas, el Inmortal se aclaró la garganta.

—Y ahora conserve los datos y pulse por el residuo —dijo.

—¿Qué? —Ella le miró fijamente—. ¡Pero no hay residuo!

—¡Dije que pulsara el residuo! —respondió Karmesin—. Usted puede hacerlo, ¿no? ¿Tal intrusión está dentro de todas las partidas y no en las categorías preeminentes?

—¡Sí… sí! Pero…

—¡Entonces hágalo! —Por vez primera desde su llegada había un rastro de exasperación, casi de excitación en la voz de Karmesin. Débilmente, la señora Gamal ordenó a la memoria que diese los datos requeridos.

Y la pantalla se iluminó.

—¡Es! —dijo Merry, después de una pausa—. ¡Oh, *es* Rex! — Adelantó el cuerpo como si fuera a correr hacia la pantalla y besar

la imagen, pero Karmesin posó su mano en su hombro tranquilizándola.

—No es tan difícil de encontrar, ¿verdad? —murmuró—. ¡Es decir, en el pasado!

—¡Pero… pero no lo entiendo! —exclamó Dombeno—. ¿Está usted tratando de decirme que su inscripción fue *pasada por alto* durante las investigaciones exhaustivas de nuestras fuerzas de la ley?

—El pasarlo por alto es comprensible —dijo Karmesin—. El ocultamiento… es un poco más difícil. ¡Ustedes! —añadió dirigiéndose a los hombres de la fuerza de la ley que les habían acompañado—. Pueden decir a sus colegas que no necesitaremos sus datos sobre la consumición de energía de los monitores, después de todo. Sabemos que Rex Quant estuvo aquí. Bajen esto con ustedes hasta la memoria física que está en el almacén y aparten las partidas sin clasificación de todos los canales. Yo creo que habrá un sistema de mando local para identificar.

El hombre de la fuerza de la ley había estado desvergonzadamente mirando la pantalla. Se agitó y asintió antes de marcharse presuroso.

Merry había dado otra vez paso a las lágrimas y sollozaba silenciosamente sobre un gran pañuelo blanco. Karmesin le aconsejó que se sentara y se dirigió a Dombeno.

—Si usted se muestra paciente durante un rato, creo que puedo darle una respuesta. Señora Gamal, otra vez las salidas del día, por favor. Oh, y pulse la señal de «alto» para la descripción de Quant, de forma que no podamos volver a la circulación regular antes de conseguirla. ¿Tiene usted alguna idea de cómo pudo haber sido excluida de las categorías superiores?

—Ninguna —murmuró la señora Gamal, que ahora parecía completamente asustada.

—¿Hay un modo de incluir datos adicionales en uno de los almacenes magnetizados?

—¡Oh… sí! Tiene que haberlo, para que podamos incluir la fecha de partida de los huéspedes, cuando ésta se produce.

—¡Ah! ¡Eso será! —exclamó Karmesin satisfecho—. Todo lo que se necesitaría es una fecha de partida errónea, probablemente anterior a la de llegada y…

—¡Pero aún así queda señalado de inmediato! —objetó la señora Gamal.

—¿Importaría eso si la persona que está pulsando los datos no presta atención? ¿De qué serviría el caso si lo hacía de manera deliberada? —Karmesin enarcó una ceja—. No importa. Podemos consultar a un experto y zanjar el asunto después. Ahora, por favor, esas salidas.

Siguieron después haciendo otro repaso en la pantalla.

—Lo mismo nuevamente —dijo Karmesin y luego—: Tome ahora los «noth».

«noth».

no-TH,

No Terrestres Humanos.

La frase era convencional; no se refería a aquéllos de ascendencia terrestre nacidos bajo otros soles, sino a los miembros de razas que se habían alzado independientemente por todas partes de la galaxia. Algunos centenares de ellos eran conocidos, su mayor parte primitivos o degenerados; sólo los hijos de la Tierra parecían haber puesto esfuerzo suficiente en la conquista del espacio para conseguir un éxito significativo.

El resultado de las últimas instrucciones redujo las secuencias visuales a dos. Merry se secó los ojos y las miró con fijeza. Los otros hicieron lo mismo con igual falta de comprensión.

—Son de Ohe, ¿verdad? —preguntó Karmesin.

—Cierto —afirmó la señora Gamal—. He visto muchos de su clase… debemos tener más visitantes de Ohe aquí, que de cualquier otro planeta «noth».

Karmesin frunció el ceño. Los individuos en la pantalla formaban turnos para cruzar a través del vestíbulo hacia el escritorio del registro, y no resultaban faltos de atractivo. Eran altos, esbeltamente construidos, con pieles de tonalidad como desvaído oro viejo y ojos de un rico color pardo cedro. Sus cabezas estaban estrechamente cubiertas con un casco pequeño y aterciopelado en el que los emblemas estaban bordados con un brillante alambre. Su traje incluía capas sueltas decoradas con dibujos similares, una especie de corta túnica llegando hasta la mitad de los muslos y un jubón de tejido cruzado. Tras cada uno se veía el equipaje colocado en una enorme pila sobre una carretilla

flotante.

—Ohe —murmuró Karmesin—. Si recuerdo bien, es un nombre postizo, no el nativo.

—Cierto —dijo Merry sin pensar—. Significa… —se interrumpió, recordando lo que había dicho un Inmortal—. «Si recuerdo bien», era estrictamente una figura de dicción.

—Si. Como usted iba a destacar, el nombre procede de una de las sobresalientes peculiaridades planetarias… cero elementos pesados[5]. ¿Qué otra cosa sabes de Ohe, criatura? ¿Y dónde recogiste la información?

—Bueno, he visto… quizás a esos dos, no, pero sí a otros varios oheanos de todas maneras… allá, donde vivo, en Stonewall. ¿No son historiadores psico-sociales también, como Rex?

—Lo son de verdad y muy admirados —Karmesin se frotó la barbilla reflexivamente—. Dombeno, ¿tiene a muchos de ellos aquí?

—Unos pocos —contestó Dombeno—. Nunca nos causan ninguna molestia. ¿Por qué los seleccionó de la memoria?

—La joven Merry acaba de proporcionarnos una excelente razón… ¿no estaba escuchando? —Karmesin se mostraba irónicamente educado—. Si el hombre desaparecido trabó algún conocimiento casual durante su evidente breve estancia en el hotel, pudo haber sido con personas de su misma línea de negocios. Veo que usted no exige un archivo de destinos después de la partida; por lo menos no está aquí para que yo pueda hallarlo.

—Podemos conseguir la información si lo desea —dijo Dombeno sin entusiasmo—. Pero Ohe parece como a mucha distancia para pedir información con una posibilidad tan ligera como usted ha sugerido.

—Si se fueron a casa, o se fue a casa —Karmesin hizo un movimiento brusco mirando a Merry—. Una pregunta que tenía intención de hacerte, criatura, si tú me excusas por usarte como una especie de muestra al azar de tu planeta. ¿Qué es lo que sabes acerca del misterio Fénix?

—No… no mucho. Hay mucha gente por donde vivo que se aferra a ello. Yo he tratado de hablar con algunos, pero todo lo que pude conseguir es que creen que nos estamos llevando… bueno… no nos llevamos, que estamos parados, que no progresamos del modo en que se debiera. Y su remedio para esto es acortar la vida

de la gente, destruir las cosas que hayan durado… ejem… demasiado —dudó—. Y no les gustan los Inmortales, si usted me perdona por así decírselo.

—¿Fue Rex contigo a tu casa cuando estuvo aquí anteriormente?

—¡Oh, sí! —Ella sonrió—. Pasamos unos meses juntos allí.

—¿Mostró en algún detalle de interesarse en el misterioso Fénix?

—No, especialmente no. Él estuvo… quiero decir, que se interesaba propiamente en todo. Habló con algunas personas partidarias de la idea, pero estoy segura de que es demasiado sensato para estar de acuerdo con ellas.

—Hummm… —Karmesin estaba a punto de decir algo más, cuando la puerta del despacho se abrió y el triunfante agente de la ley y su compañero regresaron con su botín cuidadosamente transportado en una caja no magnética.

—La encontramos sin dificultad, Inmortal Karmesin —dijo el primero, reprimiéndose durante un instante. Luego, con bastante torpeza, prosiguió—: con toda seguridad no sé por qué faltaba cuando repasamos la memoria en Midspring. Yo hubiera afirmado que nuestro trabajo fue concienzudo.

—Vosotros no habríais oído hablar de la pequeña fábula acerca de una carta sustraída —dijo Karmesin con una seca risita—. Quizás debiéramos aprender mucho nosotros, a la brava, de que quedan muy pocas ideas originales.

—¡Habla usted como un Fénix! —le espetó Dombeno.

—A duras penas —fue la suave respuesta de Karmesin—. Todo lo que los fenixianos lograrían si se les permitiese obrar como quieren, sería asegurar que la gente ya no pudiese recordar qué ideas eran originales y cuáles no. Tendríamos que volver a pasar los ciclos de la historia una y otra vez, como esas películas sin fin de aquella pantalla —gesticuló a las imágenes visuales repetidas de los de Ohe, aún sucediéndose ininterrumpida y silenciosamente—. Tenemos bastantes pruebas de los mundos no civilizados, no terrestres y humanos, para estar seguros de eso.

Miró al enigmático cuadrado negro que contenía la caja no magnética durante un instante, y luego emitió un suspiro y alzo sus grandes ojos al rostro de Dombeno.

—El resto de lo que tengo que decir deberá ser confidencial —afirmó—. Además, será mejor que se diga, no sólo en presencia

tuya, sino de vuestro secretario para asuntos interestelares, el embajador de Gyges, y quizás uno del personal de la Delegación Galáctica. Alguien que haga el viaje circular servirá estupendamente. ¿Tenéis un secretario separado para los Asuntos No Terrestre Humanos?

Dombeno sacudió la cabeza.

—Bueno, concertaremos una reunión tal y como he indicado. Mientras, tenéis ahora algo que mascar en lo referente a Rex Quant, ¿no? Instituye una búsqueda discreta pero exhaustiva de inmediato, concentrándote principalmente en el hotel y en su personal humano, pero sin descuidar las memorias menores: robots ascensor, por ejemplo, monitores de consumo de fuerza, etc. Consigue cuanta información te sea posible acerca de la estancia aquí de Rex Quant, y trata y descubre en qué punto se cortó. Ah… y quiero datos sobre vuelos espaciales de salida desde el diez, hasta el doce de Midspring, junto con detalles de toda las relaciones y transbordos posibles para destinos desconocidos, hasta, digamos, la tercera etapa.

Merry emitió un pequeño gemido, y el Inmortal la miró consolador.

—Sí, criatura, se te mantendrá informada. Procurarás que se le notifique cualquier descubrimiento, ¿verdad, Dombeno?

Y antes que Dombeno pudiese responder, hubo un terrible zumbido por encima, y el techo se alzó y llovió en forma de polvo sobre sus cabezas y todas las luces se apagaron.

Merry, durante un segundo, pensó que estaba gritando, pero era sin embargo la señora Gamal.

VI

—Una bomba química, probablemente bastante grande y que pudo haber sido entrada oculta, digamos, en una maleta interestelar, posiblemente compuesta por desvastase y con espoleta de tiempo, estalló en el ala antigua del hotel, con toda seguridad en el hueco de un ascensor —las palabras provenían de la oscuridad y de la voz neutral de Karmesin, sintiéndose por ellas sus oyentes tranquilizados; era beneficioso psicológicamente darse cuenta de que alguien estaba trabajando en el cálculo de los factores envueltos en su experiencia.

—¿Los de Fénix? —preguntó Dombeno.

—Muy posible. ¡Señora Gamal!

La mujer había dejado de gritar, pero ahora gemía, mientras sus ojos se adaptaban al resplandor producido por la pantalla de la memoria y la del noticiero del rincón. Merry pudo ver que la mujer trataba de componer su rostro.

—¿Diga, Inmortal Karmesin?

—Información, por favor. ¿Cómo es que las luces se han apagado y las dos pantallas siguen funcionando?

La señora Gamal emitió un respingo audible. Frunciendo el ceño, dijo:

—Probablemente tuvo razón acerca de… la bomba que estalló en el ala vieja. Nuestros suministros exteriores de energía atraviesan esa parte del edificio. Pero los servicios de información y comunicación, especialmente las memorias mayores que se verían estropeadas por una interrupción de su energía, llevan circuitos separados alimentados en el sótano por una pila de fusión.

—Bueno. Entonces podemos comunicarnos con el exterior.

—¡Oh, claro que podemos! —Casi estallando de alivio, la señora

Gamal se apresuró a acercarse al comunicador oficial y al cabo de pocos momentos estaba en contacto con el supervisor de servicio, con su burbuja pendiendo siempre por encima del gran vestíbulo.

—¿Qué pasó? —preguntó, sin mirarle a él, sino más allá, a la frenética multitud que se reunía en el vestíbulo.

—¡Una explosión en la vieja ala! —murmuró el hombre—. ¡Estamos evacuando el hotel!

—¡No, no debe hacer eso! ¡Consiga a la fuerza de la ley y envíe a una brigada de rescate abajo y…!

—¿Y qué se piensa usted que he estado *haciendo*?

—¡Bueno, bueno! ¿Alguna otra parte del hotel fue afectada?

—Excepto la pérdida de energía, no. Tenemos funcionando luces de emergencia, pero los pisos deslizantes y los ascensores están interrumpidos. Vamos a evacuar los pisos superiores mediante ascensores de emergencia.

—Las puertas. ¿Funcionan?

Karmesin ya había pensado en eso. Había probado la puerta del despacho y la encontró atascada. Los rincones habían sido cortados aquí en una parte del hotel que los invitados nunca vieran y los diseñadores acostumbrados a la inagotable energía de la fusión, habían omitido toda provisión de los antiguos picaportes manuales. Mencionó esto a la señora Gamal, que se llevó la mano a la boca horrorizada.

—Por lo menos pregúntale, si puede conectar algo de fuerza para que nos alumbre —dijo irritado Karmesin.

Ella transmitió la solicitud; cuando terminó de hablar, hubo una renovada conmoción en el vestíbulo y los agentes de la ley y los robots, junto con una gran brigada de emergencia, aparecieron a la vista bajando desde los flotadores que se habían detenido al exterior de la calle. El supervisor de servicio se excusó así mismo y prometió que enviarían miembros de la brigada a rescatarles y sacarlos del despacho de los sótanos lo antes posible.

—¡Humm! —murmuró Karmesin—. Bueno, esperaba sufrir una nueva experiencia y debo decir que nunca anteriormente me vi atrapado por un saboteador en una sala subterránea.

Merry trató de reír, pero su risa fue traicionada por el temor reprimido. Karmesin le tocó el hombro de manera consoladora.

—Creo que podríamos ponernos cómodos —dijo—. Me temo que

la bomba estuvo idealmente emplazada para molestarnos, aún cuando yo no estuviese en la habitación 8010, que posiblemente era el blanco previsto.

—¡Usted dijo que vino aquí como foco! —repuso Dombeno.

—Sí, es verdad. Yo no puedo legislar contra la posibilidad de que los del Fénix *elijan* hacerme el blanco de sus iras, ¿verdad? —Karmesin habló distraído, seleccionando un asiento en una estantería convenientemente situada.

Sonó el comunicador y la señora Gamal se apresuró a responder.

—Me temo que tengo… ejem… malas noticias —les dijo el supervisor de servicio con el ceño fruncido—. La bomba ha destruido todos los huecos de los ascensores de la vieja ala y los accesos a los pisos subterráneos están bloqueados por los escombros. Puede quizás necesitarse una hora antes de que podamos llegar hasta ustedes.

Se oyó el silbido de la respiración de Dombeno.

—Bueno, lo haremos lo más de prisa que podamos —prometió el hombre, y cortó la conexión en el acto de volverse para hablar con el supervisor de rescate tras él.

* * *

—¡Bueno! —exclamó Karmesin, dejando pasar unos cuantos segundos de la hora calculada—. Tenéis aquí una casta muy inteligente de Fénix en el planeta, Dombeno. ¿A propósito, qué es lo que *han* estado estudiando?

—Debiera usted saberlo —gruñó Dombeno—. Se supone que ustedes lo saben todo, ¿no? Hay una gran cantidad de mundos en donde los de Ohe han sido invitados a conducir análisis social desde su propio punto de vista no humanos terrestres. Yo preferiría tener la impresión de que el trabajo estaba tan coordinado con la tarea regular del estudio de los Inmortales —se detuvo, mirando especulativo a Karmesin—. ¿De todas maneras, por qué está usted tan interesado en los de Ohe? —preguntó—. ¿Tienen algo que ver con el misterio Fénix?

Karmesin miró de reojo a sus apenados compañeros antes de responder.

—Supongo que es una manera de pasar el tiempo —murmuró—.

No veo ningún motivo para no discutirlo en público. ¿Preguntas por qué estoy interesado en Ohe? ¿No lo estamos todos? ¿No es una de las curiosidades de la galaxia conocida? ¡Eh tú, criatura! —añadió apuntando con un delgado dedo a Merry—. Tu novio probablemente te habló acerca de Ohe, ¿verdad?

—Sí —Merry unió sus manitas para impedir que temblasen—. No es que hablásemos mucho, porque su especialidad era nuestra propia historia social, pero claro, lo mencionó. Es la patria de una cultura antiquísima, ¿no?

—Vieja, de cuando estaban construyendo pirámides —dijo Karmesin, poniéndose en pie y comenzando a pasear arriba y abajo de la estancia—. Vieja, cuando estaban adorando a la Trinidad Hindú del Creador, Preservador y Destructor en Mohenjo-Daro, el Montículo de la Muerte. Vieja, cuando los hombres estaban pintando nada más que figuras de animales en las paredes de las cuevas. Antes de que tuviésemos idioma, tenían ellos poesía. Antes de que poseyéramos herramientas, tenían ellos máquinas. Antes de que conociésemos los metales, ellos… *podrían* haber tenido energía nuclear.

La voz de Karmesin, que se había alzado hasta un tono declamatorio mientras recitaba los progresos de los nativos de Ohe, cayó en la última frase a su nivel normal de conversación. Volviéndose para enfrentarse a Merry, disparó derecho su flaco brazo en dirección a la muchacha.

—¿Por qué no la tuvieron?

—Yo… ejem… ¡Oh! ¿Por qué carecían de elementos pesados?

—Precisamente —dijo Karmesin, dando una fácil impersonificación de un maestro de escuela complacido con la respuesta de un alumno brillante—. De las siete especies conocidas no humanas terrestres que han adquirido energía nuclear, incluyéndonos nosotros, cada una llegó a la fusión por medio de la fisión de los elementos pesados. Existen atajos, pero nunca han sido desarrollados sin la información hecha asequible por la fisión, típicamente del uranio, y en un caso anómalo de la del torio.

»Existen otras formas de vida, además del tipo terrestre… tipo CHON, carbono-hidrógeno-oxígeno-nitrógeno… —Chasqueó los dedos—. Otras formas de vida pueden concebirse que han adquirido su propia clase de inteligencia. ¿Quién sabe? Pasaría otro milenio

antes de que *nosotros* adquiramos suficiente independencia para analizar sus conceptos y adaptarlos —volvió a chasquear los dedos —. En donde siempre hubo la fuerza de la ley natural casi como en las especies dominantes de un planeta terrestral, hay un ser vertical, bípedo, binocular, simiesco —otro chasqueo de dedos—. O esto es debido a su afinidad por los árboles, que es específica e improbable, o su postura erguida, O su desarrollo a través de una etapa de cultivo en el que ha dependido del conocimiento de la secuencia de las estaciones y aprende a señalarlas por los fenómenos de los cielos, vuestro semiinteligente, sea o no terrestre, es un soñador, un astrónomo y un viajero del espacio si llega hasta tan lejos.

Hizo una pausa y su extrema tensión desapareció. Al cabo de un segundo estaba como abrumado. Merry se inclinó hacia adelante.

—¿El pueblo de Ohe inventó por sí mismo el viaje espacial? —preguntó.

—¡Oh, sí! ¡Oh, sí! Pero el viaje espacial requiere energía. En particular, el zambullirse en el hiperespacio que es lo único que produce un viaje interestelar conveniente… y no quiero decir concebible, sino conveniente… exige energía en una escala casi inimaginable. ¿No sabes, criatura, que algo que se aproxima a toda la entera emisión de la estrella Sirio durante doce segundos, se gastó para enviar hasta aquí y desde Gyges a tu Rex?

Merry, tocada en un punto flaco, palideció y no contestó. Al instante Karmesin estuvo mostrándose contrito. Se dejó caer sobre una rodilla ante ella, le acarició la manita, le rogó perdón, se puso en pie y reanudó su discurso a la manera de un indiferente conferenciante universitario. Mirándole, Merry se vio sorprendida por la idea de que la cosa que más le aburría al Inmortal, era simplemente su propia persona, su ser inmortal, y que aquellos ridículos cambios de modales formaban parte de la técnica por la que se sacudía del aburrimiento.

—Si… Bueno, como estaba diciendo: aquí tenemos a esos de Ohe capaces de dar vueltas en torno a su sistema local con sus reactores químicos, ansiosos de alcanzar las estrellas e incapaces de llegar hasta ellas. Así que… ejem… renunciaron —extendió las manos—. Se retiraron de una manera bastante curiosa. Reescogieron un sistema que previamente había sido intentado y descartaron los otros mundos también como en Ohe: de hecho

elaboraron un sistema que envolvía la disciplina, el ascetismo, los ejercicios mentales, etc., etc. Se puede llamar teocracia a su sociedad, pero el hecho en sí, no sirve de nada puesto que carecen de Dios. En nuestra propia historia pregaláctica, quizás el paralelo más próximo es el del continente indio, hogar de faquires y ascetas, patria de una gente descrita más de una vez como ebria con la idea de Dios.

»¿Por qué? ¿Por qué ese curso, entrañando ritual y ceremonia, autoveneración y el uso de procedimientos? ¿Quién puede decirlo? Pensamos una vez que formaba parte de una búsqueda de los poderes del alma. ¿Habéis oído hablar de esa idea? Creo que no; han pasado novecientos años desde que los últimos investigadores tomaron en serio la cuestión. ¡Se fueron! ¡Se los llevó el viento! Ah, perdonadme, estoy divagando. Mi cabeza está atiborrada como un pastel de frutas y no es raro que el jugo se filtre por entre la corteza. ¿Dónde estaba?

»¡Claro! Los poderes del alma: a través de la transferencia, el poder de ver en el futuro, el poder de cubrir la distancia por un acto de voluntad. Esas eran las metas hipotéticas asignadas a los de Ohe. Los de Ohe probablemente se rieron de nuestra ingenuidad y siguieron haciendo lo mismo. Aún no sabemos qué es lo que puede ser. Nuestra máxima deducción se ha mostrado absurda. El último desarrollo fue el que le decidió forcejear *demasiado* duro para imaginar sus motivos. *Fue* cuando demostraron a nuestra entera satisfacción que habían elaborado una técnica de análisis psico-social que hacía que la nuestra pareciese lo que es: la noción del último minuto de una pandilla de monos locos por llegar a las estrellas. Parezco cínico con respecto a mi especie, pero es que lo soy. Llevo viendo durante un exceso de tiempo demasiados ejemplares de nuestra raza.

»Inquebrantablemente educado, mejor hermoso, el pueblo de Ohe se ha convertido en los pasados dos o tres siglos en los pasajeros familiares de nuestras líneas espaciales. Hablan el idioma galáctico con un excelente vocabulario y acento perfecto, mientras que entre sí se comunican en un lenguaje refinado por cinco mil años de dirección consciente que, en cuanto a lo que yo sé, ningún miembro de cualquier otra especie ha aprendido todavía adecuadamente. Tenemos computadores para traducirnos…

»Ah… ah… eso es todo lo que sé realmente acerca de los de Ohe».

Había estado gesticulando; ahora dejó caer las manos y dirigió a sus oyentes una sonrisa adormilada.

—¿Cuál es el propósito de ese sermón? —preguntó Dombeno.

—¿El propósito? —Karmesin, deliberadamente y con toda evidencia, dejaba pasar por alto el significado de la pregunta de Dombeno—. Oh, se me preguntó acerca de los Ohe, ¿no? Y… —Inclinó la cabeza—. Y yo quería distraeros hasta que oyese el sonido que acabo de oír, que es el excavar de la brigada de rescate en el extremo lejano de aquella puerta. Dentro de dos o tres minutos estaremos fuera de aquí.

VII

El receptor de noticias de la esquina chirrió hasta alcanzar de nuevo pleno volumen y una voz masculina dijo:

—¡Atención, atención, atención, atención, atención! Noticias de la explosión de una bomba en el famoso hotel Mira, el mayor de Aryx City y de nuestro planeta, donde sólo hace muy breve tiempo un visitante distinguido se inscribió, el célebre Inmortal Karmesin, de la Tierra, con más de mil años de edad. Las cosas siguen confusas, pero quedan escasas dudas de que éste es un acto nuevo de terrorismo por los seguidores del así llamado misterio Fénix, que expresan su particular disconformidad con el estado de los asuntos galácticos, amenazando las vidas de los demás y a quienes el concepto de estudio inmortal es como una blasfemia. Les mostraremos ahora…

—Moral: el concepto de las salidas de emergencia no es tan categórico como alguien cree —dijo Karmesin a la ligera. Olisqueó en su mano un frasquito de eufórico, asintió con aprobación ante su delicado aroma y dio un sorbito diminuto y apartó el frasquito a un lado.

Se habían adueñado del lujoso bar Starfire precisamente a un lado del *foyer* para utilizarlo como base de rescate y las mesas estaban cargadas de aparatos de control y de víctimas inconscientes por la explosión. Un doctor de piel morena, con no menos de siete burbujas seguidoras circundando su cabeza para cumplir sus órdenes y transmitirlas a los robots sanitarios, estaba inspeccionando ansiosamente la condición de los pacientes. Nadie, por fortuna, había muerto; podía costar tiempo, pero los heridos recobrarían todos su salud normal.

Desde el *foyer* venía un zumbido continuo de quejas, de histeria

y de exigencias de ser trasladados a otro hotel de inmediato. La señora Gamal y su personal se ocupaban de aquel problema. Karmesin soltó una risita.

—¡No sé por qué está tan contento! —Gruñó Dombeno—. ¿Por qué se molestó en tomar un eufórico, de todas maneras? —señaló a un segundo servicio de su propio tarro.

—Te lo dije, tengo una nueva experiencia por primera vez desde hace un siglo —Karmesin se dejó caer en un sillón—. A propósito, ¿qué se ha hecho de la muchachita?

—Se desmayó de la sorpresa. El doctor le dio un sedante de no sé qué clase, me parece. —Dombeno alzó la vista hacia la gran sala donde estaba el equipo médico—. ¿Importa particularmente?

—Presumiblemente para ella. —Karmesin se encogió de hombros—. Bueno, ¿qué hay del bombero? ¿Hay posibilidad de llegar hasta él?

—¡Maldición! —Dombeno se tragó su bebida y se secó los labios con el dorso de la mano—. ¿Cómo quiere que lo sepa? Parecemos tener a todas las fuerzas de la ley de Aryx trabajando, cosa lógica por otra parte, pero hasta ahora no ha venido nadie a informar de nada.

Aguarde un momento.

Se puso rígido y alzó la cabeza, mirando hacia la puerta del *foyer*. Acompañado por un robot de carga, marchando sobre sus gruesas y sucias piernas, un ceñudo agente estaba entrando en el bar. Al ver a Dombeno hizo un gesto a la máquina que le acompañaba y se acercó presuroso.

—Agente Anse —se presentó brevemente—. Secretario, parece ser que encontramos al bombero.

—¿Dónde está? —preguntó Dombeno tenso.

—Aquí —le informó Anse en tono de disgusto, e hizo que el robot mostrase su carga. En una losa de mármol artificial, arrancada de la pared anterior de la vieja ala, habían varias manchas de sangre y de residuos orgánicos y un montón de rasgados restos entrelazados con pedazos reconocibles de hueso.

Dombeno tragó saliva e hizo un gesto frenético para que tapasen aquellas horribles reliquias.

—¡Lo que se podía esperar! —exclamó cuando recuperó su voz.

—¿El Fénix en su pira? —sugirió Karmesin—. ¿Has estudiado

alguna vez la leyenda original, Dombeno?

—No, no me interesa la historia antigua —respondió el político —. Me interesa preservar el orden aquí, y ahora si esto es muestra de lo que ocurre por una visita suya actualmente, me sentiría mucho más feliz…

Se dio cuenta de que Anse le miraba asombrado e interrumpió su acalorado chorro de palabras, volviendo a tomar un trago de su bebida.

Karmesin fingió no hacerle caso. Estudiando el techo del bar salpicado de estrellas, dijo en un susurro.

—Sabes, este misterio Fénix tiene muchos síntomas de una enfermedad contagiosa. Me imagino que jamás habéis tenido aquí una epidemia, ¿verdad?

Dombeno le dirigió una mirada inexpresiva. Al cabo de una pausa, dijo:

—Ah, no, no desde los días del descubrimiento.

—Me lo imaginé. Los Inmortales tienen su utilidad, Dombeno, y no me refiero a que sean reliquias andantes del pasado. El misterio Fénix se extiende en condiciones de superpoblación, como solía hacer cualquier epidemia. También mata a la gente, igual que las epidemias. Humm… —hizo una pausa—. Dombeno, convoca esa conferencia que yo pedí, ¿quieres? Y pon a los agentes de la ley sobre la pista de Rex Quant. Asegúrate de que su novia sea rigurosamente examinada con todos los detalles mezquinos que pueda reunir acerca de las costumbres de él, sus modales, sus intereses especiales, todo. De otro modo haré que la Embajada de Gyges envíe noticias a su patria para que nos manden algunos registros acerca de Rex. No quiero que en esta ocasión se nos pase por alto una sola posibilidad.

—La habitación quedó destrozada, claro —murmuró Dombeno.

—No tiene relación —dijo Karmesin— Aparte de alguna muy secundaria, en lo que será mejor que no nos metamos ahora.

* * *

Dombeno había adquirido cierto gusto por el lujo en los pasados sesenta años, advirtió Karmesin nada más entrar en el despacho del político. Esférico, con paredes vitrificadas, pendía por encima de la

hermosa ciudad de Aryx a unos trescientos metros y proporcionaba vistas no sólo de las montañas cubiertas de nubes, azules en el horizonte interior, sino también del perezoso mar de Sambhal, tranquilo bajo el sol de la tarde.

Los otros le estaban esperando, no en persona, sino como imágenes sólidas. Los políticos tenían un prejuicio anticuado contra las conferencias personales, pensando que quizás podían ser demasiado comprometedoras.

Dombeno hizo las presentaciones formales: Brolitch, secretario jefe de Asuntos Interestelares, era mimbreño y de nariz ganchuda, con una voz ronca; Ten Mahn, agregado político histórico, de la Embajada de Gyges, era alto, musculoso, rubio y bastante guapo con su breve faldellín y su corpiño placado en oro. También a la espera había una mujer llamada Inonia, agregada auxiliar a la Confederación Galáctica de la Tierra, de ordinario en turno rotatorio. Ella escuchó con atención y habló muy poco.

Karmesin sonrió a todos mientras ocupaba un sillón y sin perder tiempo en preámbulos. Dijo:

—Dombeno me lo ha referido y puedo leer lo mismo en tu cara, Brolitch, que no te agrada en absoluto que me encuentre en Aryx. Oh, dejando aparte eso, que yo haya venido con algún proyecto decente y organizado de investigación semejante a lo último que me trajo aquí. Dombeno me acusa de exponerme como blanco para los Fénix; quizás se imagina que mi aburrimiento ha llegado hasta tal punto que ansío un suicidio involuntario, o cualquier cosa que le indique su análisis, eso no se me preguntó. No es culpa mía que el hotel Mira fuese bombardeado poco después de mi llegada. Es suya y vuestra. En nombre del cielo, perdonad mi arcaica inventiva. Si no sabéis gobernar mejor vuestro planeta impidiendo la destrucción al azar por un rebaño de fanáticos descontentos, tampoco tenéis derecho a echar la culpa a un visitante casual, Inmortal o no Inmortal.

Dombeno se ruborizó profundamente y respondió de un modo defensivo.

—El misterio de Fénix tiene…

—Tomó raíz en otros varios mundos además de este, y nadie parece capaz de tratar con él de manera adecuada —dijo Karmesin —. Admitido. Por eso les dije que no habéis tenido más éxito que

los demás. ¿Qué tal están las cosas en Gyges, Ten Mahn?

—Mejor que aquí —respondió briosamente el agregado—. No tenemos nada que se pueda comparar con este bombardeo de hoy, ni siquiera con las inmolaciones públicas en lugares como Stonewall. Padecemos de algo de proselitismo, pero todavía no es un problema grave. Y tampoco minimizamos el riesgo —se permitió dirigir una mirada de superioridad a Dombeno—. Como usted ciertamente habrá comprendido, Inmortal Karmesin, por haber visitado recientemente mi planeta.

—Contradicción —repuso Karmesin—. Se extiende como una plaga. ¡Si tú no llamas que un seiscientos por cien de aumento en dos décadas no es una plaga, yo si!

Ten Mahn a la defensiva ahora como Dombeno, replicó:

—¡Si usted quiere póngalo en porcentajes! ¡Yo le responderé con una cifra decimal de un tres por cien de la población, como máximo!

—Creciendo —atajó Karmesin con sequedad—. No importa, sin embargo, esa cifra. Dejadme que vaya al grano.

»La tercera reunión en seiscientos años del Consejo de Inmortales se celebró en la Tierra hace casi un año. Ah, parecéis sorprendidos. Bueno, generalmente no es público que nos hayamos reunido por tercera vez; no buscamos publicidad. La primera reunión que celebramos para discutir como podríamos asegurar el privilegio del poder que vosotros de mala gana nos concedisteis en las personas de vuestros antecesores muertos.

Vio cómo Dombeno fruncía el ceño e interpeló:

—¡Sí! Desearíais animosos esa decisión, ¿verdad, ahora que habéis probado por vosotros mismos el gusto de un pequeño poder? Dejadme seguir. La segunda reunión fue para decidir cómo utilizar ese poder una vez lo tuvimos. La tercera discutió el misterio Fénix.

Ten Mahn, con sus labios móviles, formó una «O» de comprensión. Karmesin le dirigió su siguiente observación.

—¿Estás informado de por qué propósito de investigación fue contratado el desaparecido Rex Quant?

—Ah… —La imagen de Ten Mahn se enturbió durante un segundo; estaba consultando algunos documentos que le habían preparado sus robots. Cuando volvió a quedar en foco, pareció sorprendido—. ¡Sí! Era un estudio del misterio Fénix.

—¿Por qué te muestras tan estupefacto? —le preguntó Karmesin —. ¿No es una tarea razonable para un historiador psico-social? ¿No es un problema lo bastante grande garantizar el desarrollo de los Inmortales?

Ten Mahn enrojeció y evitó una respuesta.

—Está bien, no era tan sorprendente —prosiguió Karmesin—. ¡Detalles, Ten Mahn! ¡Detalles que quisieras tener si no estuvieses tan avergonzado de lo que ocurre en Gyges con el misterio Fénix! —cambió el foco de atención bruscamente—. ¿Cuánto tiempo pasó Rex Quant en la habitación 8010, Dombeno? ¿Tus agentes no lo han establecido todavía?

—Aún no —murmuró Dombeno—. La última noticia es que hallaron los límites, sin embargo. Tres horas, con cuarenta minutos más o menos.

—Durante las que tuvo una oleada emocional tan violenta que le obligó a emitir esporas lo suficientemente fuertes, dos meses más tarde, para que un viejo analizador portátil lo identificase. ¿Le mataron, Dombeno?

Los ojos del político se redondearon pero permaneció en silencio.

—Será mejor que no esté muerto, Dombeno —la voz de Karmesin era brusca y amenazante—. Resulta muy extraordinario morir joven. No es una enamorada muchacha hablando con adoración de su divino amante, Dombeno. Es el Inmortal Karmesin. *¿Me oyes?*

El rostro de Dombeno se contrajo como si estuviese a punto de llorar al igual que un niño frustrado. Al mismo instante vieron una señal de un comunicador montado en una burbuja que daba vueltas a su cabeza; con alivio mal disimulado aceptó la llamada tras un murmullo de excusas a los demás.

—Es un informe del hotel Mira —comunicó—. Se ha encontrado algo peculiar creciendo en la vieja ala del hotel, descubierto al rajarse las paredes.

—¡Esperad! —ordenó Karmesin—. No me digas lo que es. Yo opino que es una red de fibrilas, de color gris, conjuntándose a intervalos irregulares en ganglios, sin origen visible ni final. ¿Estoy en lo cierto?

—Despejad el hotel —dijo Karmesin al cabo de una pausa—.

Rastread las fibrilas. Si es necesario evacuad la ciudad. Haced que Stonewall y todos los lugares de reunión públicos sean examinados; si se encuentra ese género, tendréis que evacuar la isla.

Dombeno estaba tragando aire de manera audible. Dijo con voz temblorosa:

—¡Pero… pero eso es *imposible*!

—Hazlo —Karmesin se mostraba inexorable—. Hombrecito, criatura, ¿qué has aprendido en los sesenta años pasados desde que te vi por última vez excepto las delicias del poder y los placeres del lujo? ¿Crees que no había motivo para que se nos diese, se me diera, un poder sin límite? ¿Crees que se dio simplemente porque lo exigimos, porque éramos codiciosos e insatisfechos? ¡Claro que sí! ¡Lo leo en tu cara! Hasta ahora jamás concebiste otro motivo.

«Te diré una razón. Yo no he visto jamás tales fibrilas como se han revelado a través de la estructura de ese hotel. Según mi conocimiento, ninguno de los de mi clase las ha visto… todavía. Pero ya te dije lo que se había encontrado. Hombrecillo, criatura, *niño*, algo más que recordar para vuestra conveniencia y guía. He comenzado a aprender. Por primera vez en mi vida, he comenzado a aprender».

Se levantó, con ojos destellantes y disolvió la conferencia con un gesto de su mano.

VIII

En esta ocasión habían sido aún más amables con Merry que lo fue en su encuentro con los burocráticos agentes de la ley de Aryx. Habían aguardado hasta que el doctor dictaminó que estaba libre de la impresión de verse atrapada en la oficina subterránea, antes de empezar a interrogarla; le trajeron una deliciosa comida desde la cocina del hotel, un banquete tal como no había probado desde que Rex la trajo aquí la víspera de su partida, cenando juntos en el jardín de la terraza, bromeando sobre la posibilidad de que algún día les fuera posible alojarse en el hotel.

Así que era verdad. No resultó un simple y maravilloso sueño. Ella, Merry Duner, estaba bajo la personal protección de un Inmortal, y por lo que Karmesin dijo, los recursos enteros de un planeta quedaban a su disposición para buscar a su perdido amor.

¡Seguro, ahora que tal milagro había sucedido, que volverían a reunirse!

La última vez, se mostraron aburridos con su insistencia; ahora era ella quien se debilitaba bajo la tensión de ellos. Todo lo que se refería a Rex Quant parecía interesarles… su vocabulario preferido, sus gustos, sus modales, sus comidas favoritas y bebidas, y más allá aquellas cosas que ella apenas podía decidirse hacer públicas: su manera preferida de hacerle el amor, sus costumbres particulares, incluso el orden en que se despojaba de las ropas antes de acostarse.

Ella se obligó a informar, recordando que cualquier pista podría conducirles a su hallazgo.

Y luego, cuando las preguntas se hicieron más íntimas que nunca, vino la frenética interrupción. El agente Anse, que estaba recopilando las pruebas de ella, hizo una pausa, se excusó y escuchó a la burbuja seguidora que le mantenía en contacto con sus

superiores.

Empalideció. Se puso triste.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Acaso el edificio está a punto de derrumbarse o algo por el estilo? ¡Miren, la bomba no fue tan grande!

Volvió a escuchar.

—¿Prioridad sobre todo? Pero estoy tomando la descripción de Quant de… Está bien, pero desearía que se decidiese de una vez acerca de lo que hay que hacer primero —dejó que la burbuja regresase flotando hasta su habitual puesto de espera, junto a su hombro.

—Lo siento. El Inmortal Karmesin tiene una idea nueva. Vamos a despejar la zona y se me ha ordenado que me reúna a la brigada de evacuación obligando a trasladarse a los recalcitrantes. Así que el resto tendrá que esperar —se levantó de su silla y la burbuja hizo lo propio ascendiendo en el espacio.

—¿Pero qué haré yo…?

—Lo siento, esas fueron mis órdenes. Me imagino que será mejor que empiece por hacer lo que todo el mundo. Abandone el hotel. Quizá vuélvase a su casa.

—¡Vivo en Stonewall!

—Tiene usted suerte. Sólo que se me ha dicho que se efectúe la evacuación de toda esta maldita ciudad —el agente Anse se secó la cara—. Bajo qué idea, sólo lo sabe Karmesin. ¡Y francamente, no estoy muy seguro de que lo sepa tampoco!

—¡Pero… Rex! —dijo Merry débilmente.

—Quizás esto tiene algo que ver con su búsqueda. Despejar y evacuar cuatro millones de personas parece una manera bastante difícil de abordarlo, pero Karmesin ciertamente está interesado en su muchacho de Gyges.

El comunicador de la burbuja chirrió violentamente y Anse contestó que ya se ponía en camino.

—Ahora sea usted sensata y márchese a Stonewall antes de que sacudamos la ciudad. ¿Dónde vamos a instalar a cuatro millones de personas? ¡Y alimentos! ¡Y servicios sanitarios!

Giró en redondo y marchó con aire marcial.

* * *

—¿Eres tú incapaz de conservar más de una idea a la vez en tu cabeza? —atronó Karmesin—. Supongo que tus incompetentes y estúpidos agentes acogieron muy bien la posibilidad de olvidar su pasada estupidez. ¿Fue eso? Poner a la chica de patitas en la calle y no saber la forma de encontrarla nuevamente, y eso en un momento en que lo sabían. Lo sabían, porque se les había dicho que podía haber una evacuación en masa de la población.

Dombeno cerró los ojos. Dijo:

—Karmesin, es usted intolerable. Si quería que la detuviésemos, ¿por qué no lo dijo específicamente?

—¡Lo hice! ¡Ya lo había dicho! ¿Por qué si no la estaban interrogando acerca de Quant? ¿Acaso he de pensar también por tu gobierno planetario como por mí mismo? —Karmesin estaba a su lado furioso—. Supongo también que tendré que decirte, que deseo que prosigan las investigaciones acerca de Quant.

—Va a absorber a todos nuestros agentes, conducir el movimiento de cuatro millones de personas —repuso Dombeno—. No puedo lanzarlos al campo abierto sin hacer una serie de preparativos para…

—¡Pues claro que no puedes, y no te pido que lo hagas! ¡Dales de comer, cobíjales, diviérteles durante un día o dos, cueste lo que cueste! ¿Pero, para qué diablos vas a necesitar policía? ¿No gobiernas este planeta con bastante tacto e inteligencia para que la gente se de cuenta y comprenda cuando les decís que se trasladen teniendo buenos motivos? ¿Acaso habrían de sacarles de la ciudad arrastrándoles por el pelo?

—¡Yo no tengo ningún buen motivo! —Ladró Dombeno—. ¡Usted no quiere dármelo!

—¡Oh, cielos, conservadme la cordura! —Karmesin se pasó sus largos dedos por su brillante y blanco pelo a ambos lados de la cabeza—. Evidentemente, *tengo* que pensar por vuestro gobierno entero. Zanjemos el problema de las fibrilas grises, por lo menos. Luego, sí de eso se deduce que es necesaria la evacuación, apareceré en los canales de información pública y daré a la gente el mejor motivo que se pueda pedir. Consigúeme un equipo de los mejores biólogos que tengáis en el planeta, y acceso a sus calculadoras, y envíalos al hotel Mira tan pronto como sea posible.

* * *

Las fibrilas eran casi inadvertibles. En el polvoriento caos que la bomba había dejado, podían haber sido tomadas por telarañas… en la Tierra. Aquí no había arañas. Karmesin las miró. Sin volver la cabeza, se dirigió al biólogo al frente del equipo que había pedido, una mujer recia llamada Decie, con una bata esterilizada.

—¿Es del tipo orgánico CHON?

—Oh, sí. Además, un género de larguísima cadena. —Decie hablaba como si tratase de ser brusca para cubrir su aprensión ante el Inmortal—. Tengo…

—No importa el esquema exacto. ¿Has visto algo así antes?

—No… ejem… por lo menos, no aquí. Tengo uno de mis ayudantes revisando los computadores para referencia a sucesos ocurridos en otra parte, pero hasta ahora…

—¿No es nativo de este planeta?

—A menos que se trate de una reciente mutación, la respuesta es negativa. Tenemos el complemento nativo ordinario de plantas de medio ambiente seco, pero hemos repasado toda la lista entera de tres mil principales especies y…

—Quiero respuestas más cortas —dijo Karmesin de mala gana. La mujer se mordió los labios y asintió—. ¿Está viva?

—No lo hemos averiguado.

—¿Qué? —Con genuina estupefacción, Karmesin la miró—. ¿Encontráis una nueva forma de plasma de planta en apariencia no nativa, en medio de la mayor ciudad de vuestro mundo y no habéis establecido si está viva? ¿Qué es lo que ha pasado a mi especie en el último milenio? ¡Un poco más de esto y recurriré a los Fénix, os lo juro! ¡Vamos a *necesitar* un nuevo comienzo si queremos sacar lo mejor de esto!

Rígida, Decie prometió acción inmediata y se alejó cruzando el suelo cubierto de escombros de lo que había sido el hueco de los ascensores. Echando hacia atrás la cabeza, Karmesin contó los pisos descubiertos que quedaban por encima y halló que podía divisar el punto cerca del piso octavo en donde la bomba estallara.

—Desearía que me dijese qué es lo que opina —gruñó Dombeno por vigésima vez. Parecía agotado; decididamente no estaba acostumbrado a estar presente en escenas de crisis. Karmesin

imaginó que solía resolverlas desde su despacho, o enviando subordinados.

—Todavía no lo sé. Pudiera ser una cosa de dos —la voz de Karmesin era más tranquila—. ¿Han rastreado su sistema de raíces, o cualquier cosa por el estilo que tenga?

—Todavía no. Delante del hotel están desgajando las aceras rodantes. Espero que se dé cuenta de los estropicios que causa usted en la ciudad —añadió con fiereza.

Se oyó un grito procedente del extremo lejano de la planta y Decie vino tambaleándose, grotesca con su traje inflado.

—¡Inmortal Karmesin! ¡Inmortal Karmesin!

Karmesin aguardó. Ella se detuvo delante de él, resoplando y jadeando.

—Hemos investigado bio-actividad y… ¡es ridículo! El germen está simplemente vivo. Está activo a esa clase de nivel que uno sólo esperaría encontrar en el tejido nervioso de un ser humano —detrás de la placa visora del casco de su traje, el rostro de la mujer estaba pálido y sus ojos desorbitados.

—Humm… —Fue el único comentario de Karmesin durante varios segundos. Su expresión era abstraída. Luego pareció recuperarse.

—De acuerdo. Corta una muestra como una cadena completa, o cualquier cosa que sea como unidad independiente y llévala al mejor biolaboratorio que tengáis en Aryx. Y descubrid lo que hace. ¡Sí, eso dije! Lo que *hace*. Hace alguna cosa más a parte de crecer; de eso podéis estar seguros.

Sin aguardar su reacción, dio media vuelta hacia Dombeno.

—Y evacuad la ciudad. Ahora. ¿Hay algún informe de Stonewall? ¿No? ¡Bueno, *conseguidlos*! Escucha, hombrecito, no me importa desarreglar vuestra ciudad, o vuestro planeta si eso es preciso. Si este género resulta ser lo que me temo, probablemente tendremos que esterilizar este mundo y marcharnos a otra parte. ¿*Ahora* comprendes lo grave de la situación?

IX

Merry había tomado pasaje en el barco hidroplano que partía por la noche hacia Stonewall, pero no podía soportar la idea de estar despierta y preocupada en la oscuridad; así que permaneció en cubierta con el viento silbando en su torno, escuchando la música de baile que llegaba débilmente procedente del salón de los pasajeros.

—¿Tiene usted frío? —le preguntó una voz suave muy cercana —. Si es así, acepte mi capa.

Merry se sobresaltó. No había advertido la aproximación de la alta y oscura figura que estaba plantada al alcance de su brazo, con sus rasgos invisibles bajo la débil luz de las estrellas. El cuerpo durante un momento le pareció curiosamente informe; luego parecióle un pájaro extendiendo sus alas, al hacer el ademán de quitarse y ofrecerla la capa que había mencionado.

Merry le contuvo con un gesto.

—No… no, es usted muy amable, pero no tengo frío. Sólo este fantasmal cabeceo me hizo estremecer.

—Comprendo —el desconocido soltó una agradable risita y se envolvió otra vez con la capa—. La llamada de amor de estos pájaros, que usted nombró inconscientemente, llamados «pseudobalena sambhalensis micromínimus», son, lo que yo diría, notable desprecio a las exquisiteces de su buen gobierno científico y a las reglas de los idiomas pregalácticos de los que se deriva. Perdóneme.

—¡Oh! ¡Es usted un extramundano!

—Cierto. Para ser exacto, soy un no humano, como ustedes dicen. Mi patria está en el mundo que ustedes han apodado Ohe. Pero no se ha podido dar cuenta por la oscuridad. No quiero

ofenderla.

—¡Lo siento! —exclamó Merry, incorporándose y mirándole con nuevo interés—. Bueno… ejem… ¿no quiere sentarse? Cosa rara, se me habló precisamente hoy de Ohe, allá en Aryx City.

—Gracias, con mucho gusto le haré compañía. ¿Presumo que no podía dormir? Mis condolencias.

—Oh, no es nada grave. Me preocupa algo, eso es todo. Pensé sentarme aquí hasta que pudiese relajarme antes de acostarme.

—Sí —la cabeza del oheano se volvió, y un perfil borroso, intentó contemplar la noche tachonada de estrellas—. Este sentido de paz es un curioso atavismo, y esta tranquilidad de la ordenada rotación de los cielos puede conducir a su especie, a la mía y a todas las demás por igual.

—Ya… ya oí algo de eso, también —dijo Merry pensativa—. ¿No ha tenido algo que ver con utilizarlas, hace mucho tiempo, para señalar el curso de las estaciones?

—Puede, posiblemente —el oheano la miró con viveza—. ¿Acaso es usted estudiante de psicología, o de historia?

—No —Merry emitió una risita nerviosa—. Yo… ejem… tomé interés en tales cosas de… bueno… de un amigo.

Él, momentáneamente ceso. Dijo al cabo de una pausa:

—A propósito, me suelen llamar Snow.

—¡Perdóneme! Soy Merry Duner —y luego, tímidamente, pero decidida—. ¿Dijo usted que le suelen…?

—Sí. Mi propio nombre parece difícil de pronunciar. Y traducido casi literalmente quiere decir «Snow[6]», que poco más o menos tiene todos los equivalentes de frialdad, pureza y lejanía, por lo que resulta… conveniente —hubo una sonrisa audible en su voz; Merry se sintió un poco más tranquila.

—Tengo… tengo mucho interés en conocerle —se aventuró a decir—. No me di cuenta hasta hoy de lo avanzada que es la especie suya. Quiero decir, he visto a sus paisanos aquí, en Aryx, e incluso en donde vivo, Stonewall, pero jamás averigüé mucho de ustedes.

—Entonces es usted libre de hacer cuantas preguntas desee —contestó Snow, arrellanándose descuidadamente y cruzando las piernas—. Su especie ha sido cortés hacia nosotros. Sin su ayuda, nunca hubiésemos podido cruzar los golfos interestelares. Con la pobre asistencia que podemos rendir en el estudio de la evolución

psico-social, la desproporción del pago por el regalo que ustedes nos hicieron, es en exceso pequeño.

—Oh, eso no es verdad, ¿cierto? —dijo Merry—. Todo el mundo afirma que su forma de captar los estudios psico-sociales hacen que nuestros intentos parezcan como… —Se acordó de la frase de Karmesin y la citó—. La acción del último instante de una pandilla de monos locos por las estrellas.

—¿De veras? —La voz de Snow durante un segundo pareció cortante; en las palabras que siguieron había recuperado ya su tono conversacional—. Halagador, pero no rebajemos los logros de la raza que ha hecho posible que el viaje estelar sea tan rápido y fácil como hacerlo sobre un planeta.

—¿Y no fue cuestión de suerte que ustedes lo lograsen primero? —Merry no sabía qué es lo que la obligaba a decir cosas tan poco apropiadas. Lo más probable, era la necesidad de distraerse hablando—. Después de todo, si hubiesen tenido ustedes uranio y torio suficientes en su planeta natal, habrían sido la raza que iniciara la colonización de las estrellas.

—¿De veras lo cree? —Snow se encogió de hombros—. Bueno, es una cuestión académica. Nosotros tomamos otro camino y posiblemente ahora no elegiríamos otro camino distinto si tuviésemos oportunidad.

—¿Qué clase de camino?

Snow rió brevemente. Dijo:

—No deseo ser descortés, pero eludiré la respuesta. Me parece que hay una diferencia psicológica en nuestras formas respectivas de abordar la realidad. Sus filósofos más eruditos han luchado con la mejor respuesta que nosotros podemos dar a esa pregunta, y fallaron en cierto modo en llegar al punto clave. De hecho, existe mucha esperanza de llegar a la comprensión mutua, y el deseo de repagar nuestra deuda dedicándonos al estudio de su raza.

—¿Ahora están ustedes metidos en un proyecto de investigación?

—Sí —el oheano miró hacia el firmamento y, por primera vez. Merry pudo distinguir la magnificencia de sus rasgos y su bien definido perfil—. Yo llevo algún tiempo metido en estudios de la comunidad isleña de Stonewall.

—¡Oh! Entonces probablemente será usted uno de los oheanos

que vi allí. Perdóneme por no darme cuenta antes, sin duda por la oscuridad reinante.

—Sí.

Hubo un silencio roto sólo por el zumbido de la planta de energía del navío y el salpicar de las paletas en las tranquilas aguas.

—¿Qué… qué es la vida en su mundo natal? —preguntó por fin Merry—. No quisiera repetir la pregunta que hice antes. Me refiero a qué diría yo allí, que me sorprendiese de un modo distinto a lo que veo ordinariamente en mi medio ambiente.

—Muchas cosas —respondió Snow con llaneza—. Pero dejando aparte las superficialidades, como el diseño, los trajes y las costumbres, encontrará usted incluso diferencias en mundos poblados por su propia especie; lo que sorprende a los miembros de su raza es tan extraño a nuestro mundo como su interés por la conducta ordenada y sistemática. Queda más allá del comportamiento, en realidad. Se extiende literalmente hasta los sistemas de pensar. No sería una exageración decir que ustedes buscan placer en lo inesperado. Ustedes estarían a gusto por ejemplo, cuando se vieran sorprendidos por un ejercicio inteligente de imaginación entre una realidad mundana y un universo de fantasía y de insensateces. Quizás nos hacemos viejos, pero nosotros encontramos nuestro placer de otro modo; disfrutamos con el sistema y el orden.

—Sí, tienen ustedes diversas disciplinas mentales, ¿verdad? Y muchos ritos que nosotros probablemente encontraríamos aburridos porque… Lo siento, no quería ser grosera. —Merry se ruborizó y se alegró de que la oscuridad ocultase su reacción.

—No, lejos de ser descortés —el no humano pareció preferir aquel sinónimo menos directo—, está usted exhibiendo un abrumador interés por mi pobre y aislado planeta.

—¡Por favor, no se haga la idea equívoca de que estoy estudiando la materia! —exclamó Merry—. Debo de reconocer que sólo estoy repitiendo lo que aprendí hoy.

—Poca gente de su raza se siente atraída por lo que nos concierne —dijo Snow con una pizca de ironía—. Probablemente es más útil de lo que debiera ser. Después de todo, es nuestro interés combinado con la similitud también relativa, lo que nos permite ser útiles en nuestras contribuciones a la comprensión de ustedes

mismos.

—Me temo que desconozco cualquier modo específico en que… —Merry dejó la frase en suspenso.

—Varias maneras se han ofrecido en sí mismas —dijo Snow—. Pero no desearía parecer orgulloso de los pequeños beneficios que hemos sido capaces de ofrecerles. Como dije, son pálidos e insignificantes ante el propio dominio de ustedes del vuelo estelar.

—¿Acaso su actual investigación tiene relación con uno de estos beneficios?

—Es pronto para decirlo —Snow soltó otra risita—. A solicitud de su Consejo Galáctico, una investigación se desarrolla sobre el problema del misterio de Fénix. Hemos avanzado algo hacia su resolución.

—Los Fénix… —Merry miró por encima de la barandilla de la lancha hacia el agua, que estaba adquiriendo cierta fosforescencia mientras las palas la agitaban—. ¿Ha visto usted su pública inmolación recientemente en Stonewall?

Snow asintió.

—¿No es terrible? —preguntó Merry desde el fondo de su corazón—. Y no es sólo que desperdicien sus propias vidas. ¡Parecen pensar que pueden justificar el asesinato! Oh, sólo hoy atentaron contra la vida del Inmortal Karmesin en el Hotel Mira de Aryx. Usted ya debe estar al corriente de eso. De nuevo Snow asintió.

—Pero es terrible, ¿no? —insistió Merry.

—Si yo tuviese que responder —dijo Snow al cabo de un momento de duda—, quizá pareciese un crítico y preferiría conservar mi independencia. Por así decirlo, es una afirmación profesional.

—Claro —asintió Merry, pensando que acababa de comprender su punto de vista—. No debí haberlo preguntado.

—¿Estaba usted allí cuando ocurrió el atentado? —continuó Snow—. Por su tono de… ejem… ofensa personal, juzgaría que estuvo presente.

—¡Me encontraba en el hotel! —confirmó Merry—. De hecho, estaba en el despacho subterráneo con el Inmortal Karmesin —el recuerdo afectó su voz con emoción—. Tuvimos mucha suerte. Prácticamente casi estábamos encima de la bomba cuando estalló.

—Oí decir que uno de sus inmortales se encontraba en Aryx —

apuntó Snow—. ¿Es usted amiga suya?

—Exactamente no —Merry se sintió otra vez ruborizar y se enojó consigo misma de esta reacción.

—Pero usted dijo «nosotros» podíamos haber estado encima de la bomba. ¿Presumo que hablaba del cuarto designado al Inmortal? —Trató de averiguar suavemente Snow.

—Acababa sólo de conocerle —respondió Merry—. Me encontraba en su habitación porque… —No, no podía eludir la explicación—. Porque trataba de demostrar que un amigo mío, un historiador psico-social, en realidad, estuvo allí tiempo atrás. Ha desaparecido y todo el mundo se niega a creer que llegara a vivir en Aryx. Procedía de Gyges, comprenda —se mordió el labio.

—¿Rex Quant? —preguntó el oheano con tono indiferente.

—¿Usted… le *conocía*? —Las palabras se escaparon de Merry en un susurro estrangulado.

—Conocerle, ciertamente. Oh, es quizás uno entre la docena de los más prometedores investigadores psico-sociales que su raza puede ofrecernos actualmente.

—¿Lo es? ¿Mi Rex?

—¿No lo sabía? —Snow volvió a emitir su agradable risita—. Sin embargo usted le llamó «su». Rex. Bueno, debe ser modesto, además de sus otras admirables cualidades. Deseo que se reúnan ustedes muy pronto.

—Muchas gracias —murmuró Merry.

—Y ahora, si me lo permite, me retiraré —Snow se levantó, recogiendo en su torno la capa—. Sugiero que haga lo mismo. Nuestra conversación la habrá libertado en parte de las tensiones que le producían insomnio; aprovéchese para dormir rápidamente.

—Sí, lo haré —dijo Merry y, con una apresurada palabra de despedida, se encaminó hacia la escalerilla que conducía a la cubierta inferior de dormitorios.

X

Había transcurrido mucho tiempo desde que Dombeno se vio obligado a bailar al son que le tocaban los demás; había disfrutado de su rango secundario de gobierno durante cinco años y esta costumbre se perdió rápidamente. Era muy joven para su cargo. Y su predecesor tenía ya ciento doce años cuando él ocupó el cargo, pero la juventud comparativa no resultaba de ningún consuelo. Abordó el asunto con Karmesin.

—Necesitamos un descanso, ¿verdad? —dijo sombrío—. ¿Qué le parece si comemos y tomamos un trago?

Karmesin le dirigió una mirada de sorpresa.

—Sí, si tú quieres. ¿Por qué me lo preguntas? Yo no asumo la responsabilidad de dirigir tu vida entera, ¿verdad?

Dombeno aspiró una profunda bocanada de aire.

—¡Karmesin, se hace usted insoportable! —gritó—. ¡No parece tener el sentido de proporción que debe acompañar la autoridad que le concedieron!

—Si con eso te refieres a que no estoy preparado personalmente para ver cómo cumplen las órdenes que doy, estás en lo cierto —Karmesin, singularmente mostrándose no ofendido, se pasó una mano por su pelo blanco—. Si con eso te refieres a que estoy preparado para permitir que haya gente que se convierte en floja y perezosa… puede que tengas razón.

—¡Quiero decir lo que dije! —declaró Dombeno—. ¡Decirnos que vaciemos a toda una condenada ciudad en el término de una hora de plazo, cayendo la noche de por medio, y no darnos mejor razón que una cantidad de vagos atisbos acerca de esterilizar el planeta, si le place, resulta absurdo! Creo que la Confederación Galáctica debería ser informada. ¡De hecho, haré que Brolitch dé los

pasos necesarios!

Karmesin le miró sin parpadear.

—La Confederación Galáctica lo sabe —dijo—. Es decir, la Confederación Galáctica sabe lo bastante como para decirte dónde debes ir si tratas de interferir en lo que estoy haciendo. Pero estoy seguro de que preferirías revocar tu decisión. Después de todo, yo podría citarte la constitución de tu planeta. «Todos los secretarios jefes para Asuntos Planetarios, deberán preparar y ensayar planes y técnicas para la evacuación de cualquier centro de población mayor de un millar de personas, bien al espacio o al otro punto de la superficie del planeta».

—¿Qué? —Dombeno empalideció—. ¡Pero eso… ya está anticuado! Eso se exigía en los días de la colonización, contra el riesgo de que las inspecciones precolonizadoras se hubiesen pasado algo por alto.

—Nunca fue derogado —dijo con sequedad Karmesin—. Simplemente cayó en desuso. Las constituciones planetarias son redactadas por expertos, con los cerebros electrónicos de toda la exploración planetaria a su disposición. Tú no tienes derecho a cortarlas y cambiarlas a la conveniencia de tu temperamento perezoso. Oh, basta de esta estúpida discusión, Dombeno, y vete a comer si tanta gana tienes. Yo me voy al biolaboratorio y hablaré con Decie. A tu lado pierdo el juicio. ¡Oh! Antes que me vaya, déjame recordarte que sigo deseando encontrar a Rex Quant y que quiero recuperéis a su novia.

—¿Sinceramente cree que lo había olvidado? —respondió Dombeno.

—Una vez ya se te olvidó —contestó Karmesin con insultante dulzura, y se fue.

* * *

Había sido una larga y descorazonadora tarea rastrear las fibrilas grises bajando por las paredes del Hotel Mira, puesto que penetraban como una red de vasos sanguíneos dentro de los niveles subterráneos, y todo el camino hasta los más profundos cimientos. Tenían un sistema, pero resultaba peculiar, para transcribirlo de manera suave.

—He aquí una sección de las propias fibrilas —dijo Decie, afinando un conmutador en uno de los paneles de control que cubrían las paredes del laboratorio. De inmediato, una micro fotografía de un palmo cuadrado de un especimen biológico toscamente circular apareció en la pantalla frente a ellos.

Tomando un pequeño puntero la científico comenzó a exponer las peculiaridades.

—Mire este cuerpo principal de aquí —dijo, indicando la masa central de la fibrila—. Bueno, es una larga cadena de género orgánico CHON. Hemos conseguido la estructura molecular, pero hay como cuatro millones de átomos por molécula, así que llevará tiempo. Tiene la mayor parte de las características de un tejido nervioso altamente evolucionado, como le dije. Es… ¿cómo lo podría yo exponer sin utilizar una carga científica? Es conductor, si así lo prefiere, de los impulsos que viajan a lo largo suyo, no parece ser género de cadena larga, sino una solución de organismos en un agua ligeramente salina, que humedece… no moja, sino humedece… a la masa entera. No entiendo eso en absoluto.

—¿No lo entiendes? —exclamó Karmesin—. ¿Qué es eso que lo rodea? No la capa protectora, que probablemente es para detener la deshidratación o la conducción hasta un medio exterior, sino esa película finísima que lo cubre por dentro.

Decie le dirigió una mirada de admiración y dijo:

—¿Es usted experto en biología, Inmortal Karmesin?

—Soy una enciclopedia viviente —dijo cansino Karmesin—. Soy como una almohada que deja filtrar sus plumas. Soy un cubo de basura de conocimientos. ¡En nombre del cielo, responde a mi pregunta!

—Lo siento —Decie se pasó la lengua por los labios—. Bueno, esa película es una cosa bastante notable. Ahora la estamos estudiando. No fue hasta después que descubrimos las peculiaridades del sistema de raíces cuando pensamos en investigarla con atención. Y sin embargo, usted me hace la pregunta de inmediato. Tiene razón, Inmortal Karmesin, necesitamos un mocienzo fresco, ¿verdad?

—No te tomes las ideas que dije acerca de los Fénix demasiado en serio —respondió Karmesin—. Queda abierto para mí practicar sus creencias en mí mismo en cualquier momento, saltando al

espacio o pegándome un tiro. Ahora esta película.

—No nos ha sido posible encontrar aún en proceso, una muestra de su crecimiento —se excusó Decie—. Lo que consideramos ocurre es:

«La planta crece de manera convencional, hasta límites que quizás están determinados genéticamente, en función del medio ambiente. Durante esta etapa, la película en la que usted se fijó tan rápidamente, es probablemente la capa de crecimiento, y también el canal por el que la nutrición y las substancias formantes del tejido circulan. Mientras, el núcleo que ahora forma la masa central, sigue ligeramente retrasado, al igual que la madera dura continúa blanda en sus tejidos centrales dentro de muchos árboles. Casi al término de la etapa de crecimiento, la membrana se atrofia, el jugo o la savia de ella penetra en el núcleo y lo humedece y lo hace funcionar. Probablemente segregan enzimas especiales, cuyos derivados, neutralizados después de completar su tarea, se disuelven en lo que llamamos la savia o conductor».

—¿Operando? —Karmesin eligió la palabra de la larga declaración y la retuvo como una muestra extraordinaria en el aparato colector de un biólogo.

Decie, aspirando una profunda bocanada de aire, dijo:

—Hace algo además de crecer simplemente, exactamente como usted nos advirtió.

—¿El qué? —preguntó Karmesin.

—Aún la estamos examinando —respondió Decie a la defensiva —. Dentro de otra media hora podremos tener una idea bastante clara. Si desea venir a la siguiente sala del laboratorio, le enseñaré los resultados obtenidos hasta ahora.

Karmesin reprimió su impaciencia con visible dificultad y la acompañó hasta la sala adyacente.

Aquí un grupo de cuatro serios biólogos estaba trabajando en un curioso montaje de equipos. Había un gran circulador hidropónico, en cuyo centro descansaba el dudoso extremo de la planta de fibrilas grises; raicillas capilares se introducían en el líquido inferior nutritivo. Había una sonda visible de sonar, una sonda de rayos X, un agolpamiento de detectores ultrasensibles a la bio-actividad y algo que a Karmesin le pareció como un primo próximo de un electroencefalógrafo, un ojo verde reluciente pupilado por una

sucesión de anillos blancos que se extendían saliendo del centro y desapareciendo en el borde de la pantalla a intervalos de casi un segundo.

—¡Ahora está mostrando nueva altura! —exclamó uno de los cuatro, ignorando la proximidad de Decie y Karmesin—. ¿Veis eso? ¿Cualquier rastro macroscópico de…? ¡Oh, perdóneme, Inmortal Karmesin! No le vi entrar.

—¿No? —repuso Karmesin, mirando en su torno. En la semioscuridad en que estaban trabajando, era difícil ver el rumbo exacto de la planta extraña, pero tan pronto sus ojos se aclimataron a la luz, podría decir que la habían montado convenientemente en una montura de plástico que se alejaba hacia la puerta por la que entró en la estancia.

—Yo… no veo… —se aventuró a decir el biólogo.

—Este es mi ayudante principal, Inmortal Karmesin —intervino Decie—. Nick Kraesser.

Karmesin ignoró la observación, y se dirigió hasta la estantería de la pared.

—¿Qué tal está de actividad ahora? —preguntó.

—¡De nuevo alta! —repuso Kraesser. De pronto su desconfianza ante el rostro del Inmortal fue substituida por el entusiasmo científico—. ¿Conseguisteis vistas macroscópicas de esa?

—La actividad se centra en el nudo que yo marqué de azul —contestó uno de sus colegas—. ¿Veis ahí?

—Eso lo resuelve —dijo Kraesser con frialdad—. Esta cosa es biosensitiva, de acuerdo. ¿Pero para qué? ¡Inmortal Karmesin! —añadió alzando la cabeza—. Quizás pueda darnos una idea. Permítame explicar sólo lo que hasta ahora establecimos.

—Por todos los medios —dijo Karmesin. Parecía aliviado, pero no se atrevieron a preguntar por qué.

—¿Verdad que Decie le ha dicho que esta cosa es bio-activa pero que no sigue creciendo? —empezó Kraesser. Tras conseguir el asentimiento, prosiguió—: Bueno, cuando hubimos determinado eso, saltamos derechos a la única otra pista que teníamos, que era el alto nivel de su actividad, en cierto modo en el rango en donde uno podía encontrar sólo un tejido nervioso complejo. Propuse a mis colegas aquí presentes que examináramos el sistema de raíces en busca del almacén de impulsos; se deduce que a un nivel de

actividad tan alto como ese, es preciso una transmisión de información bastante elaborada, y sin almacén esto queda perfectamente inútil.

«Dimos en el clavo con esa primera deducción. El nudo de raíces manchado de azul, ese que señalo, es casi tan electroquímicamente vivo como la memoria de un buen calculador, y mi parecer me dice que eso es probablemente».

—Eres un joven muy brillante, Kraesser —dijo Karmesin—. Está bien, ¿dirección ahora de los impulsos? ¿Entran o salen?

—Entran. Vimos que cuando uno se acercaba al tronco principal de la planta, allí, junto a la puerta, se comprobaba nuestra teoría.

—¿Y qué es?

Kraesser aspiró profundamente.

—Es algo que yo no había visto jamás. Es una planta artificial preprogramada.

—¿Qué? —exclamó incrédula Decie—. ¿Nick, qué quieres decir?

—Exactamente lo que dije —respondió Kraesser—. Todavía no me he atrevido a diseccionar esa raíz. Podríamos con toda facilidad seccionar su información almacenada. Se supone que hay mucha cantidad de este género por todo Aryx, ¿verdad? Podemos conseguir más muestras y cortarlas para analizarlas, y predigo que no me equivocaré.

»Esa planta habría iniciado su vida independiente en la forma de una especie de ser, una semilla, de un peso de una onza o dos, con menos de un centímetro de diámetro, parecida a una almendra. Su programa estaba tectogenéticamente inscrito en sus cromosomas e incluía tres etapas de crecimiento: enraizar y extenderse hasta una extensión predeterminada por encima del suelo, luego dejar de crecer y reducir su capa externa a su presente condición peculiar y por último detectar y conducir hasta los nudos mayores de la raíz, la información acerca de la actividad biológica.

—¿Entonces no tiene emisión de salida? —preguntó Karmesin.

—¿Salida? —Kraesser parecía débilmente sorprendido—. ¡Ejem… no! No lo creo. Su nivel energético es algo extraordinario para una planta. Creo que se deriva de un proceso de rápida oxidación en células cercanas a donde las raicillas o radúnculos se unen al cuerpo principal de la raíz. Pero no es lo bastante grande para sostener lo que se podría llamar una emisión. No más que, yo

diría, que su propio cerebro.

Dudó.

—¿Por qué preguntó eso, Inmortal Karmesin?

—No importa —Karmesin se secó la frente—. En cierto modo resulta un alivio terrible. Por otra parte es un maldito estorbo, porque… ¡Oh, no importa! ¿Dónde hay un comunicador? Necesito llamar al secretario Dombeno.

—Yo mismo le conectaré —se ofreció Decie y volvió presurosa a la otra habitación.

Pocos minutos después, el rostro malhumorado de Dombeno aparecía en la pantalla.

—¡Oh, usted otra vez, Karmesin! —Gruñó el político—. Iba a llamarle. La chica hizo lo que esperábamos y tomó el barco nocturno para volver a Stonewall. Haré que la recojan a su llegada y la obligaré a que vuelva si usted lo quiere.

—¿Ya han registrado en Stonewall la busca de esta planta gris?

—Ya he dado órdenes. Van a examinar los lugares de reunión pública, como usted pidió. Pero espero que no desee que evacuemos Stonewall con toda su gente. ¡Es una isla y no hay literalmente ningún sitio donde enviar a sus pobladores!

—No, no creo que eso sea necesario. De hecho, por lo que acabo de aprender, puedes dar contraorden en lo referente a la evacuación de Aryx. Creo que me he colocado ya en la pista adecuada.

El rostro de Dombeno adquirió un tono púrpura, pero antes de que él pudiese hablar y decir a Karmesin lo que importaba, éste le interrumpió presuroso:

—Igual me pasa a mí. Igual me pasa a mí. Lo sé y lamento el jaleo. Pero no es culpa mía, créame. El género tiene que ser limpiado de Aryx y eso puede tomar semanas. También deseo que empecéis a limpiarlo si encontráis rastros en Stonewall. Comunícame si lo hacéis y yo te prometo que entonces, una vez que se haya comunicado la noticia de lo que estamos haciendo, daré a la publicidad mis verdaderos motivos explicativos del pánico.

XI

Stonewall era un sitio popular de vacaciones y turismo. El mar casi carecía de mareas, el clima era uniforme durante nueve décimas partes del año y las facilidades para la pesca con lancha, superficial o submarina y otros deportes marítimos, eran de las mejores que se podían ofrecer en el planeta.

Pero ni siquiera a mediados de verano, podía Merry recordar tanta cantidad de navíos en la boca de la bahía natural que mordía profundamente en un costado de la isla, como un corte hecho en un redondo queso al separar una estrecha porción.

Ella no era la única pasajera que se mostró sorprendida cuando, a las primeras luces del alba, el navío hidroplano se posó en la superficie y navegó con mecánica indecisión hacia la bahía. Literalmente todos los pasajeros a bordo, a parte de los pocos miembros humanos de la tripulación, se agolparon en cubierta para mirar y hacerse mutuas preguntas en tono de asombro.

Había más de treinta grandes naves reunidas, navegando o ancladas, algunas subiendo y bajando incesantemente: hidroplanos, «hovecrafts», incluso un par de yates a vela del tipo catamarán. Entre ellos Merry divisó dos lanchas rápidas hidroplanas del gobierno, ancladas juntas con sus respectivos comandantes humanos discutiendo aparentemente por encima de la barandilla de sus respectivos puentes.

—Debido a circunstancias inevitables…

La voz era enorme y atronadora; durante un segundo Merry se sintió perdida, pero luego se dio cuenta de que esta información venía por el sistema de avisos de emergencia de la nave, rara vez usado. Todos miraron automáticamente hacia las rejas que ocultaban los altavoces.

—Nuestra entrada al puerto se retrasará unos veinte minutos. Las naves de delante están a punto de dispersarse y debemos cederles el paso. Gracias.

Hubo un murmullo renovado de comentarios de extrañeza. Mirando en su torno, Merry divisó a su nuevo amigo de la noche anterior, Snow, el oheano, y le dirigió un ademán inseguro. De inmediato él le sonrió acercándose.

—¡Buenos días! ¿Presumo que durmió bien después de todo?

—Sí, gracias. Me siento mucho mejor —Merry señaló la masa de naves ante la bahía—. ¿Qué le parece todo esto?

—No tengo la menor idea —contestó Snow—. Parece tratarse de alguna emergencia. Oí al levantarme las noticias de esta mañana y decían que anoche comenzó una evacuación en Aryx, aunque más tarde se recibió contraorden sin explicación alguna.

—Sí —afirmó Merry distraída, comprendiendo—. ¿Todo Aryx? Yo creí que era únicamente la zona en torno al Hotel Mira. Pensé en ello a causa de la bomba que había convertido el edificio en inseguro, o cosa por el estilo.

—Indudablemente, la verdad se descubrirá tarde o temprano —dijo Snow con aire casual. Señaló—: mire, allá van.

Uno a uno, los diversos navíos salían de nuevo al mar, guiados por las blancas lanchas del gobierno. Una lancha pasó a lo largo de su nave hidroplana mientras el comandante intercambiaba palabras con un miembro de la tripulación y todos los pasajeros se esforzaban por oír lo que decían.

—¿A qué viene esa reunión?

—¡Se hablaba de despejar Stonewall, eso es todo! ¡Llevar a todo el mundo al continente! Ahora han cambiado de idea. No sé de qué se trata. Entre en la bahía en cuanto la última embarcación haya salido. Oh… espere, espere. Aguarde a la chalupa del gobierno, me dicen. Viene ahora de Aryx. No tardará en aparecer a la vista, ¿de acuerdo?

La lancha escupió vapor y agua desde su popa, saltó sobre sus aletas y se alejó para alcanzar a los lentos catamaranes y apresurar su marcha.

—¡Iban también a evacuar Stonewall! —exclamó Merry—. ¡Algo terrible debe suceder!

Resultaba claro que el resto de los pasajeros compartían su

interés… aparte de Snow. El oheano meramente se encogió de hombros y repitió su creencia de que los hechos se aclararían eventualmente.

—Esa debe ser la lancha oficial a que se refirieron —añadió, alzando el brazo hacia la popa.

Entre una nube de blanca espuma marina, la panzuda lancha apareció por el horizonte, tan deprisa que parecía extenderse más que acercárseles. Un rugido acompañó la operación de frenaje de sus reactores; su piloto, un robot, claro, la deslizó por entre las naves, haciéndolas mecer por la depresión creada por sus elevadores en el agua; luego desapareció en la bahía y sólo el último eco de sus motores indicó su llegada al muelle.

Para cuando el barco de línea asomó su proa precavidamente en el puerto tras la lancha, los pasajeros con una misión urgente habían apremiado la frenética marcha de la lancha, habían desembarcado y tomado las aceras rodantes hacia el centro de la ciudad.

* * *

Los pasajeros del hidroplano de línea, por otra parte, encontraron su paso bloqueado por impasibles oficiales.

—Tendrán que ir por otro camino —rezaban las instrucciones que les dieron—. Lo lamentamos, orden del gobierno, nada podemos hacer.

En medio de aquella presión y despreocupación de los recién llegados, Merry miró en su torno insegura. El camino más corto para su casa lo tenía delante. Aquel camino estaba cerrado. Se sintió demasiado deprimida para tratar de discutir, como alguno hacía. Lo único que podía pensar era en la ruta alternativa que quizás le fuera posible tomar. Quizá hubiera noticias de Rex y si las autoridades de Aryx trataban de…

Y sin embargo… eso no le sirvió de consuelo. Presentía ya que ayer exageró sus esperanzas; todo el interés inesperado de Karmesin hacia ella, la observación casual de Snow sobre la brillantez de Rex, se habían combinado para hacerle creer que pronto lo encontrarían. Esta mañana se sentía inclinada a recordar que había transcurrido dos meses desde que desapareció; que si él era verdaderamente tan

notable, tan destacado, otras personas habrían estado ya buscándole, en Gyges tanto como hicieran aquí.

Sus esperanzas se estaban desvaneciendo y llegando a la conclusión de que todo fueron ilusiones. Había desperdiciado todos los esfuerzos y todo aquel precioso dinero que tenía en su particular búsqueda.

¿De qué servía, pues, volver presurosa a casa? Las autoridades, especialmente los agentes de la ley, allá en Aryx, estarían también ocupados por aquella evacuación iniciada y suspendida, para no poder ahora pensar en Rex.

A su lado oyó murmurar a Snow:

—Conozco al oficial que ordena a la gente dar la vuelta desde aquí. ¿Pienso bien al imaginarme que usted desea seguir derecha hacia adelante, más que tomar un circuito por la parte alta de la ciudad que le permita llegar a casa dando un gran rodeo?

—Sí. Pero no es importante —contestó Merry—. Conozco otros caminos para ir. Viví aquí toda mi vida.

—Un segundo —Snow le puso la mano en el brazo, con extrema educación—. Mi amigo el oficial la mira a usted con cierto interés. Fíjese. Viene hacia aquí.

Merry sintió una punzada de nerviosismo cuando el oficial se abrió paso entre los arremolinados y quejosos pasajeros de la nave, ignorando sus intentos agresivos verbales. Dirigió a Snow un movimiento de cabeza como saludo y luego se enfrentó a Merry.

—¿Es usted Merry Duner?

—La misma.

—Se me ha dicho que la esperara. Ha llegado un mensaje de Aryx diciendo que se la mandó a casa por error; querían obtener de usted algo más de información.

Las moribundas esperanzas de Merry se reavivaron. No se atrevió a proferir palabra.

—Si viene usted conmigo hasta Main Street… Hemos inactivado las aceras rodantes, así que tendremos que caminar, pero no está lejos.

—¿Se puede preguntar qué ha pasado para que tengan ustedes acordonado el centro de la ciudad? —preguntó Snow interviniendo.

—Me temo no podérselo decir —fue la respuesta—. Sin embargo… —dudó, mirando el rostro dorado pálido de Snow y la

bordada capa oheana—. ¿Supongo que debe tener que reunirse con sus colegas en el despacho del centro de la ciudad?

Snow asintió.

—En ese caso, puede venir con nosotros. Es inútil molestarle; no podemos apechugar esta mañana con la oleada de gente en el distrito central de la ciudad.

—Gracias —agradeció Snow, y se colocó detrás. Había un aura definida de equívoco hoy en Stonewall. Sensitiva a esto, Merry no dijo nada mientras caminaban y se limitó a mirar con aprensión de lado a lado y ocasionalmente a Snow, que fruncía el ceño de manera poco característica.

La primera vista perceptible del equívoco, sin embargo, era sólo aparente cuando se hubieron distanciado un poco de la zona portuaria. Doblaron una esquina y entraron en una de las calles que conducían directamente a la plaza principal. Y Merry se quedó plantada, como petrificada.

El pavimento y las aceras rodantes habían sido arrancados; los ladrillos de varios grandes edificios… un hotel, unos almacenes, una oficina municipal… habían sido separados para exponer el armazón de cemento inferior; hombres con plataformas flotadoras, armados con herramientas energéticas, marchaban al azar a diferentes alturas por encima de la calle, obedeciendo instrucciones emitidas desde el suelo por un grupo de oficiales de la ciudad de pálidos rostros.

—¿Qué pasó? ¿Un atentado Fénix? —preguntó Merry a su guía y escolta. Era la primera y única posibilidad que se le había ocurrido.

—Eso parece, ¿no? —respondió el hombre sin el menor humor —. Pero…

No siguió adelante. En aquel momento Merry reconoció a dos figuras familiares plantadas cerca del grupo de oficiales que dirigían los trabajos; una tercera persona explicaba con gestos indicativos de lo que sucedía, y ellos le escuchaban con atención.

—¡Oh! —exclamó Merry—. ¡Es el Inmortal Karmesin! ¡Y el secretario Dombeno! ¡Les vi ayer en Aryx!

Pero Snow había reaccionado ya. Sin hacer caso al grito de aviso de su compañera, se alzó en toda su plena altura y marchaba hacia adelante, en dirección de Karmesin, con rostro amenazador.

* * *

—¿Qué es eso? —intervino Dombeno, volviéndose para ver quién había gritado—. ¡Eh, Karmesin! Ahí está la muchacha. ¡Han debido recogerla cuando desembarcó del barco de Aryx!

—Has puesto el dedo en la llaga —murmuró Karmesin, mientras también se volvía para mirar—, y aquí viene un oheano en el primer estado de trastorno emocional que he visto jamás exhibir públicamente a los de su clase.

En realidad, el hombre de la piel dorada aparecía en extremo conturbado. Se detuvo cuando estuvo a un par de metros de ellos, barriendo las paredes que le rodeaban y el suelo con una mirada gélida. Sus ojos se posaron en las telarañas de fibrilas grisáceas que los trabajadores habían separado de sus lugares de ocultación dentro de la piedra y del concreto y luego se alzaron descuidados hacia las masas grandes de tal vegetación. Cuando por último le oyeron hablar, su voz era ásperamente colérica.

—¿Qué derecho tienen a hacer esto? —atronó en dirección a Karmesin, inmediatamente reconoció su suprema autoridad—. ¿Pero por qué derecho?

—Me alegro de verle aquí —interrumpió Karmesin con una frígida cortesía—. Estaba a punto de convocar a sus colegas. Se me ha dicho que poseen ustedes unas oficinas de investigación muy cerca. Quería hacerles precisamente la misma pregunta: ¿con qué derecho han sembrado ustedes una planta extraña en el suelo de uno de nuestros planetas?

La tensión pareció abandonar a Snow como, el hielo seco al evaporarse. Dijo con tono más calmado:

—Comprendo. Comprendo. Bueno, la respuesta es bien simple, pues. Tenemos derecho a importar a sus mundos todo el equipo de investigación que necesitamos, ¿no? Esto… que usted acaba de llamar una planta extraña… es algo de esa especie. Es una herramienta de investigación, un detector de actividad nerviosa que permite estadísticamente un análisis de los conceptos más prevalentes en las mentes de aquellos que están cerca.

Karmesin guardó silencio largo rato. Luego dijo:

—¿Por qué no nos hablaron acerca de estas plantas que usted define como herramientas?

—¿Acaso nos explicaron ustedes todo lo concerniente a sus respectivos campos? —respondió Snow con fiereza—. ¿Nos han explicado los motores estelares y los robots? No, ustedes esperan que les aceptemos y los utilicemos. Lo mismo pasa con nuestras herramientas. ¡Y otra cosa!

Karmesin apretó ceñudo las mandíbulas.

—¿Pagarían el precio de utilizar estas herramientas? —atronó Snow—. ¿Pagarían ustedes el precio de una mente viva y consciente por cada una de estas… estas «plantas extrañas» que ustedes han arrancado y amontonado en el suelo como si fuese basura? —Se reprimió, secándose la cara con la mano.

—Estuve a punto de llamarle «asesino» —terminó—. Perdóneme.

XII

Aquel fue el día que, como increíblemente otros pocos, se hizo especialmente memorable para Karmesin porque contuvo una nueva «última vez». Los días se apilaban de un gris uniforme en su recuerdo, como cartas perforadas en las máquinas, que él y un puñado de hombres y mujeres de su misma condición, eran lo suficientemente viejos para recordar; cartas perforadas de recuerdos que habían sido antigüedades cuando las vio, amontonadas, polvorientas, avejentadas. Eso encajaba con su impresión de sí mismo. Días como grises cartas de archivo en su cerebro, llanas, cíclicas, sin rasgos.

Pero hoy era como una carta roja deslizada entre lo gris… roja de alarma, roja de peligro.

No había perdido el dominio de sí mismo, realmente perdido, sino que lo dejó resbalar por el engrasado control mientras miraba y oía cómo su propia persona trataba de dominar el reflejo de cólera, reprimido desde hacía más de trescientos años.

Un poco asustado, un poco debilitado por la casi ferocidad sexual de su encuentro con su yo extraño, su más viejo enemigo, Karmesin se sentó más tarde junto al mar de Sambhal mirando hacia las estrellas como en un aire de desafío. Evidentemente había centinelas en los bordes de su visión, porque Stonewall estaba entrelazada con el misterio Fénix en sus terrenos y edificios junto con las «herramientas de investigación» de los oheanos.

Deliberadamente, se obligó a repasar los acontecimientos del día, buscando lo que disparó su genio, la última gota de agua que colmó el vaso y rompió su control, para que la próxima vez lo supiera, la próxima vez lo esquivara, anulara su impacto, mantuviese el dominio de sí mismo gracias al cual podía dominar a

los demás.

La única cosa que había dicho, la cosa horripilante, que le había sorprendido cuando salió de sus labios y que destrozó su fuerza de voluntad casi físicamente… ¿Era realmente peligrosa? ¿Resultaba claro para sus oyentes lo que implicaba?

—¡Usted no se da cuenta de lo corto que realmente es un siglo!

No… No lo hería en su interior el significado implícito que había sido tan hiriente para Karmesin, el Inmortal. Notó que se le aligeraba un poco su depresión. Pero no demasiado. Él sabía lo que significaba.

Ellos eran demasiado jóvenes para recordar los desvaídos experimentos de los artistas de vanguardia ochocientos años atrás, cuando la naturaleza del tiempo dilatado y el problema de reconciliar la relatividad tradicional con los motores estelares más rápidos que la luz se habían filtrado en la conciencia pública; cuando cada jugarreta de movimiento lento y rápido había sido convocada como una especie de visual decepción poética del ritmo vital del hombre que esperaba alcanzar las estrellas. Una vez el motor estelar fue cosa común, ya nadie se interesó en revivir aquellos esquemas del tiempo desfasados.

Excepto los Inmortales.

«*Qué corto es realmente un siglo*…». Dombeno, con quien perdió el control hoy, no había vivido sin embargo cien años. En el sexagésimo desde su primer encuentro con Karmesin, había pasado de estudiante graduado en sociología a secretario jefe de Asuntos Planetarios y había alcanzado el cénit de su carrera; no se podía elegir más que en dos direcciones para progresar más, direcciones que ahora se extendían ante él; hacia el estatuto figurado de presidente planetario, o a jefe de gabinete de la Confederación Galáctica, curso seguido por su predecesor. En cualquier caso, las líneas del resto de su vida estaban ampliamente encartadas.

Karmesin, enfrentándose a otros tres o nueve mil años de consciencia, no tenía mapas, carecía de fácil seguridad, de sentido satisfactorio de haber cumplido su misión. Para él, los últimos sesenta años eran indescriptiblemente distintos. Un Inmortal no se atrevía a atestar su existencia con acontecimientos; de ese modo marchaba rápido hacia el aburrimiento de la repetición permanente. Sin embargo, haciendo el ritmo de su vida lento,

incluso, regular, para que las experiencias significativas fuesen espaciadas, manteniendo su aura de contraste, se aislaba por completo de la humanidad común. Era como ser rodeado por un programa de televisión sensorial acelerado. A veces parecía que no había hecho más que parpadear, o hubiese dormitado brevemente y como marionetas monstruosamente acelerados, la humanidad hubiera completado la evolución en toda una generación.

* * *

Especímenes de laboratorio. Se volvía la espalda a un planeta durante medio siglo y el estudiante graduado era secretario jefe de su gobierno.

Quizás no era nada más, al principio, que la ilusión de velocidad insensata que éste adiestrado subjetivamente, había hecho de aquel puñado de hombres inmortales obligándoles a preocuparse. Plantados frente al ritmo normal de las generaciones sucesivas, sabían por su propia observación, que había habido actualmente muy pocos cambios en la raza. Los mismos conceptos básicos, los mismos deseos bastante incompletos, informaban a los cerebros de hoy como lo habían hecho cuando Karmesin naciera hace un milenio. Los propios inmortales habían contribuido a esta conformidad temporal mediante su existencia; eran un canal permanentemente abierto hasta el profundo pasado.

Sí, no era noticia que el sentido de tránsito y de impermanencia que dictaran su fundación de estudio Inmortal resultase subjetivo; que había habido inestabilidad, no un cambio fundamental en el hombre, que la raza en expansión había logrado llegar hasta las estrellas. Compárese esto a una cumbre giratoria, prefiriéndose a sí misma tan salvajemente que amenazaba derrumbarse, logrando entonces una nueva orientación y siguiendo feliz con su girar zumbante. La misma cumbre, el mismo giro, un eje diferente, nada más.

Casi punto por punto, uno podía enfrentar la categorización en términos a los que un hombre moderno pensase con la categorización de un millar de años atrás. Luego, uno tendía a pensar en términos de «cerca» y «lejos», «viejo» y «moderno»; así hoy, los únicos cambios resultaban superficiales: «cerca» podía

igualarse a las distancias hasta unos treinta años luz, por ejemplo, y «viejo» convencionalmente tendía a retroceder con el incremento del término de expectación normal de vida universal.

Al principio, los Inmortales presumieron que su falta de cambio substancial era un problema para resolver ellos mismos, una consecuencia directa de su término vital prolongado.

El misterio Fénix sugería que era un problema al que afectaba a toda la humanidad.

En principio, esta situación de tablas fue contrarrestada en los días pregalácticos por el estallido de alguna cultura local por encima de otra; decadencia y colapso, típicamente, seguían a un largo período de monotonía estable, como en el caso del Egipto Faraónico o de la Roma Imperial, pero el colapso nunca era total y a su vez era seguido por una regeneración en forma distinta. Así, volviendo de nuevo a los ejemplos convencionales, Roma, aún en decadencia, dictó el curso futuro a aquéllas culturas bajo cuyo impacto se estaba derrumbando.

Al prevenir la decadencia, la técnica evidentemente debía asegurarse que se agitasen las influencias de cultura externa, pero nunca indeterminadas, para que la sociedad avanzada y estable se reorganizase penosamente tras el descubrimiento del vuelo estelar.

En principio, una vez más, la existencia de centenares de razas no humanas ofrecía una fuente de estímulo, idealmente controlable, porque los hombres terrestre tenían un monopolio de todas las líneas de comunicación. En la práctica…

El misterio Fénix. Cuyos miembros sostenían que el hombre había agotado su originalidad y que debería purgarse de senectud psicológica arrancando de sí mismo sus creaciones resistentes y comenzando de nuevo.

* * *

Karmesin se estremeció.

Había un regusto en el concepto de «control ideal» por encima de la influencia externa. Uno no puede controlar lo que no comprende. Y había sido el joven, brillante y vociferante Rex Quant de Gyges quien destacó eso, como los francos que acabaron hablando un idioma descendiente del latín. Como los cruzados

seducidos de su fervor religioso por la civilización superior de los sarracenos, el hombre terrestre podía estar a merced de influencias que no podía definir. La consciencia de la inferioridad tergiversaría el entusiasmo generado por la expresión de la raza; el cansancio debido a luchar contra brumosas e intangibles insatisfacciones podían conducir fácilmente al nihilismo de los Fénix. Antes que a la emergencia del misterio Fénix como peligro reconocible, el pueblo de Ohe había probado modestamente que eran analistas psico-sociales de brillantez inhumana y pidieron permiso para estudiar la carrera estelar que les había descubierto. Conscientes agudamente de su falta de destacamento, los hombres recibieron bien el interés oheano en sus problemas. Nuevas zonas de comprensión se abrieron como resultado. ¿Qué más natural, entonces, que alistar la ayuda oheana cuando las proporciones de la amenaza Fénix se hicieron alarmantes?

A lo que Rex Quant, con juvenil iconoclastia, dijo:

—Yo he postulado por un sentido de inferioridad frente a una cultura externa. ¿Existe alguna raza no humana que sea capaz de hacernos sentir inferiores como ocurre con estos mismos oheanos, al igual que los griegos, que incluso después de ser conquistados, hicieron que los romanos pareciesen indefiniblemente bárbaros?

Sobre lo que los oheanos deberían haber hecho de ser suyas las estrellas, nada se podía decir. Sólo la mala suerte que dejó a su planeta carente de elementos radiactivos impidió que consiguiesen el acceso a la energía requerida. ¿Hipótesis… celos? ¿Más hipótesis…? ¿Acaso deliberadamente animaban la extensión del misterio Fénix, como se sugería por su aparente capacidad para anticipar sus siguientes irrupciones?

El Consejo de Inmortales, interesado por el Problema Fénix, había estudiado los medios posibles de extenderlo artificialmente, teniendo presente los recursos conocidos de Ohe. Habían llegado a la conclusión, Karmesin recordaba el anuncio como si acabase de oírlo esta misma mañana, de que el instrumento sería biológico, probablemente un generador de campo casi vegetativo, estructurado para parecerse al tejido nervioso, cuya película exterior sería grisácea o blancuzca, porque representaría una capa de crecimiento desusada.

Contra esta asunción hubieron dos argumentos principales:

primero, que podría ser simple orgullo conducir a la humanidad a invocar un ataque exterior y que en la capacidad de los oheanos para prever el futuro adherente al misterio Fénix podía ser debida a un punto de vista más sutil e interior del proceso social; segundo, que tal instrumento biológico había sido fruto de una hipótesis y serviría más prestamente como detector de campo que como generador.

Bueno, allí estaba. La misma planta predicha. Y era un detector de campo y el biólogo Kraesser apartó la idea de que tuviese una emisión exterior significativa. Y el oheano Snow clamó por la responsabilidad inmediatamente y afirmó que cada una de estas plantas, de las que habían a millares sólo en Aryx, había sido programada sacrificando la mente viva y consciente de un oheano. El oheano se *convertía* en la planta, esas fueron sus palabras.

La dedicación implícita de tal idea hizo que Karmesin temblase. ¿Qué propósito exigente podría impulsar a los seres pensantes y educados a sacrificarse así mismo? ¡Y además de un modo tan terrible! ¡No con la limpia terminación de la muerte, sino con una sutil extensión de la consciencia!

Y allí era donde Rex Quant, cuyo grito de aviso había hecho venir a Karmesin de la Tierra, a doscientos años de luz, hasta Gyges. ¿Dónde estaban los dos oheanos que abandonaron el Hotel Mira el día de la llegada de Quant? ¿Qué había sido del propio Quant?

Estaba harto de este planeta. Muy especialmente estaba harto de Dombeno, que representaba en sí mismo todos los peores rasgos de la humanidad: impaciencia, ansia de poder, odio a los desmanes externos.

Quizás los Inmortales deberían dejar de tratar de interferir con la extensión de las ideas Fénix. Quizás debiera haber un holocausto y que el dominio de las estrellas pasase a una raza como los oheanos, más tranquila, más paciente, más capaz para la tarea.

En el remoto análisis, sin embargo, había un único criterio por el que se podía juzgar a una raza capaz de heredar el dominio de las estrellas: el acto literal de hacerlo; y, por mejor o peor, el hombre terrestre era la especie escogida.

Se oyó una suave pisada tras él. Karmesin se agitó en su silla y alzó la vista. Un agente local se le acercaba.

—Se me ha mandado que le informe, Inmortal —comenzó el

hombre—. Lo que usted predijo parece estar ocurriendo.

—¡Estupendo! —exclamó Karmesin, poniéndose briosamente en pie—. Quizás sea ésta nuestra posibilidad de extraer el sentido a todo el jeroglífico oheano.

XIII

Fue cuando era acompañada a su casa cuando Merry Duner comprendió que estaba envuelta en algo más importante que en la simple desaparición del hombre que amaba. Y el impacto de esta noción fue deprimente.

El significado de la mayor parte de las cosas que había presenciado hoy se le escapaba. Hubo allí una extraordinaria confrontación entre Snow y Karmesin, junto a los escombros de las paredes derrumbadas y de las aceras rodantes desmontadas de Main Street; luego, la discusión cuando miembros del equipo de investigación oheano vinieron rápidamente de sus cuarteles generales próximos, y lloraron, literalmente lloraron, al ver a las extrañas plantas de grises fibrilas arrancadas y amontonadas a un costado. Merry lo presenció, olvidada, deseando desesperadamente poder estar en otra parte.

Y luego, la increíble pérdida del control de sí mismo de Karmesin, cuando gritó a Dombeno como si fuese un loco. ¿Qué es lo que provocó tal irrupción? Como Merry recordaba, Dombeno no había dicho nada más que a los oheanos les habían permitido facilidades de estudiar en los mundos humanos durante casi un siglo y después de tanto tiempo, preguntó, ¿era necesario que Karmesin se pusiese tan frenético?

Merry había estado pensando toscamente en lo mismo, pero se excusó invocando el intento de atentado contra la vida de Karmesin realizado por los Fénix; así que tuvo que reconocer que si hubiera estado a punto de perder miles de años de vida, su paciencia no habría sido tanta como la de Karmesin con Dombeno, cuya responsabilidad era, después de todo, mantener aquí la ley y el orden.

Luego Dombeno, después del escamón de Karmesin, perdió también el genio y Merry se enteró de que fue por orden de Karmesin el que empezasen a evacuar primeramente Aryx, que luego el Inmortal canceló la orden, que convocó después a una flota de lanchas para evacuar Stonewall y que igualmente suspendió la realización de la tarea. Además, acusó Dombeno, Karmesin había traído sobre sí mismo la ofensa de los Fénix, rehusándose aceptar una «suite» en una ala moderna y adecuadamente protegida del Hotel Mira y que culminó su gesto declarando que los Inmortales no habían recibido su autoridad simplemente para agitar las vidas pacíficas de la gente ordinaria y verles correr como animales asustados.

Todo eso fue cuanto pudo oír Merry. Para entonces Karmesin se había recuperado. Ella no tenía duda de que el altercado continuaría en la intimidad, pero, por lo menos, no la embarazaría a ella, a los oficiales agrupados en su torno y a los oheanos. El conocimiento de que estos últimos habían estado presentes hizo que Merry sintiese vergüenza por la actitud de su raza.

La enviaron al cuartel general de las fuerzas de la ley para que completase el fichero sobre Rex Quant, que empezó en Anse y, a la puesta del sol, la dejaron ir después de advertirle que quizá pudieran necesitar ponerse en contacto con ella a toda prisa, aconsejándola que preparase las cosas de manera conveniente si se alejaba de su casa algo más que un corto tiempo. Ella asintió, pero en el fondo de su corazón, se daba cuenta de que todo el asunto era una falsedad. Interesados por Rex quizá lo estuvieran; interesados por ella, no.

* * *

Algunas veces se había preguntado qué era la vida para la gente de la antigüedad, del período que estudiaba Rex, por ejemplo, o más inmediatamente, de los días que Karmesin podía recordar, cuando aún habían rastros de la primitiva estructura social humana, tal como la familia semipermanente. La moderna educación humana era principalmente dirigida hacia la autosuficiencia temprana, reconociendo la aparente incapacidad de la raza de imponerse sobre sí misma lazos y ligaduras que durasen más que un

par de décadas.

Hubiese sido hermoso, pensó mientras yacía despierta e inquieta en su dormitorio, volver al medio ambiente infantil de una familia; ser capaz de discutir lo que había ocurrido con alguien que la hubiese conocido desde el nacimiento, quizás, a obtener consejos sobre lo que hacer próximamente.

Pero sus padres habían disfrutado de la compañía mutua menos de la duración de los matrimonios modernos y adoptado la cláusula de opción en su contrato matrimonial tan pronto como pudieron, que fue cuando Merry completó su educación primaria a la edad de veinte años locales. Ya, cuatro años locales más tarde, comenzó la muchacha a pensar en ellos como unos amigos bastante íntimos en vez de parientes. Nadie en la galaxia estaba más cerca de ella de lo que Rex hubo estado, incluso ahora.

Al enterarse de que le consideraban como un genio… sonrió adormilada y se preguntó qué hubiera sido de él. Seguramente no importaba si Karmesin no demostraba exceso de ansiedad por localizarle en bien de ella; simplemente bastaba que se le encontrase y el afecto haría el resto. La joven vagó en un sueño lleno de imágenes, en el que a veces encontraba por sí misma a Rex y descubría que ya no la quería, y en otras ocasiones era Karmesin quien la llevaba hasta él, sólo para encontrar que los ojos de su amado tenían la vejez y experiencia de los de Karmesin y que se interesaba por ella como un medio de sacudirse de su antiquísimo aburrimiento.

En cierto momento de las horas más sombrías de la madrugada ella se vio arrancada de su inquieto sueño por la señal de la puerta. No recibió con desagrado al principio la conturbación, en aquel sueño no había motivos para sonreír, pero cuando comprobó la hora y empezó a preguntarse quién podría ser el visitante, sintió una punzada de alarma.

¿Los Fénix…? Era concebible; todo Stonewall sabía que ella, una ciudadano de la localidad, había entrado en contacto con Karmesin aquí y en Aryx, cosa que descubrió al escuchar un boletín de noticias antes de retirarse a descansar. Es más, hubieron dos intentos por conseguir entrevistas con ella, uno por el comunicador y otro por una burbuja de control remoto que llegó llamando a la ventana poco después de que volviese a casa. Se negó a ambas cosas

y finalmente desconectó el comunicador. Por otra parte, el visitante podía ser de la policía. Ellos le *habían* pedido que permaneciese asequible y si quizás no pudieran comunicarse con ella, posiblemente le enviaran a un agente o a un robot para comprobar si se encontraba sana y salva.

Por lo menos no sería peligroso descubrir quién llamaba, decidió. Saltando de la cama, se colocó los leotardos de espuma y la blusa que había llevado el día antes, todo limpio y fragante tras el lavado automático de una hora en el limpiador.

—¿Quién es? —susurró, cerca del panel de la puerta y deseando poseer el adecuado equipo de visión, como era corriente en las grandes ciudades como Aryx.

La respuesta fue una completa sorpresa.

—Snow y su compañero Wanhope se excusan por la intrusión en su descanso tan necesario, pero desean hablarle con urgencia.

¿Por qué en la galaxia deseaban los dos oheanos hablarle? Merry se despejó de los últimos rastros de sueño y abrió la puerta.

Para su sorpresa, Snow y el desconocido Wanhope, llevaban grandes paquetes envueltos en una oscura película protectora. Parecían pesados; de cualquier forma, cuando señaló que dejasen los paquetes en una mesa, lo hicieron con mal disimulado alivio.

—Repito mis excusas por esta molestia —dijo Snow—. Le aseguro que no hubiésemos recorrido…

—¡Por favor! —le interrumpió Merry—. Acepto su palabra. Siéntense, ¿quieren? Ah… ¿puedo pedirles algo? Debe hacer frío fuera; ¿desean una taza de café caliente?

—Nada, gracias —la voz de Wanhope era muy parecida a la de Snow, pero más incisiva. Físicamente, también se asemejaba a Snow, pero resultaba ligeramente más alto y pesado, su rostro parecía como esculpido en oro platinado—. Tengo entendido que se interesa en las idas y venidas de cierto Rex Quant de Gyges, un historiador psico-social, ¿verdad?

El corazón de Merry le dio un vuelco cuando recordó la amistad casual trabada con Snow en la lancha, diciendo él que naturalmente conocía a Rex.

—¿Ustedes…? —comenzó la joven y no pudo terminar.

—¿Sabemos dónde está? —terminó diciendo Snow con sequedad —. Me temo que no podamos decirle eso. Pero permítame que me

explique. Hemos estado en contacto con nuestro planeta patrio desde el lamentable episodio de esta mañana, cuando… lo digo con el debido respeto… el Inmortal Karmesin se olvidó de sí mismo y significativamente rechazó nuestro trabajo de investigación en Stonewall. Se deduce de nuestro análisis que ciertos grupos sospechan que hemos podido tener parte en la desaparición de Rex.

—¿Qué? —Merry se mostraba genuinamente desalentada—. ¿Pero por qué iban a hacer tal cosa?

—La razón propuesta resulta clara —dijo ceñudo Wanhope—. Es cosa de dominio público, que después de su visita a este planeta hace dos años, Quant formuló una teoría acerca de la extensión del misterio Fénix. Argumentando en cierto modo con malicia puesto que a menudo éramos capaces de predecir la extensión del futuro en una zona, esto sugería una contaminación… ejem… deliberada, y nos acusó de tratar de minar el dominio estelar de su raza.

—¡No lo creo! —exclamó Merry—. Conozco a Rex mejor que nadie y jamás me dijo a mí una palabra de eso.

—Si usted no lo hubiese visto en dos años completos, no lo habría hecho —dijo Snow—. Esto fue una inspiración de lo más reciente —hizo una mueca—. Sin embargo, su desaparición es inexplicable. Es interés nuestro, como comprenderá, localizarle sí podemos e informar a las autoridades. La sospecha es un veneno mortal. Conocemos perfectamente su trabajo puesto que llevamos tiempo estudiando a su raza.

La implicación que la sospecha era cosa del pasado en Ohe, hizo que Merry enrojeciera de vergüenza por las cortas entendederas de su raza. Dijo:

—Cualquier cosa que se haga por encontrarle tendrá mi apoyo. ¿En qué puedo servirles?

Snow y Wanhope intercambiaron miradas. Al cabo de un momento dijo Wanhope:

—Su oferta de cooperación resulta muy de agradecer. En cuanto a lo que puede hacer, es sencillo. Evidentemente, lo primero que necesitamos es saber el máximo posible acerca del propio Rex Quant. En estos paquetes —comenzó a desenvolver la película que los cubría—, tenemos instrumentos de investigación de una clase que ahora es familiar a cualquiera en Stonewall gracias a la presunción de Karmesin de que eran simplemente plantas extrañas

—pronunció estas últimas palabras con viveza—. Con su ayuda y su amable cooperación podremos descubrir directamente desde su recuerdo todo lo que se relacione con Quant.

Merry miró lo que aparecía dentro de los envoltorios: frondas de aspecto mortífero, bastante repulsivas de oscura seudovegetación creciendo en torno a unos nudos de raíces cuya forma sugería vagamente un cerebro permeabilizado por una membrana de plástico, firme pero no rígido. Los oheanos, porque ahora Snow también desenvolvía el paquete que trajo, los trataban con circunspecto cuidado.

—¿Qué tendré yo que hacer? —preguntó Merry con debilidad.

—Sentarse en una silla y permitir que estos instrumentos se le apliquen a la cabeza y luego pensar, con la mayor concentración posible, en su hombre, en Rex —el tono de Snow era tranquilizador —. Le aseguro que no producen dolor, ni efectos subjetivos en absoluto.

Merry se puso rígida. Estaba recordando otras pruebas en defensa de lo que los oheanos habían dicho: la selección de Karmesin de dos oheanos, por ejemplo, de entre los que abandonaron el Hotel Mira el día de la desaparición de Rex… buscando razones específicas, se dio cuenta ahora; la expresión indiferente de Snow de admiración por el talento de Rex cuando ya debía saber del ataque que le ha hecho acerca de la buena fe de los oheanos…

—Sí… sí, les ayudaré —dijo Merry y señaló lo que parecía un sillón conveniente—. ¿Me siento allí?

—Por favor —confirmó Wanhope, y Merry avanzó para obedecer. Los oheanos cogieron sus instrumentos semejantes a plantas y como un solo hombre se le acercaron.

—Quietos ahí, si tienen la bondad. La voz atravesó la puerta cerrada y los oheanos giraron en redondo asombrados. Merry, a punto de sentarse, se incorporó con un grito. La puerta saltó de sus goznes.

Después de ceder, por la abertura, con actitud negligente pero con los ojos encendidos de… ¿quizás furia?… entró Karmesin. Tras él, dos agentes de la ley, que eran los primeros hombres armados que Merry había visto en su vida; cada uno portando un revólver tipo Láser, de pequeño foco, conectado a un depósito energético que

llevaban a la espalda. Tras ellos, un individuo empujando una camilla flotante con una gran cantidad de equipo sobre ella y al final una mujer gruesa con una cara redonda y pastosa, blanquecina.

—¿Sorprendidos de verme? —dijo con suavidad Karmesin, dirigiéndose a los jóvenes oheanos—. Supongo que no desearán ser ustedes la próxima causa de su destrucción por los lasers que mis amigos llevan, estoy seguro. Y luego explicarán su presencia. Les advierto por anticipado que no creeré nada excepto la verdad.

XIV

Inmóviles ante las armas que les apuntaban, los oheanos no reaccionaron durante largo rato. Luego Wanhope dijo algo en su propia lengua a Snow, que respondió de manera similar. Murmuraron mutuamente una docena de frases en rápida sucesión, confiando en el presumible hecho de que nadie excepto un nativo hubiese aprendido a hablar con fluidez el oheano, antes de parecer estar de acuerdo en lo que iban a hacer. Que resultó, efectivamente, obedecer las órdenes de Karmesin.

Con un cuidado casi absurdo colocaron sus «instrumentos» sobre la mesa. Se incorporaron y retrocedieron. Wanhope dijo:

—Tengan la amabilidad de desactivar el disyuntor de campo. Puede perturbar los delicados circuitos electroquímicos de nuestros instrumentos.

Karmesin, sonriendo de manera fantasmal, sacudió la cabeza.

—No. No hasta que hayan sido examinados cuidadosamente. Este —señaló al hombre que empujaba la carretilla flotante— es uno de los principales biólogos de Aryx, llamado Kraesser. Le hice venir de Stonewall junto con su colega… —Hizo una breve reverencia—. Decie. Ustedes dos, tengan la bondad de examinar los especímenes —añadió—. Mientras conferenciaré con nuestros amigos de Ohe.

Entregó el disyuntor de campo a uno de los agentes, que lo tomó sin mirarlo y se lo colgó del cinturón, aún en pleno funcionamiento.

—Sus explicaciones, por favor —exigió Karmesin, avanzando.

Rígidamente, Snow y Wanhope declinaron responder.

—¡Inmortal Karmesin! —exclamó Merry tras una pausa—. Yo… ejem… creo que estamos en mi casa e invité a entrar a estos dos y me parece que es una vergüenza, ¡de veras que sí! —Su voz

temblaba confusa ante su propia audacia, pero tras haber visto a Karmesin perder el control con Dombeno, ya no sentía la incalificable aprensión que fue su primera experiencia en presencia del Inmortal.

—Muy bien, criatura —contestó Karmesin—. Entonces me vas a decir por qué les invitaste a entrar.

Merry se mordió el labio, mirando de reojo a Snow, que se encogió de hombros deliberadamente. Así animada, habló con desafío.

—¡La gente creo que va diciendo que mi Rex acusó a los oheanos de extender deliberadamente el misterio Fénix! Ahora usted prácticamente les acusa de habérselo llevado para cerrarle la boca. Bueno ahí quiero llegar, de todas maneras. Naturalmente que desean encontrar a Rex si pueden y probar que no le raptaron. Lo que es más, estoy segura de que Rex jamás habría insultado a los oheanos como la gente supone que hizo.

—Del todo cierto —asintió Karmesin—. No fue exactamente idea de Rex Quant. Pero todavía no me has dicho la razón que te dieron para desear sujetarte a estos… ejem… aparatos suyos.

—Para descubrir lo que pudieran acerca de Rex desde mis recuerdos. Si iban a buscar también a Rex yo me alegraba de ayudarles y proporcionarles cuanta información desearan.

—Humm… —Karmesin se frotó la barbilla, mirando a los oheanos—. ¡Estoy seguro de que han sido muy corteses! Ayudando a encontrar al mismísimo hombre del que se afirma que les ha acusado de mala fe.

Snow habló rápidamente a Wanhope en su lengua nativa y recibió sólo un gesto como respuesta.

—¿Es esa su historia? —le preguntó Karmesin.

—Substancialmente, sí —confirmó Snow.

—Comprendo. ¿Coincide con tus descubrimientos, Kraesser? —Karmesin giró para enfrentarse al biólogo.

—¿Eh? ¡Oh, lo siento, no estaba escuchando! —Kraesser se incorporó desde su complejo equipo y se secó la cara distraído—. ¿Ha preguntado hasta dónde había llegado?

—Eso servirá.

—Bueno, esto es un asunto diferente del material gris que crece en toda la ciudad. Hay energía en esta masa central; por fortuna

aún está dormida. Probablemente requiere un aditivo para traerla a pleno funcionamiento, una enzima de cualquier clase, quizás. Es activa en las regiones rho y sigma y absolutamente no queda duda de que esto tiene una emisión. Es…

Desde la nada, aparentemente, sobrevino una interrupción. Una voz lenta, sonando artificial, murmuró palabras sin tono alguno:

—Primer interlocutor: nosotros, inflexión indicando mayor porción de la especie del que habla, debemos actuar, o adoptar cursos de acción, calculadas a mal dirigir, o diseñadas a conturbar el sistema en el sentido de «término de evolución de los acontecimientos debido a una probablemente alta inflexión indicando equivalente de setenta por cien en probabilidades, de desventaja producida sin nosotros, inflexión indicando el número de ambos presentes, permitimos, o refrenamos la acción contraria. Frase incompleta, debido a la interrupción. Continúa.

»Segundo interlocutor: frase tradicional comprimida indican esfuerzo superfluo comprendido mientras se habla, equivalente quizás a “hacer el tonto” pero refiriéndose directamente al término objetivo y postulado de Ohe. Preguntar referente a los presuntivos aparatos científicos de naturaleza semiorgánica, teniendo que ver con su estado actual de actividad o inactividad implicando que, mientras el aparato del interlocutor es conocido como inoperante, un estado de incertidumbre referente a otro de los dos…».

Escucharon todos con petrificado silencio, todos excepto Karmesin, que sonreía ampliamente. Merry ahora se dio cuenta de que aquellas fantasmales palabras fueron emitidas de un altavoz oculto en el bolsillo delantero de su túnica oscura.

Se interrumpieron cuando Karmesin accionó un conmutador a través del tejido.

—Les advertí —dijo a los oheanos—. No creería nada excepto la verdad. Tenía una línea subespacial libre de tráfico con la Tierra y ordené el acceso a los computadores lingüísticos de la Confederación Galáctica, de manera que pudiese darles esta pequeña sorpresa. ¿Desean pensar en mi punto de vista, o quieren creerme ahora cuando les digo que he reunido recursos contra ustedes que no pueden vencer conjuntamente?

—¿Contra nosotros? —preguntó Snow. Exteriormente estaba tranquilo, mientras que los rasgos de Wanhope habían adoptado la

inmovilidad de una escultura, de una moldura a la que Merry anteriormente y de manera mental los comparara.

—Quizás eso sea una palabra demasiado fuerte —Karmesin se apoyó indiferente en la mesa donde Kraesser, absorto, estaba estudiando los «instrumentos» oheanos.

—¡Por favor! —susurró Merry—. ¿Qué significa todo esto?

—Significa que tus serviciales oheanos mentían —respondió Karmesin—. ¿No lo entiendes? Oh, quizás merezcas que te lo explique. Puede que la próxima vez no seas tan ingenua. ¡Escucha! Debajo, a través, dentro de esta ciudad de Stonewall y de Aryx, y quién sabe cuántas otras urbes de nuestra raza, se han entrelazado las fibrilas grises de las plantas oheanas. Llamémoslas plantas. ¡Crecen! Pero son artificiales. Son sensibles a los campos naturales. Cada una de ellas está programada con consciencia, con mente inteligente. Las brillantes sutilezas del análisis social oheano son principalmente una función de increíbles cantidades de información. Ajustar sus plantas así instruidas a un computador, para escoger y almacenar información acerca de una credencial, luego vendrá la cosecha de datos en cuanto uno guste; eso es la técnica.

»Hasta ahora no estaré seguro de si podían dársele instrucciones posteriores. Aparentemente sí. Se mantuvo una vigilancia sobre mí y falló gracias al disyuntor de campo que traje conmigo. ¿No sabes que no se debe colocar un disyuntor de campo cerca de la cabeza ni tampoco de la columna vertebral? Por esta razón: neutraliza toda clase de corrientes.

»Estos cosechadores de información no son la única herramienta del equipo oheano. Lo sospeché nada más descubrir lo bien que se había ocultado la desaparición de Rex Quant del Hotel Mira y me dije que deberían tener un equipo análogo capaz de emitir a un nivel adecuado para blanquear nuestros rastreadores de memoria. Selectivamente, según se comprende. Como un cirujano cobraría adelantos tectogenéticos en un cromosoma produciendo una mutación dañina. A menos que se sepa que algo ha cambiado, uno no sospecharía.

»Nadie se acordará de Rex Quant en el Hotel Mira. Sin embargo, tú probaste que había estado allí. Su desaparición había sido descubierta por alguien cuyos accesos más próximos a la memoria

registradora era a través del tablero de mandos del despacho de la señora Gamal, de modo que a los pocos minutos la experimentación me lo descubrió. Sin embargo, la señora Gamal, utilizando ese tablero de mandos cada día de su vida, jamás pensó en un asiento deliberadamente erróneo en la memoria como medio de esconder un registro individual. Eso y otra docena de cosas señalaban una única conclusión: las memorias habían sido manipuladas por procedimientos humanos al mismo tiempo que mecánicos».

—¿Por qué? ¿Por qué había sufrido Rex Quant una violenta experiencia emocional casi inmediatamente después de su llegada al hotel? ¡Tan violenta como… digamos, la muerte!

Merry emitió un grito de espanto, pero Karmesin había utilizado la palabra a guisa de sorpresa para hurgar en la compostura de los oheanos por lo que sus ojos estaban fijos en aquellos dos rostros de oro pálido.

—Quizás no fuese la muerte, pero sí violencia —continuó Karmesin—. Bueno, hagamos hipótesis durante un momento. Es necesario recoger los datos almacenados por el sistema de raíces de las plantas oheanas. Es conveniente mantener la intimidad de la habitación de un hotel en una ciudad extraña con el fin de lograr cosas así. Mi teoría es que los dos oheanos residentes que abandonaron el Hotel Mira aquel día estaban comprometidos en tal clase de trabajo, cosechar datos. Mi teoría es que la llegada desde Gyges de Rex Quant con su mente estelar ardiendo en zonas de concepto de grandísimo interés para los oheanos… para el propio Ohe y el misterio Fénix… fue cosechada a muy poco tiempo de que las plantas la conservaran y que inmediatamente resultó obvio que permitir a un hombre tal seguir adelante sin molestias, tendría, ejem, consecuencias poco deseables.

»¿La sorpresa de Rex Quant de ver cómo dos oheanos se entrometían en él con apariencia de hostilidad, no te sorprende como muy adecuada para dejar una espora personal tal como la que encontraste?».

—¿Se refiere a los oheanos…? —La garganta de Merry estaba tan seca que no pudo terminar la pregunta.

—Pregúntaselo a estos dos, puesto que los tienes a mano —Karmesin se encogió de hombres.

Los ojos de Merry, fieros de acusación, recorrieron las caras

impasibles de los no humanos. Snow parecía sentir más necesidad que Wanhope de negar la acusación que Karmesin había hecho y al cabo de un eterno momento lo hizo hablando.

—No es verdad —su voz sonó gruesa—. No somos responsables de la extensión del misterio Fénix y no matamos a Rex Quant.

—Contradigo —dijo Karmesin con voz suave—. Son ustedes responsables de la extensión del misterio Fénix, aunque no se hayan dado cuenta.

Merry carraspeó. Pero después de lo que Karmesin había dicho sobre la preeminencia oheana en el análisis psico-social, resultaba una sorpresa oír acusarles de ignorancia culpable.

—¡Y además! —continuó el Inmortal—. Advertirán que yo nunca directamente dije que ustedes matasen a Rex Quant. Lo que es más probable para mí…

—¡Inmortal Karmesin! —Decie miraba desde el equipo bioquímico—. Eche un vistazo a esto, ¿quiere?

Olvidándose de todo lo demás, Karmesin avanzó hacia la carretilla.

—¡Aquí! —dijo Kraesser, señalando a las lecturas significativas de sus instrumentos—. Activo en el nivel conceptual, ¿ve? Y si usted contabiliza el total… —Crujieron los interruptores y líneas brillantes cruzaron una pantalla—… saldrá más allá de los límites de los aparatos portátiles. Para catalogar lo que estas cosas están emitiendo necesitaría computadores e incluso posiblemente análisis directos subjetivos.

—¿Pero cuál es tu mejor cálculo acerca de lo que hacen estas cosas? —preguntó Karmesin.

—Si los turbios componentes de ese rastro —dijo Kraesser, indicando la pantalla—, hacen lo que yo creo y sí los oheanos pretenden incorporar la inteligencia consciente humana en sus *cosas* es así, lo que encuentro bastante difícil de tragar ahora, mi deducción entonces es que con estos aparatos uno podría hacer reparaciones microquirúrgicas en un cerebro humano. Uno podría incluir o sacar cualquier concepto que deseara.

—De modo que es eso lo que han estado ustedes haciendo con sus milenios desaparecidos —dijo Karmesin volviéndose para encararse a los oheanos.

Por primera vez incluso la compostura de Wanhope se

desmoronó. Dijo casi en un susurro:

—¿Qué quiere decir?

—¿En lo referente a sus milenos perdidos? —Karmesin emitió su escuálida sonrisa—. Oh, lo sabe muy bien. Hay un período aproximadamente de un millar de años en la historia oheana, siguiendo la decisión de suspender los intentos de viajar por las estrellas, durante el que el residuo de su motor psicológico hacia la expansión se supone haberse disipado o absorbido en otros canales. O eso por lo menos dicen ustedes. Hemos reservado nuestra opinión en la materia. Ahora creo que tenemos base para contradecir lo que ustedes afirman.

Los dos hombres de piel dorada se miraron mutuamente. Snow emitió una especie de encogimiento de hombros no humano y Wanhope dijo algo. Al unísono cerraron sus ojos y se lanzaron hacia el suelo como muñecos.

—¿Qué diablos…? —exclamó Kraesser alzando la vista. El agente de la ley se lanzó hacia adelante.

—¡Alto! —ordenó Karmesin y puso en marcha el altavoz que llevaba en el bolsillo. Las palabras artificiales hablaron al cabo de un instante.

—Primer interlocutor: expresión indicativa de futilidad y discontinuado esfuerzo, supertonos de desesperanza con un sistema conturbado en el sentido de módulo de los acontecimientos. Concepto de cesación permanente voluntaria o de muerte por dos personas incluido el que hablaba.

—Como si no lo supiéramos ya —dijo Karmesin, cerrando el comunicador.

XV

—Y así está la situación —dijo Karmesin.

Ante él, físicamente presente y no como una imagen tridimensional, lo que constituía medida de la gravedad del asunto, estaban los miembros de los dos comités más importantes de la Federación Galáctica. Esto no era exactamente un gobierno, sino una especie de asamblea administrativa permanente «*ad hoc*»: el Comité de Evolución Psicosocial, y el Comité de Relaciones Entre las Especies.

Los miembros no humanos de este último comité no habían sido avisados de la reunión. Esto era una segunda señal del pánico reprimido que informaba sus deliberaciones.

La sala en que se reunían era enorme, considerando que totalizaban a más de ochenta y pico de individuos. Pero era preciso así por la cantidad de información que trataban de reunir y examinar; cada asiento era una isla en medio de un mar de profesadores de datos y de equipo de comunicaciones.

La primera reacción de este informe sorprendente vino, como esperaba Karmesin, del presidente del Comité de Relaciones y resultó predeciblemente hostil. Tenía que serlo. Desde su llegada a la Tierra, Karmesin tuvo dos reuniones privadas con Lunghi y le pidió que actuase como «*advocatus diavoli*[7]»

—Hay varios puntos, Inmortal Karmesin —dijo Lunghi y todos los presentes se agitaron, prefiriendo mirarle directamente antes de evolucionar su imagen en un circuito de visión, volviendo sus cabezas para hacerlo—. Primero: usted sigue sin saber realmente lo que ha sido de Rex Quant.

—Admitido —afirmó Karmesin—. Para conjurar eso, los oheanos no tienen idea de lo que les ha pasado a aquellos dos que yo le dije

se suicidaron: Snow y Wanhope.

—Irrelevante —contestó Lunghi—. La sucesión entre la desaparición de Quant y la presencia de oheanos en el Hotel Mira de Aryx es circunstancial. ¿Qué supone que le ha ocurrido a Quant si ellos le raptaron? Llevarse a un humano terrestre de un mundo colonizado por los terráqueos sería una tarea bastante difícil, me imagino.

—Un medio posible sería en un cajón no sujeto a registro de aduanas —dijo Karmesin—. Alternativamente, las técnicas borradoras de memorias y de recuerdos que tenemos definitivamente establecidas como parte de su blindaje pueden haber sido utilizadas para ocultar su paso; estamos inspeccionando todas las rutas hasta Ohe en busca de posibles fallos a este respecto.

«—Específico —dijo Lunghi—. Todavía no ha demostrado qué motivo tendrían los oheanos para haberle raptado. Según usted, no lo hubieran hecho probablemente, de estar presos del pánico, para acabar con su vida.

—Yo no quiero dar la impresión de que los oheanos se vieron presos del pánico —corrigió Karmesin—. Al contrario, como lo he visto personalmente, el dominio de sí mismos permanece inmutable aún en crisis mucho peores de la originada por la llegada de Quant a Aryx. El equilibrio de probabilidades está en favor de su intento de borrar de la memoria de Quant cualquier concepto de la influencia oheana en el asunto del misterio Fénix, luego, devolverle con nosotros sano y salvo. Esto viene apoyado por el modo de cubrir la historia empleada por Snow y Wanhope en el deseo de ganarse la confianza de Merry Duner; uno podría postular que tan completa tarea de alteración de la memoria requería información adicional de una fuente exterior sobre las costumbres de Quant y su personalidad, lo que fácilmente podría obtenerse de la muchacha.

—Inconsistente —continúa Lunghi—. Sus biólogos mostraron que las plantas traídas por Snow y Wanhope estaban designadas a borrar o reemplazar recuerdos, no a colocarlos.

—Perdóneme por no extenderme en eso —asintió Karmesin; había dejado unas pocas lagunas, aquélla era su primera declaración—. Los oheanos trajeron dos de su así llamados instrumentos, ambos de los cuales eran capaces de alterar la memoria, pero uno, en particular, almacenaba y retenía una copia

de las memorias borradas. En cuanto pueda ser, determina sin experiencia subjetiva, cosa que tengo prohibida, Merry Duner debería sufrir una reducción de su sentido emocional hacia Quant y aumentar su simpatía hacia Ohe. Era imposible evidentemente abolir todo recuerdo de la presencia de Quant para entonces; pero resultaba definitivamente posible minimizar la claridad de los recuerdos de la muchacha y eso tiene sentido para combinar las dos tareas para cualquier beneficio que pudiese comportar la alteración.

—¿Cualquier beneficio? —repitió Lunghi—. ¡Hasta ahora no nos ha mostrado usted ningún beneficio concebible!

—Pues sí —dijo con suavidad Karmesin—. He mencionado que Merry Duner conoció a Snow de regreso a Stonewall. He mencionado que fue en Stonewall, mientras gozaba de unas vacaciones después de concluir el proyecto que le trajo a Aryx, donde Rex Quant se había sorprendido por primera vez por la relación entre el misterio Fénix y los oheanos, quienes ya habían estado efectuando durante algún tiempo estudios en la comunidad isleña, para llevar el permiso gubernamental. He mencionado que yo había hablado anteriormente con Merry Duner, y que cierta frase la muchacha se la repitió a Snow. A todos se les ha proporcionado la fuente original de esa frase, pero quizás no han tenido tiempo de escuchar la cinta de Rex Quant en forma de… ejem… memorándum, proponiendo la teoría que debemos a su sagacidad. Por tanto, citaré:

»Si no fuese por el hecho indudable de que la técnica de los oheanos en el análisis psico-social hace que la nuestra parezca lo que es, la noción del último momento de una pandilla de monos locos por las estrellas, uno tendría tentaciones de admitir a la vista de lo antedicho, que ellos no saben en qué infierno se han metido».

Karmesin hizo una pausa.

—Creo firmemente que, oyendo una frase atribuible a Rex Quant en labios de Merry Duner, Snow saltó a la conclusión de que ella había oído el resto de la frase tal como estaba expresada en su memorándum.

»Los oheanos no podían haber oído esa frase de nadie excepto de Rex Quant o de un miembro del Consejo de los Inmortales, o de alguien que la hubiese obtenido de una de esas fuentes. Cuando un oheano la oyó de Merry Duner, dio los pasos necesarios para

disminuir la calidad del recuerdo de Rex Quant con el fin de asegurarse de que el resto de lo pronunciado quedaba olvidado; sin saber exactamente qué ocasión tuvo ella de oírlo… como asumió Snow, directamente de Quant, se vio obligado a intentar un enturbamiento general de la memoria de la muchacha en esa zona.

»Ahora sugiero que estudien el memorándum de Rex Quant a la luz de la posibilidad de que los oheanos *temían* dejar que esa noción que cité escapase a la circulación general, ¿quieren? Entonces verán cómo sentimos acerca de mis otras proposiciones».

Se arrellanó, y todos en la sala, excepto Lunghi, que había sido prevenido, se inclinaron para efectuar un estudio furioso de las teorías de Quant. Lunghi habló suavemente a Karmesin en un circuito personal.

—No creo que sea tan fácil como usted anticipó. ¿Quiere aún que siga hablando de las otras cosas, como la conducción de toda comunicación con Ohe y de cómo usted logró evitar que el descubrimiento de esta filtración llegase hasta ellos?

—Aguarde a las reacciones —respondió Karmesin—. Probablemente tiene usted razón, pero quiero estar seguro.

—¿Hay alguna noticia de los acontecimientos en Aryx o Stonewall?

—Según los últimos informes todo Va estupendamente. Los oheanos supervivientes no tienen idea literalmente de lo que les pasó a Snow y Wanhope ni a su equipo, y no se atreven a preguntar abiertamente, claro; además, no podrían descubrirlo por los canales ordinarios porque ordené que se pusiesen en funcionamiento disyuntores de campo en todos los edificios del gobierno. Consideré la idea de desgajar sus plantas, pero cambié de opinión. Si los disyuntores ordinarios podían hacerlas inútiles, pensé que sembraría más confusión, excusándome simplemente y diciendo que después de todo no había objeto.

Se interrumpió. Un rápido reactor había completado ya la absorción del memorándum de Quant, lo que era sorprendente incluso para Karmesin, muy experto en extraer la carne de todo un fárrago de verborrea como aquel. Buscando en su infalible memoria, en busca del nombre, lo consiguió: Darin, Comité de Evolución.

—¿Darin? —dijo en el circuito general.

—Resulta un caso muy bueno —dijo Darin—. Pero no estoy seguro de que sea tan bueno como el otro. Lo que él ha hecho es revisar el cuerpo entero de información referente al objetivo hipotético a largo plazo de la sociedad de Ohe… dos veces, ¿verdad? Primero, en lo que se podría llamar una asunción escéptica, que el objetivo a largo plazo no está formulado, lo que significaría una explicación hermosa para nuestra falta de éxito en captarlo; segundo, en la asunción crédula, para afirmar, que tal objetivo existe y que la gran era de adelanto de la sociedad oheana ha creado conceptos inaccesibles a nosotros. Aceptando al segundo, elabora su teoría, que todos conocemos ahora, sobre la causa de la extensión de las ideas Fénix: ésta infelicidad y vaga depresión al enfrentarse con una cultura superior en modos indefinibles, lo que parece satisfacerse mejor con su meta… cualquiera que pueda ser… que nosotros logramos con nuestra técnica y con nuestros logros bastante rudimentarios psico-sociales.

Karmesin le escuchó paciente. Ahora, dijo:

—¿Tiene usted alguna fuerte objeción de que lo que Quant arguye en su segundo caso es mejor que lo del primero? Porque la razón para esto es evidente: No tomó su primer caso, el que usted ha bautizado como la asunción escéptica, tan en serio como el otro. Mi tesis entera descansa en la creencia de que los oheanos sí.

—Y eso, de hecho, nosotros no lo sabemos… ejem… ¿verdad que desconocemos qué infierno están representando? —El tono de Darin era desdeñoso—. ¡Bien mirado esto es perfectamente irrazonable!

—No estoy preparado para demostrar todavía mi opinión —contestó Karmesin—. He venido aquí por un único motivo: quiero acceso a Ohe y los oheanos no tienen obligación de aceptarme. Además, el poder otorgado a los Inmortales es ilimitado sólo con respecto a nuestra propia especie, cosa perfectamente lógica. Yo quiero respaldo cuando vaya a Ohe. Quiero sanciones para obligarles. Quiero, si lo peor resulta ser lo peor, la amenaza de la fuerza. Si mis palabras suenan a bárbaras, lo hago con intención. Quizá pueda ocurrir que usted tenga razón y que el segundo punto de vista de Quant entrañe una solidez y nosotros seamos los bárbaros expansionistas que nos enfrentamos a una cultura civilizada por primera vez, una cultura hecha estática no por

escasez interna, sino por un accidente cósmico que le negó la llave hasta la energía nuclear.

»Por otra parte… —Miró en torno a la sala. Ahora todos habían completado su estudio del memorándum de Quant y escuchaban con completa atención—. Por otra parte, está la cuestión del milenio perdido de Quant, ¿no? Y no pueden decir que eso se haya discutido a fondo. Los expertos reconocen el argumento de inmediato como la primera contribución importante a la historia psico-social oheana hecha por alguien que no hubiese estado jamás en Ohe. Porque casi en mil años, como rígidamente demostró Quant, debió haber allí una superabundancia de energía psicológica y social, debido al abandono de toda esperanza de viaje estelar. Simplemente me pide disiparse, o las convicciones actualmente observables de la sociedad oheana serían mucho más descuidadas; como es bien sabido, su vida queda sistematizada a un nivel que hallamos inconcebible. Con toda claridad, por lo menos parte de esta superabundante energía entró en la formulación de su moderna sociedad; una buena cantidad más se conoce ahora que ha sido absorbida en el desarrollo de sus herramientas psicobiológicas. Pero queda todavía un margen. Repito: no se ha disipado, sino *absorbido*.

»Teniendo presente todo esto, consideren que los oheanos en este modal se horrorizaron al descubrir que, gracias a la casualidad de una explosión en Aryx, conocimos lo de sus plantas y para qué eran. Consideremos que intentaron alterar los recuerdos de Rex Quant retenidos por Merry Duner. Consideremos el motivo que sugerí para eso. Consideremos su yacer poco característico, en un intento por ocultar la función de las plantas que habían traído consigo. Consideremos su suicidio por cesacion voluntaria de actividad mental cuando fue descubierto todo. Consideremos las evidencias circunstancias, de acuerdo, que pesando menos, que relacionan la desaparición de Rex Quant con la presencia de los oheanos. Incluso si no quieren conceder nada de lo antedicho, consideren aún el hecho que, en el apartado segundo de Rex Quant, es decir, su asunción creíble, hay un lazo indirecto entre la mera existencia de Ohe y la peligrosa extensión del misterio Fénix.

«Reconozco que en uno de estos terrenos tenemos un caso adecuado para admitir mi solicitud».

—¿Votamos ahora? —preguntó Lunghi a la asamblea. Al cabo de

una pequeña duda, las luces del «SI» se encendieron, una tras otra y luego en oleada.

—¡Hice una pregunta! —gritó Lunghi y una vez más se encendieron las luces, pero con mayor rapidez. No hubieron negativas ni ascensiones.

—Resuelto —contestó Lunghi—. Inmortal Karmesin, puede usted ir a Ohe. Puede utilizar cualquier método que considere necesario, incluyendo los poderes puestos a su disposición y ahora reconocidos, es decir, grados de sanción comercial, comunicatoria y psico-social y, en último recurso, la amenaza de invasión a la fuerza con el apoyo de la Marina, para conseguir el acceso a la superficie del planeta aquél y obtener, bajo presión o de otro modo la información necesaria para una resolución final del problema que a nosotros atañe.

XVI

Poco después del primer contacto entre el hombre terrestre y sus primos oheanos, se intimó educadamente de que la presencia continua de seres extraños a la superficie de Ohe conturbaba algún sistema indefinible de acontecimientos. Para entonces, ya se sospechaba que el pueblo de Ohe pensaba en términos de que el hombre terrestre era ignorante; por consecuencia, no se opuso ninguna objeción a la sugerencia oheana de que una estación orbital se estableciese y utilizara como lugar de reunión permanente y cuartel general de los visitantes.

Ohe, no habiendo conseguido jamás energía nuclear, aún utilizaba estaciones orbitales para trasbordo de los navíos y propósitos semejantes. El hombre terrestre, con un dominio milenario tras él de la fusión, estaba acostumbrado a alzar sus navíos espaciales directamente de las superficies planetarias con motores auxiliares y había encontrado los Puertos miniatura oheanos, adecuados completamente para la tarea de aterrizaje.

Sin embargo, el acuerdo preferido por los oheanos funcionó del todo bien, como Remlong a duras penas pudo destacar. Remlong era el director administrativo de la estación orbital y, en efecto, tenía el poder correspondiente a un embajador planetario; era el portavoz de la Federación Galáctica en el sistema oheano y la primera persona a quien Ohe hacía sus raras e infaliblemente corteses peticiones. Era un hombre nervioso y delgado que parpadeaba a menudo y parecía muy trastornado por la llegada de Karmesin.

Tras las ceremonias de la recepción Remlong le llamó aparte, enseñándole la estación, intercambiando cumplidos con el Estado Mayor oheano residente y afirmando repetidas veces que los

asuntos allí eran satisfactorios. Entonces Karmesin decidió ir al grano.

Interrumpiendo otra declaración persuasiva de Remlong, dijo:

—Director Remlong, le trastorna mi visita. ¿Por qué?

Remlong, abrumado, parpadeó una docena de veces y con rapidez. Contestó:

—Ah…

—¡Oh, no se preocupe por ofenderme! —intervino impaciente Karmesin—. No soy un oheano susceptible, enmascarando un insulto en su amor propio con un suave control de sí mismo. Soy un hombre que tiene prisa por resolver un problema. ¿Y bien?

Remlong se reanimó un poco. Dijo:

—Perfectamente. Comprendo que un acuerdo entre nosotros y los oheanos ha sido pisoteado en Aryx. Me resulta claro, que tengo muchos años de contacto con los oheanos, que están extremadamente ofendidos y desilusionados. Según los informes, los equipos de investigación oheana han sido invitados a estudiar la extensión del misterio Fénix en un cierto número de mundos en donde operan sus partidarios más significados y se les ha dado el permiso corriente para importar cualquier equipo que necesiten. Usted mismo arbitrariamente ha dado contra orden, y no contento con esa gran ofensa, que yo considero como incivilizada, interfiere con las comunicaciones entre Ohe y Aryx, de modo que durante cierto tiempo en el pasado ha sido imposible descubrir el hecho de los estudiantes de investigación allí residentes. Un equipo de relevo formado por cuatro individuos a partido para Aryx hace más de un mes y no se sabe tampoco nada de ellos. ¿Se les mantiene incomunicados? Y si es así, ¿por qué motivo? Afirmo que esto hace intolerable mi posición.

—Teniendo en cuenta que han debido ser los oheanos quienes le contaron todo esto, usted parece estar muy mal informado —murmuró Karmesin.

Remlong dudaba, dando vueltas en su cerebro las palabras. Por último dijo:

—¿No implicará usted que los oheanos han interpretado mal la situación, verdad? Porque de aquí no se trasciende hasta que se me haya dado pruebas evidentes de un punto de vista contrario.

—No hay ninguna —contestó Karmesin—. Las comunicaciones

entre Aryx y este planeta *están* siendo deliberadamente interferidas. Introducimos una variedad conocida en una situación hasta ahora estable con el fin de llevar a cabo un experimento de evolución psico-social.

—¡Pero… pero eso es una desgracia! —exclamó Remlong—. ¡No se pueden realizar experimentos con seres humanos, aún cuando no sean humanos!

—¿Por qué no? —repuso Karmesin—. Tengo informes de que los oheanos están acostumbrados a experimentar continuamente con su propia gente; no puedo comprender por qué considera que eso está bien para ellos y no para nosotros.

—¡Se trata de una comparación ridícula! Lo que hagan los oheanos en Ohe es cosa suya. Yo digo que después de pedirles que nos ayudasen a resolver el misterio Fénix, no tenemos derecho a romper nuestro acuerdo. Especialmente cuando cada porción de ayuda que nos den representa tiempo arrebatado a sus propios intereses, que por lo menos, son tan importantes para ellos como los nuestros lo son para nosotros.

—¿Y esos intereses son…? —preguntó delicadamente Karmesin.

—¡Vaya, Inmortal! —Remlong se acaloraba—. Debería imaginarse que no puedo responder a eso. Hemos tratado durante mucho tiempo de adivinar las metas oheanas y ellos han demostrado ser tan útiles y refinados que nos lo han impedido.

—¿Hay algo sutil y refinado en sentir pánico? ¿Hay algo sutil y refinado en el ataque físico a una joven?

Remlong parpadeó furioso.

—No… no comprendo…

—¿Cree usted que hacemos lo que hicimos en Aryx sin un buen motivo? —atronó Karmesin—. ¿No se ha enterado que desconfío tanto de su raza como usted que preferiría aceptar la palabra de un oheano antes que la de sus compañeros? Los oheanos en Aryx usaron mal su posición de privilegio; entre otras cosas, intentaron un ataque sobre una chica indefensa, les pillamos en el acto de realizarlo y los dos responsables se suicidaron. ¡Entérese de esto!

Se inclinó hacia adelante.

—Nadie en el sistema oheano, excepto usted y yo, sabemos lo que acabo de decirle. Si me entero de que un oheano lo sabe, sacaré la conclusión de que usted abusó de su autoridad; es más,

reconoceré que está en contacto con los oheanos y que ese contacto es psicológicamente nada saludable para nuestra especie y toda relación será cortada terminante. ¿Me entiende?

La boca de Remlong se abrió, pero emitió un débil sonido de afirmación. Karmesin sintió una áspera oleada de satisfacción. Claro, Remlong se lo habría dicho a los oheanos; si la afirmación de Karmesin de la situación era correcta, sin embargo, los oheanos llegarían hasta cierto punto con el fin de mantener la ficción de incongruencia continuada y se verían obligados a conceder las demandas de Karmesin, por temor a aparecer demasiado bien informados.

—Me alegro de que esté claro —dijo—. Ahora, durante la vuelta por la estación que usted me ha hecho dar, me ha presentado a un tal Lambak Yat, llamándole nuestro máximo experto en asuntos oheanos. Me gustaría hablar con él en privado lo antes posible.

* * *

Lambak Yat era físicamente distinto de Remlong, pero no tan claramente diferenciable en su actitud hacia Ohe. Karmesin añadió aquella observación a la acumulación de datos escogidos.

—Hace un año y medio o dos usted recibió una solicitud para un documento psico-social referente a Ohe —dijo a Yat—. Probablemente se hizo en nombre del individuo que originalmente la pidió… un tal Rex Quant, procedente de Gyges.

—Me acuerdo de eso con claridad —asintió Yat—. Fue la primera de una onda positiva de solicitudes que duraron varios meses.

—Presumiblemente usted las cumplimentó.

—Oh, sí. Sin embargo, no sin cierta dificultad. Parte del material que se pedía no era asequible, a causa de las grandes lagunas que siguen existiendo en nuestros traductores electrónicos. No sé si se da usted cuenta, pero dependemos totalmente de los aparatos electrónicos para suplementar la zona bastante limitada de comprensibilidad mutua entre el idioma federal galáctico y el oheano. La lengua oheana es un instrumento refinado artificialmente de difícil comprensión y sutileza; con un cálculo estimado, dos terceras partes del vocabulario de un oheano medio

son intraducibles excepto con calificaciones, círculo locuciones y hasta cinco o seis frases alternativas que entre ellos proporcionan un débil tono a los vocablos, las abreviaciones y las simplificaciones…

—Perfecto —suspiró Karmesin, notando que el entusiasmo de Yat le llevaría lejos de sí—. ¿Cómo logró usted cumplir con las diversas solicitudes que recibió?

—Bueno, naturalmente mi primer paso fue consultar al jefe residente del equipo de colaboración oheano. El sistema en el que operamos es el único posible; en cada ocasión tenemos aquí un personal de unos veinte oheanos, ejem… filósofos sería la palabra más aproximada, supongo, aunque es un equivalente bastante pobre. Y ellos consienten en estar aquí por un período de un año local, ampliando el vocabulario almacenado en nuestro traductor electrónico, etc.

—¿Decía usted…? —le apremió Karmesin.

—Oh, sí. Bueno, entre nosotros, determinamos qué zonas de la pregunta podrían ser resueltas de inmediato y cuáles necesitarían una investigación especial, un trabajo nuevo de traducción, etc. Preparamos el material más fácil de inmediato, lo enviamos con una explicación de las dificultades que entrañaba el resto y aguardamos la confirmación de la necesidad urgente del trabajo extraordinario. Vino y yo pedí la ayuda de los oheanos que naturalmente aceptaron. Siempre lo hacen, aunque a veces uno se siente casi culpable sobre las dificultades en que les metemos. Sin embargo, mantienen que el privilegio de observar nuestra ciudad y otras culturas no oheanas compensa sus esfuerzos sobradamente —suspiró Yat.

—¿No está usted de acuerdo con esto? —sugirió agudamente Karmesin.

—Bueno, resulta difícil comprender por qué están tan complacidos ante la posibilidad de visitar otros mundos con propósitos de investigación cuando la profundidad y riqueza de su propio planeta y su cultura son… obviamente incomparables.

—¿Cómo puede estar uno seguro de eso? Yat miró a Karmesin sorprendido.

—Realmente, Inmortal, si me excusa por decírselo, no se puede trabajar aquí en el sistema oheano durante casi cuarenta años, como

yo he hecho, para comprender lo que acabo de afirmar.

—En apariencia, no —Karmesin frunció el ceño y siguió antes de que Yat pudiese volver a hablar—. Traje conmigo desde la Tierra a un número de cintas con preguntas, de un tipo sencillo que estoy seguro que usted conocerá muy bien, diseñadas para medir las actitudes emocionales en una escala triaccial. Esto es parte de la investigación del misterio Fénix que está actualmente en progreso, como usted debe saber.

—Sí, claro que lo sé —contestó con rigidez Yat—. ¿Ha traído usted estas cintas para que las analicen los oheanos? Yo habría pensado que cualquiera de sus equipos de investigación más próximos a la Tierra se hubiese mostrado feliz en…

Se interrumpió, porque Karmesin estaba riéndose.

—No lo entiende usted —dijo—. Esas cintas están en blanco. Quiero que las suministre a su personal, bajo condiciones de estricta controlabilidad. No debe haber consulta con los oheanos acerca de las respuestas, por ejemplo.

—¿Y qué diablos es el propósito de todo eso? —preguntó Yat.

—Ah… Bueno, podría decirse que es un intento de establecer el grano de interacción entre los aceleradores y los observados en la investigación Fénix. Personas como usted, que han estado en estrecho contacto con los oheanos durante mucho tiempo, evidentemente representan el polo opuesto de esta interacción.

Yat chasqueó los labios y sacudió la cabeza.

—Nunca se me ocurrió que los oheanos fueran muy capaces de permitir tal factor en sus análisis —dijo—. Sin embargo, como usted dice. Tomaré las precauciones necesarias.

—Sin informar a nadie del contenido del cuestionario, claro —aclaró Karmesin. Con mirada ofendida, Yat asintió.

—Y mientras hace esto en mi favor —continuó Karmesin—, me gustaría ver copias de todas las respuestas que usted suministró a las solicitudes de datos subsiguientes a aquella que enviase Quant.

—Eso se puede arreglar con facilidad —accedió Yat.

—Estupendo —Karmesin se levantó. Como si se le acabase de ocurrir una idea y reprimió su movimiento hacia la puerta—. A propósito —dijo—, ¿significa para usted algo el nombre de Quant, especialmente en el momento en que recibió su pregunta original?

Yat sacudió la cabeza.

—Absolutamente nada —dijo—. De hecho, para ser sincero, me pregunté y me extrañó que alguien sin experiencia directa con Ohe tuviera la esperanza de lograr que se le proporcionase la información. Sería como… ejem… deducir las costumbres de un animal por su simple esqueleto. Conocer su verdadera naturaleza, su color, su temperamento, sus costumbres, es cosa que necesita de la realidad viva.

—¿Y ahora qué significa para usted el nombre de Quant? —preguntó Karmesin.

—¡Precisamente lo mismo! —repuso Yat—. Ohe no es algo para teorizar desde muy lejos en el Sistema Solar. Tiene que experimentarse directamente.

—Ejem… —Karmesin se frotó la barbilla—. ¿Sabe usted cuál es la distancia orbital de esta estación al planeta?

—¡Claro! ¡Es de treinta y cinco mil kilómetros, según creo!

—¿Cuándo bajó usted por última vez a la superficie?

Yat empalideció. Al cabo de una pausa dijo:

—Oh… ejem… debe haber sido por…

—Hace mucho tiempo, si usted olvidó la fecha exacta —el sarcasmo de Karmesin cayó como un latigazo—. Si Ohe es algo que debe experimentarse directamente, ¿verdad? ¿Por qué no lo prueba alguna vez? ¡Yo voy a hacerlo!

XVII

Una especie de terror se había apoderado ahora de Karmesin. Aunque hay otros Inmortales terrestres que habíanse puesto a menudo en contacto con los oheanos en varias investigaciones psico-sociales efectuadas en diversos planetas durante el siglo pasado, ésta era la primera vez que un Inmortal llegaba al sistema oheano. Había dicho a la inquisitiva Merry que una de las cosas que le impulsaban era una sensación de deber y que resultaba casi exacto, aunque la palabra no fuese completamente la adecuada. Más precisamente, el mismo sentido de rápido cambio le ocurría al producir una sensación no racional de que los Inmortales eran los únicos miembros de su raza con una visión lo bastante clara del proceso de la evolución psico-social para hacer cualquier cambio en su dirección y si así era debido, como pensó alguna vez en momentos sísmicos, del cariño humano hacia el poder, o que había resultado por su básica educación, como realmente sospechaba, que esta sensación le hacía consciente de una responsabilidad que le obligaba a ejercerla.

En privado, sin embargo nunca públicamente, porque el término había adquirido significados de orgullo en la sociedad galáctica, se refería a este complejo de ideas como «consciencia».

Ahora, se sentía él culpable por esta causa. Se había equivocado al pensar que a causa de que la primera tarea de los Inmortales era hablar con la voz viva de la historia pasada podían permitirse el lujo de no interesarse en problemas como el de Ohe. Iban a tener que descargar sus obligaciones en nombre de todas las especies, terrestres y no humanas, por igual.

Sin variar, ahora le pareció a Karmesin que tenía una obligación hacia Ohe.

Había llegado a esta conclusión simplemente bajo la base de sus conversaciones con Remlong y Yat; conseguiría confirmación de los cuestionarios completos que había pedido, pero estaba seguro en un noventa por ciento de lo que estas contestaciones revelarían. Una raza cuya cultura estaba sinceramente muy adelantada con respecto a la del hombre terrestre no se vería impresionada por la posibilidad de una sugerencia, sin propósito serio incluso del hombre responsable, de que no sabían lo que estaban haciendo. Una cultura realmente confiada no encontraría necesario impresionar a sus visitantes como lo intentaron los oheanos, con éxito, impresionando a Remlong y Yat.

Los oheanos, éste era el considerable veredicto de Karmesin, habían sido más malamente ofendidos por el accidente cósmico que les negó el poder de llegar hasta las estrellas de lo que jamás admitieron. Y la única herida, aún sensible, se vio abierta por la llegada de otras especies cuyos antecesores habían sido todavía bárbaros cuando había una civilización técnicamente avanzada en Ohe.

Estaban sufriendo en su amor propio ofendido y quizás de un poco de celos, y todas sus protestas de gratitud no podían enmascarar por completo tal hecho.

La cuestión crucialmente importante que quedaba sin responder era: ¿sabían los oheanos lo que estaban haciendo, o no? En otras palabras, ¿sospechaba Rex Quant lo que Karmesin ahora se sentía inclinado a aceptar, de una relación entre Ohe y la ascensión de la desilusión, catalogada como misterio Fénix, un simple subproducto del orgullo, junto con la impresión de que los oheanos trataban de dar a la galaxia, o había allí un plan denominado para sobreminar tras un período de siglos, la confianza del hombre terrestre en su propio destino? La respuesta a esa pregunta sólo podía encontrarse en el propio Ohe y antes de que hiciese su petición de bajar, que pudo haber sido respaldada por una exhibición de fuerza, Karmesin necesitaba tener todos los datos asequibles al alcance de sus manos.

En la cabina que se le asignó dentro de la estación orbital, se instaló para estudiar el torrente de información que Yat le había suministrado.

* * *

Para empezar examinó por encima los datos físicos. No le interesó particularmente la geografía de Ohe, sus anómalos recursos minerales, ni la biología de su flora y fauna nativas. Lo que le importaba era la historia de Ohe, en particular su historia psico-social, su desarrollo como una sociedad planetaria con las señales de estabilidad que pedían sólo mostrarse cuando la especie ha aprendido a comprender su propia naturaleza. Ahora había muchos mundos humanos que no habían conocido otra cosa que la estabilidad, pero posterior al período de colonización de Chichimeca, cuando la Tierra aún no había estado dividida entre potencias de escaso poder, el hombre terrestre comprendió asimismo que había sobrepasado aquel nivel crítico.

Cuando se hubo familiarizado con las amplias categorías en las que caía toda la información asequible, Karmesin empezó a estudiarla con una forma bastante personal de concentración. Utilizaba observaciones corrientes como punto de partida, principalmente aquellas del período posterior al contacto, cuando los expertos de la Tierra habían pasado un tiempo considerable en el propio planeta, nada más que para aceptar la información secundaria de los «filósofos» oheanos. Un punto le llamó la atención, buscaría motivos justificantes en otra categoría en esos datos y desde allí iría a cazar los factores contribuyentes en alguna otra sección.

Poco a poco, saltando de la geografía económica a la historia y al idioma y a la tecnología física, y al análisis psico-social y volviendo atrás, se formó la imagen de aquel mundo extraño.

El proceso de la información era lo que le interesaba; constituía un buen índice del estado real de la sociedad. Cuanto más compleja es una cultura, más información suministra.

—Las acciones son típicas del individuo oheano —ah, esto parecía prometedor. Se incorporó en su sillón.

—Las acciones del individuo oheano típicas se dirigen totalmente hacia una meta hipotética a largo plazo de la raza, lo que es, sin embargo, algo distintamente oculto por los diversos subgrupos de la sociedad. El término más común utilizado (aproximadamente por el 33% de la población) tiene afinidades lingüísticas con la terminología remota para la conceptuosa subclase de «actividad cerebral» y particularmente para el grupo

«pensante», subgrupo «formulación de conceptos». Esto resultaba traducido en hipótesis por Ying Sen, con base en su parecido común y afirmaba que la meta planetaria podía buscarse propiamente en una meta planetaria que reemplazase el ansia frustrada de volar hasta las estrellas; sin embargo, Nogun demostró, basándose en posteriores hallazgos, que esta presunción era una supersimplificación.

—Fue hipótesis de Ying Sen también que un factor vergonzoso operaba y que los oheanos podían desear ocultarlo ante la cara de la gente capaz de volar hacia las estrellas disimulando su falta de propósito racial. Sin embargo, Lambak Yat había mostrado que esta presunción era apresurada; no se podía encontrar ningún intento de disimulo en los análisis de la información proporcionada por las fuentes oheanas.

Karmesin se frotó la barbilla. Ying Sen, en apariencia, había tenido un considerable punto de vista interior en este problema. ¿Quién era él, de todas maneras? Repasó la lista de referencias y descubrió que era el analista psico-social destinado al personal del navio, embajada que siguió a la nave original de exploración a Ohe. En otras palabras, podía haber pillado a los oheanos sin tener sus máscaras puestas.

Gente inteligente los oheanos.

—Clasificación de la actividad individual oheana (véase tabla, ciento cuarenta clases, doce mil setecientas diez subclases, seis millones de actividades distintas aproximadamente), revela un sistema consistente en una meta conocida. La zona de experimentación, por ejemplo, se ha perdido dentro de la extensión de la historia documentaba; inmediatamente antes de la edificación del planeta y de los primeros vuelos espaciales (véase apéndice de la sección histórica) los estatutos acordaron que la ciencia experimental se ampliase, el treinta y cuatro por ciento del esfuerzo total educativo se extendió también y…

Karmesin carraspeó de nuevo. Todas las razas parecidas al hombre atravesaron aquella fase si alguna vez alcanzaban la distancia sorprendente de la unificación planetaria; si no lo hacían permanecían en el primitivismo.

—La formalización de la sociedad planetaria continúa luego rápidamente y puede ser interpretada a la luz de la hipótesis de

Nogun, que una meta racial había sido determinada y en interés de la cual el esfuerzo del individuo iba a someterse voluntariamente integrándose en el esfuerzo social. No se pudo encontrar rastro de decisión impuesta; es razonable presumir que un número mayor de concepto de propósito íntimo y remoto comenzó a dominar al individuo en Ohe mientras el concepto de regreso al estado divino dominaba ciertas culturas de la Tierra pregaláctica. La meta, que resultaba contener en sí misma algo desconocido en el presente, quedó claramente definida en términos tan satisfactorios como para proporcionar una ambición para el individuo dentro de la sociedad. El área dominada por la ciencia experimental se hizo más lejana, con un último chisporreteo conspicuo en las disciplinas que nosotros consideraríamos como biológicas (aunque para ese tiempo nuestro vocablo «ciencia» apenas correspondía en su extensión al término oheano), señalada por la evolución de las enfermedades epidémicas, el establecimiento de un excelente sistema geriátrico y la virtual desaparición de la neurosis y la psicosis. Al mismo tiempo se hicieron reformas en el lenguaje y se procedió con rapidez, en el aparente corto plazo como un máximo Punto de mira, a proporcionar una información más digestible para los individuos. Una señal del éxito aquí, es que raras veces los oheanos requieren el auxilio de los calculadores electrónicos, aunque tienen modelos adelantadísimos desde hace por lo menos cinco mil años; los jueces sociales se instalan sobre bases «ad *hoc*» para realizar la misma función y de manera más conveniente.

El mayor estatuto actual está ocupado ahora por actos mínimos de análisis de datos; el término utilizado podía traducirse libremente como «extraer conclusiones más correctas». En cierto modo, y no todavía comprendido, cada acto se realiza para contribuir en grado mayor o menor a esta actividad general. El simple respirar se considera como confirmación de la asunción de que el hombre debe respirar y una aprensión casi mística rodea el hecho de la consciencia. La consciencia pertenece lingüísticamente a una categoría anómala; el término se deriva de raíces que tienen parentesco con «precioso, deseable, valioso» con otros temas de fragilidad; según eso, la mente se ejercita, ocupada con «problemas» verbales y no verbales (traducción muy inexacta) y «se refresca» a intervalos, por lo que Nogun acertadamente llamó «comunión con

la naturaleza». (Véase el apéndice sobre actividad pública).

El corazón de Karmesin pareció dudar. Buscó la sección del apéndice citada.

—«Comunión con la naturaleza». Término de Nogun para el concepto subyacente de ritos periódicos públicos efectuados en parques, bosques o edificios dedicados a la exhibición o mantenimiento de organismos vegetales. Véase también «Ritos funerarios».

Karmesin aspiró profundamente y buscó esa otra referencia.

—«Ritos funerarios: poco énfasis se pone en la terminación de la existencia según el pensamiento oheano. No es, de hecho, considerada como una terminación; el equivalente de la palabra "muerte" deriva de raíces que significan "satisfacción, consecución, absorción (de agua por una planta o de alimento por un hombre)". Una persona moribunda usualmente pertenece a un pequeño grupo social "*ad hoc*" de la clase dedicada a proporcionar datos u organización de la actividad ritual y en ese caso su muerte se trata como una ocasión ceremonial de la clase que Nogún cataloga como "comunión con la naturaleza"; el grupo social se dirige a un seto de árboles o a un edificio que contiene vegetación y allí lleva a cabo un simple rito funerario».

Karmesin saltó disparado de su silla, dando un manotazo al comunicador para ponerse en contacto con Lambak Yat.

—¿Alguno ha presenciado jamás un funeral en Ohe? —preguntó a la asombrada imagen del llamado «experto principal» de la sociedad oheana.

—Bueno… ejem… no lo creo —balbuceó Yat—. Hay una serie de asuntos muy particulares, debe usted saber. Pero nuestros amigos aquí presentes nos darán cualquier información que usted…

—¡*Seguro* que sí! —repuso Karmesin y cortó la comunicación. Jadeaba con desacostumbrada emoción y su corazón le latía con fuerza.

Volvió a la sección de la cinta que trataba de definir el propósito racial oheano y se detuvo ante las palabras que rápidamente quedaron enfocadas en su memoria: «*la meta, que se mantiene en si misma actualmente desconocida…*».

Dándose un puñetazo en la palma de la mano, miró al mundo enigmáticamente azul, negro, verde que flotaba más allá del

ventanal de su cabina y murmuró:

—¡Pobres diablos! ¡Pobres diablos, idiotas y orgullosos!

XVIII

Remlong volvía a aparecer trastornado. Karmesin, bastante cínicamente, presentó el hecho de que probablemente él no había visto nunca a un oheano nervioso. En cuanto se refería a Karmesin, la experiencia ya no era una novedad.

El oheano en cuestión era el «filósofo» que llevaba el nombre de Luster y normalmente estaba al frente del grupo oheano residente en la estación orbital. Le había sido presentado a Karmesin —o mejor al contrario— durante la visita del Inmortal a la estación. Para su raza resultaba pequeño; su cabeza apenas llegaba al hombro de Karmesin y su rostro carecía de los caracteres típicos, siendo su rostro redondo y carnoso.

En la sala de conferencias de la estación se puso en pie al extremo opuesto de la mesa, hablando de Ohe; la disciplina del trabajo manual era considerada como una contribución a la hipotética «meta racial» del planeta. Tras él un ventanal enmarcaba su misterioso mundo. La brillante madera pulida ante sí reflejaba difusamente su imagen.

Karmesin estuvo de pie durante un largo rato contemplándole, precisamente desde dentro de la puerta y antes de dar un asentimiento de saludo y avanzar hasta un asiento próximo. No dijo nada. Remlong, nervioso en sus modales, trató de indicar que ocuparía el sillón más próximo a Luster, pero Karmesin agudamente ignoró su señal e incluso se fue bastante lejos.

Por último Luster avanzó hacia Karmesin y con gran ceremonia se sentó en el otro lado de la mesa.

—Como ya le dije en nuestra primera reunión, Inmortal Karmesin —anunció—. Es un gran placer conocerle. Pienso que los miembros de mi especie han encontrado ya colegas suyos, como

incluso usted mismo, mientras estaban ocupados en la investigación de la galaxia. Pero usted nos abruma con su atención de ir a nuestro sistema natal.

¿Cortesía elaborada? ¿O una cortina de humo verbal? Karmesin mantenía reservada su opinión, pero sospechando ahora de lo último.

Dijo:

—Sí… supongo que la inmortalidad en la forma que yo represento no es familiar para ustedes.

Miró atento a Luster, buscando una reacción. No hubo ninguna perceptible. El oheano se limitó a encogerse de hombros.

—Me imagino que usted sabe, nuestra actitud hacia… ejem… la muerte es diferente de la de ustedes. Ustedes la miran como cosa repugnante. Nosotros, por otra parte, la vemos como un clímax y una consecución del esfuerzo conscientemente dirigido.

—Así se me ha dicho —murmuró Karmesin, escogiendo con dudado su inflexión de voz.

Luster, claro, todavía no sabía los descubrimientos de Karmesin en Aryx y Stonewall; había sido sólo la sorprendida reacción de Snow la que rasgó el velo del secreto que los oheanos habían mantenido en torno a sus «herramientas de investigación», y Karmesin a duras penas pudo estudiar las inesperadas reacciones oheanas en este asunto como pudo hacerlo con los datos acumulados de su sociedad a la luz de su fresco conocimiento.

Sin saber, por tanto, cómo tomar la última observación de Karmesin, Luster astutamente cambió de conversación.

—Confieso que siempre me imaginé que el admirable impulso y la exuberancia de su propia especie preocuparía su atención y la de sus colegas. Debe ser una dura tarea mantenerse por delante de los acontecimientos de la galaxia, a una escala tal a la que ahora están ustedes acostumbrados. Considero muy abrumador que nosotros atraigamos parte de su atención —Luster sonrió.

—Bueno, la interacción entre nuestras dos especies ya no es noticia —Karmesin se encogió de hombros—. Por ejemplo, con referencia al misterio Fénix.

Luster le dirigió una pensativa mirada.

—Sí, sí, algunos de sus compatriotas han tenido el privilegio de asistir y ayudar al análisis de ese problema. Dentro de ciertos

límites, claro.

Remlong, silencioso hasta ahora junto a Karmesin, tragó saliva. Se sentía en extremo embarazado por considerar una falta de educación de Karmesin hacia el oheano.

—Dentro de ciertos límites —asintió el Inmortal—. A propósito, hablando de muerte… como hacíamos hace unos momentos… un funeral es algo que me gustaría muchísimo presenciar cuándo baje a su planeta.

Las palabras permanecieron flotando en el aire, como el humo que espera la brisa que lo disuelva.

Por fin, Luster sonrió y movió la cabeza, diciendo:

—¿Entonces desea bajar a Ohe?

—Naturalmente. Debe comprender que nosotros, los Inmortales, somos distintos en cierto modo del resto de nuestra propia especie. Si hago un largo viaje al sistema oheano, no estoy satisfecho con la educada conversación en una estación orbital a una distancia de tantos miles de kilómetros.

—A duras penas se podría pedir que lo estuviese —asintió Luster —. Muy bien. Tomaré las disposiciones convenientes para el caso. Me perdonara que le señale algo de lo que estoy seguro ya usted se dio cuenta… que la organización de nuestra sociedad es en cierto modo sensible a la influencia exterior y para conservar lo que generalmente llamamos su armonía, gustamos de delimitar esa influencia. Quizás usted y yo convengamos por anticipado que le gustaría ver y pediré un transbordador para usted.

—¿Un transbordador oheano?

—Ciertamente. Oh, será un honor proporcionarle transporte. En modo alguno constituiría esto para nosotros una molestia.

—Hummm —Karmesin se frotó la barbilla con su gesto habitual de concentración y hubo un momento de silencio. Luego dijo—: No.

Luster parpadeó de forma asombrosamente parecida a la de Remlong, y Karmesin, preguntándose si de hecho habían copiado el gesto el uno del otro y de ser así quién de quién.

—No —repitió—. La nave que me trajo y que está esperando en órbita, me servirá mucho mejor. En cuanto a la delimitación de la influencia exterior en su sociedad… ejem… en la armonía de su sociedad, estoy seguro de que los recursos de ustedes serán los adecuados para enfrentarse al impacto de un solo individuo,

especialmente un miembro de una especie sobre la que se ha acumulado tanta información. ¡Remlong! —añadió, volviéndose hacia el director de la estación—, informa al capitán del navío estelar que voy a subir a bordo dentro de una hora para un descenso inmediato a la superficie de Ohe. Yo le diré dónde debemos posarnos nada más llegue.

Con ojos desorbitados de desaliento, Remlong emitió un gemido de sorpresa.

—¡No puede hacer eso! —estalló—. ¡Es… *es una grosería*!

—Somos un campo fértil para la extensión del Misterio Fénix, ¿verdad? —dijo Karmesin en un murmullo—. Estoy seguro de que Luster comprende lo que quiero decir. ¿Ejem? —Miró al oheano, que estaba visiblemente desconcertado.

—Verdaderamente, Inmortal Karmesin, como no deseamos ofender a ninguno de los de su clase, yo destacaría que… dejando a parte cualquier molestia que pudiéramos sufrir… una visita para propósitos de estudio de nuestra sociedad sería mucho mejor comprendida con los preparativos adecuados… Se interrumpió, observando la expresión de Karmesin.

—¡Ah! —dijo suavemente el Inmortal—. Usted empieza a comprender, ¿verdad? *Aquí* dentro —se llevó la mano a las sienes —, tengo yo la experiencia de un milenio. ¡Y camino! Hablo un idioma comprendido por cuatrocientos mil millones de criaturas inteligentes. Soy la voz de la historia de mi raza y cualquiera que desee escucharme puede oír cuanto tengo que decir. Voy a bajar a la superficie de Ohe, Luster, y voy hacerlo *ahora* —hizo una pausa —. Dígame, ¿tienen ustedes algún insecto en su mundo que muestre inteligencia rudimentaria? La mayor parte de los mundos habitados lo poseen. Nosotros llamamos al nuestro «hormigas». En mi juventud tenía la costumbre de estudiar la organización social y casi psicológica de estas criaturas, introduciendo variables controladas en su medio ambiente; así a grandes rasgos, la técnica consistía en inundar sus nidos, o agitarlos con un bastoncito, o encender un fuego próximo, para luego contemplar lo que ocurría.

Abrumado, Remlong balbuceó:

—¡Pero usted no puede tratar a una especie no humana de la misma manera que trataba a las hormigas! Ya me he quejado ante usted de este comportamiento tan extraño, y después de lo que ha

dicho ahora, voy a ir… ¡voy a ir para hacer un informe para la Confederación Galáctica!

—Oh, vaya y hágase Fénix —dijo Karmesin con malicia—. Es para lo único que usted sirve. Reconozco que nosotros jamás consideramos el estudio de una raza no humana de una manera tan cruda como ésta. —Mantuvo los ojos fijos en Luster—. Pero es que tampoco nos encontramos antes con una raza no humana que exhibe esta combinación de acción en apariencia llena de propósitos, con una total falta de designio consciente, inteligente.

Hubo un largo silencio esta vez. Por último Luster inclinó la cabeza. Mirando su propia reflexión en la pulida mesa, dijo:

—Inmortal Karmesin, su voluntad no será bienvenida en mi planeta. Pero no seremos tampoco tan descorteses como para oponernos a su descenso. Además, cuando usted tome tierra estoy seguro de que se le mostrará cualquier cosa que desee ver.

—Dos correcciones —dijo Karmesin—. Yo no quiero ver, lo que ansío ver, es lo que usted desea que vea. Y segundo: no es que ustedes no quieran ser tan descorteses como para estorbar mi descenso a su planeta; es simplemente que ustedes no son capaces de ponerme obstáculos bajo ningún concepto concebible.

Se levantó, los ojos echando llamas.

—Yo no soy un extranjero a quien odiar, hombre de Ohe. He soportado un millar de años de odio por lo que soy, si bien éste no sea mi deseo. ¡Odio este… este sistema de intriga como todos ustedes! —Inclinó la cabeza hacia Remlong, que ahora estaba mudo de desesperación—. Pero le advierto, el odio es una ocupación absolutamente improductiva. No puede deshacer los grados de la naturaleza, por mucho que sea capaz de salvar el amor propio herido.

* * *

Bajando por el tubo flexible entre la estación orbital y la escotilla del navío, se preguntó si habría quizás hablado demasiado abiertamente a Luster. Hubiera preferido pedir al oheano que condujese la conversación en su propio idioma y escuchar un comentario detallado de un traductor sobre la fraseología utilizada. Pero tal solicitud habría puesto en guardia a Luster, y el propósito

de Karmesin era conseguir la sorpresa.

En eso, parecía haber logrado cierto éxito. Apenas se atrevió a esperar una reacción tan violenta como la que concluyó con su conversación; tras escoger deliberadamente los vocablos más extremos en los que apoyar su punto de vista, había esperado una negativa sorprendida de la que pudiera conseguir una pista acerca de la opinión propia de Luster sobre su postura, no un fracaso total de su dominio.

Sin embargo, no iba a ser todo fácil. Luster podía haber tenido una pobre impresión del hombre terrestre a través de sus encuentros con débiles acomodaticios como Remlong y Lambak Yat. Su raza, sin embargo, no podría hacerse tales ilusiones. Hubieran perdido su sistema de cálculo. De todas formas resultaba obvio que no perdieron el don universalmente bípedo, de la perseverancia.

Eso no era posible.

Karmesin se preguntó si los de su propia clase hubieran tenido carácter para seguir adelante ante tal desventaja, en apariencia descorazonadora como la que sospechaba agobiaba a los oheanos.

XIX

Contemplando la superficie de Ohe desde los límites de la atmósfera, viendo el inevitable centelleo de las ciudades iluminadas en el borde del hemisferio nocturno, Karmesin se quedó sorprendido ante la idea de que cualquier mundo ocupado por humanos, bien por colonización o poblado por especies indígenas no humanas, podría esperarse que fuese un amasijo de rumbos de transportes: físicos, como carreteras y túneles; o abstractos, como rutas marinas, pasillos aéreos y corredores tierra-espacio. Todo estaría sistematizado, pero permanecerían rastros subyacentes al azar.

En Ohe, casi nadie viajaba. Las rutas eran pocas, claras y predecibles; los vehículos que las recorrían eran principalmente suaves coches monorraíles impulsados por motores de inducción lineal, evolucionados como todo lo demás en esta suprema armonía de actividad planetaria. Pocas mercancías se transportaban; eran cultivadas o fabricadas donde se necesitaban. Como las ambiciones de sus habitantes, se veían formalizadas y localizadas. Algunos estudios de la vida oheana habían encontrado admirable tal simplicidad.

Pero nadie, que Karmesin supiera, la había encontrado preferible.

Las ciudades, como todo lo demás, eran imágenes de las asunciones básicas del pensamiento oheano. Cualquier cosa podían ser. Una ciudad tropical tendría su población de unos tres millones distribuida en comunidades locales de cinco a diez mil habitantes, con sus propios servicios, su propio ceremonial y presumiblemente sus propias funciones en la sociedad. Cada una tendría organizada una especie de parque, y la periferia de la ciudad se fundiría con el

campo abierto.

Cerca de tal urbe, decidió, sería el lugar adecuado para posarse, pero no en un espacio-puerto. Si la rigidez del pensamiento oheano era tan extrema como se imaginaba, habrían anticipado el uso de uno de sus puertos regulares en cuanto Luster les advirtiera de su intención.

Es más, la oscuridad sería provechosa psicológicamente en primer lugar. Los oheanos no podían haber evolucionado por completo apartando la preferencia típicamente humana por las actividades diurnas.

Por consiguiente abandonó el navío algo más allá del terminal. Iba tan bien protegido para la duración de su misión como la asequible informaron acerca de Ohe y la pericia técnica que el hombre terrestre pudo conseguir. Su vestido era a la vez vehículo y armadura. En caso de peligro, el navío podía llegar hasta él de cualquier parte del planeta en menos de dos minutos. Confiaba poder evitar el tener que hacer una llamada de emergencia. El zumbido de un navío de doce mil toneladas marchando por la atmósfera a su máxima velocidad, era capaz de aplastar ciudades como si fuese hecho con una gigantesca bota.

Después de desembarcarle, el navío dio una vuelta en torno al planeta y quedó a la espera en una órbita baja. Ahora sabrían los oheanos que Karmesin estaba en su planeta. Podía transcurrir algún tiempo antes de que descubrieran dónde había tomado tierra.

Como un ángel invisible, traicionado sólo por el viento murmurante de su traje energético ascensional, Karmesin pasó por encima de la ciudad elegida, tratando de obtener de ella una impresión acerca de su unidad funcional. Habían aceras rodantes en una variedad estrictamente oheana del principio básico; había monorraíles y muy pocas aeronaves. Cuando hubo observado la geografía local, cortó la energía de su unidad transportadora y descendió igual que un insecto en uno de los parques.

Realmente no eran parques, sino lugares de ceremonia y ritual, y en el que había elegido, se realizaba una de estas ceremonias. Invisible, avanzó por los pasillos entre secciones de gente que totalizarían quizás seis mil individuos, que estaban sentados sobre el total equivalente de la hierba, una planta acolchada de bajo crecimiento que en cierto modo se parecía al musgo, bajo una suave

luz artificial y enfrentados todos a una cúpula transparente, no más alta que un hombre, bajo la que crecía una planta grisácea de tallo polvoriento y costumbres trepadoras, apoyada en un simple marco.

Curioso, Karmesin puso en marcha un aparato que había incorporado a su atuendo, una versión mejorada del artefacto con el que sobresaltó a Snow y Wanhope: desde un micrófono de su hombro, por un canal subespacial permanentemente abierto, las palabras del canto unísono de la multitud eran enviadas a un traductor electrónico y devueltas a un auricular colocado junto a su mejilla.

—Todos los que hablan: repetición de frase colectiva —oyó—. Nosotros, inflexión indicando uso general, proporcionamos, o cedemos, o valuamos o un difícilmente ganado poder de percepción consciente. Nosotros, repetimos, inflexión…

Cortó. Podía haber similitud entre tales cantos y los ejercicios mentales pregalácticos utilizados para, digamos, la mística budista que hicieron que los primeros visitantes comparasen Ohe con las sociedades de la antigua Tierra.

Hizo una pausa entre los del pasillo que separaba dos secciones de la multitud, porque el cántico moría y el movimiento comenzaba en alguna parte de la zona delantera.

Una docena de hombres y mujeres mayores se puso en pie y avanzó hacia la cúpula transparente que contenía la extraña planta trepadora. La llamada seguramente por Nogun «comunión con la naturaleza», sin duda. Los labios de Karmesin se curvaron en una mueca.

Una de las primeras personas de la fila se inclinó ante la cúpula, no en una postura que sugiriera adoración, pero sí con ejercitada indiferencia, acercando sus manos y frente a la cúpula, pero sin tocarla. Aguardó unos pocos segundos y luego volvió a su antiguo sitio, repitiendo el siguiente la misma secuencia de acciones.

Comenzaron nuevos cánticos; Karmesin los revisó, pero las frases entonadas eran las mismas que antes.

Cuando el último de los oheanos mayores hubo recuperado su lugar, la melopea cesó bruscamente. Sin mirar en su torno, el primero murmuró una frase aguda, que Karmesin oyó en su traducción. Era la expresión de un problema típico ritual utilizado como ejercicio mental; Nogun, no de manera innatural, comparó

estos ejercicios, en parte verbales, en parte numéricos, a los «koans» tradicionales de Zen, pero había tenido la sensatez de ver que los dos no se correspondían. Los ejercicios mentales oheanos tenían soluciones lógicas, incluso si sus términos fuesen duros de aceptar.

Éste, por ejemplo: «postulación de un sistema viento-agua como…» y un largo juego de coordinadas tríales. —Dos islas que proporcionan propiedades físicas. —Abrazan a los minerales, situación, forma, temperatura, vegetación. —Seres activos postulados de naturaleza animal —aquí la traducción se debilitaba; el locutor se refería a las cualidades oheanas como abstractas en cuanto a limpieza, consciencia, rectitud.

Y dada la información, la tarea era preparar condiciones válidas para el intercambio de dos islas consideradas como poco recíprocas de inestabilidades potenciales en el postulado sistema de viento-agua, poco más o menos. Karmesin, concentrándose en el comentario balbuceante del traductor electrónico estaba luchando, sino con el problema en sí, sí con el propósito de zanjarlo cuando la respuesta se consiguiera en apariencia. Por último, la multitud empezó a dispersarse.

Con unanimidad parecida a la de las hormigas, los millares de oheanos se dispersaron y fundieron en sus propias casas, y Karmesin, saltando por encima de sus cabezas, vigiló mistificado la conclusión del famoso ritual oheano que por vez primera personalmente había presenciado.

Cuando el parque estuvo vacío, se dejó caer suavemente en el lugar próximo a la planta y la miró. Su mente era un torbellino de ideas en contraposición.

XX

Por último decidió que cualquier intento para resolver lo que entrañaba el problema era inútil; probablemente sería cuestión de sutiles criterios éticos más que de algo interceptable en términos de mundo real. Se inclinó a examinar la cúpula con más atención y confirmar su conclusión automática de que la cosa parecida a una planta que cobijaba, era de hecho pariente de las «herramientas de investigación» que había visto en Aryx.

Hasta donde le permitió la inspección visual, decidió que lo era. Dudó. Luego desconectó el campo que le confería su invisibilidad, porque eso excluiría la percepción de las delicadas corrientes pseudoneurales emitidas por la planta y levantó las manos al nivel de sus sienes, como había visto hacer a los oheanos durante su ritual, y se inclinó ante la cúpula como hicieran los nativos de aquel mundo.

* * *

Una fronda. No, en eso estaba equivocado. Una especie de avenida entre árboles altos y robles, arqueándose juntos por encima de su cabeza. Más allá la luz del sol y sus reflejos dorados parecía remendar al azar el suelo. Confuso, trató de examinar uno de los árboles con más atención… eran atormentadoramente infamiliares… pero encontró que no podía. No tenía control de esta situación, viéndose impulsado a observar pasivamente.

El descubrimiento le produjo una punzada de pánico, pero se obligó a calmarse y aguardó.

Después de largo rato, existieron cambios en su alrededor. Como

si la naturaleza se hubiera hecho impaciente, la luz solar se desvaneció. Un viento cortante bramó entre las ramas, haciendo girar las hojas salvajemente contra el rostro de Karmesin. Trató de esquivarlas, pero no pudo. (¡Ni siquiera eso! ¡Ni siquiera eso!).

Las hojas le impedían la visión del bosque y un sentido de decadencia y opresión le abrumó. Duró toda una eternidad subjetiva. Luego hubo un aire fresco, y una agitación del cambio portando supertonos como de esperanza, pero no del todo, como si la propia esperanza se hubiera hecho cansina.

Un crecimiento. Una extensión hacia adelante. Conceptos de progreso y desarrollo. Un obstáculo. Karmesin forcejeó para determinar su naturaleza y no pudo; su mejor deducción fue como una piedra empotrada en el suelo.

Conceptos asociados: micelio, proceso de reptar desde una fuente central, crecimiento.

Salto.

Saltó.

Comer, dolor, satisfacción, inutilidad, frustración. Seguía siendo pasivo.

La consciencia se extendió bruscamente. No era un bosque, sino una cueva. Por encima y a su alrededor, presentida pero no vista, la existencia de una cordillera de montañas más abruptas que cualquier otra presente en Ohe. La mayor parte de los picachos originales estaban afilados en el proceso de creación terrestre y además a esa tierra le proporcionaban un clima igual. Dentro de las montañas, cuevas abovedadas de indescriptible belleza. La belleza era molesta. Karmesin supo al instante la naturaleza de aquel aburrimiento. Antes de que pudiera reaccionar de algún modo ante todo esto se dio cuenta de más cambios.

Calor en un agujero, en un túnel. Tensiones, esfuerzos. ¡Explosión! Dando tumbos en el caos, la belleza de las cavernas y un mudo divertimiento insustancial. Luego sobrevino oscuridad y sentido de cansancio. Espera.

Karmesin arrebató los maltrechos restos de su autoposesión y luchó por volver a su cuerpo físico. Movió una mano y no pudo sentir el encuentro de un conmutador por agudo cálculo intelectual. Pero lo encontró. Cerró el interruptor. Un disyuntor de campo construido dentro de sus ropas entró bruscamente en

funcionamiento. Se sintió caer hacia atrás y se dio cuenta de estar extendido en la zona mugosa al pie de la cúpula.

Estaba más cansado de lo que se sintiera jamás en su vida. Apenas tenía energía para percatarse de que la luz había disminuido en su torno, antes de verse obligado a cerrar los ojos y dejarse caer en el olvido, con una orden singular e inextinguible para sí mismo que resultaba ser el único rastro superviviente de su normal fuerza de voluntad.

¡La orden era *mantener cerrado aquel conmutador*!

* * *

Despertó al rumor de pisadas, a millares, sobre el suelo musgoso, y se puso en pie de un salto. Era de día. Había caído una suave lluvia y allá donde yaciera aparecían entre el verdor fibrilas grises.

Entrando en el parque, como siempre al principio y final del día, estaban los serios oheanos, turbándose al verle vestido con ropas de otro mundo, y todavía aún más turbados por su tez pálida y su cabello blanco. Se movían para rodearle, no a él, sino a la cúpula, según recordó. Y recordando, se acordó de todo.

Era visible. Presa del pánico casi desaparece, pero logró reprimirse a tiempo. Activó su equipo elevador y saltó del suelo, describiendo una curva hasta lo alto de la cúpula, donde se posó, siendo el foco consiguiente de toda la atención de la multitud. Cerca de la parte de atrás de la masa, unos cuantos jóvenes de ambos sexos gritaban excitados, pues el sentimiento de la concurrencia era claro. Que toda atención era equívoca, resultaba fuera de lugar, e inexcusable aún cuando el propio Karmesin estuviera más fuera de lugar que nada. —¡Traduce!— murmuró urgentemente a los traductores electrónicos que esperaban su orden en el vacío sin distancias del hiperespacio, sin la monstruosa carga que él había experimentado en Ohe—. ¡Tengo un millar de años de edad!

Dio pleno volumen al pequeño altavoz de su mejilla y apremió al aparato traductor electrónico a que diese una versión de sus palabras a través del amplificador compuesto por filamentos entretejidos en la tela de su atuendo. Lo bastante fuerte como para llegar a toda la multitud, la frase en oheano se oyó.

Invisible, Karmesin saltó hacia el cielo desde la cúpula transparente, su mente un mar rabioso de cólera, compasión y otra cosa más… algo muy próximo en parentesco a la insanidad.

¿Dónde más? Prudente como un águila sobrevoló por la ciudad. Por todas partes se daba el rito mañanero, y los lugares en donde no había parques, la multitud que no sabía qué hacer se reunía para la ceremonia de la dedicación a la locura…

—¡Allí, pues! ¡Rápidamente! Y gritó con la voz del traductor en un lenguaje que no comprendía:

—¡Tengo un millar de años de edad! Cambió de sitio:

—¡Tengo un millar de años de edad!

Y otra vez. Y no sólo en las ceremonias matutinas, porque esas parecían quedar selladas por una tradición multisecular, sino también en las calles, en las casas, en lugares donde no eran precisamente colegios pero servían para formar el pensamiento de los jóvenes entre tranquilos árboles de polvorientas plantas grises, con raíces cerebrales dejando filtrar locuras. ¡Gritando!

—¡Tengo un millar de años de edad! ¡Oídme! ¡Yo, Karmesin, camino y hablo un lenguaje comprendido por cuatrocientos mil millones de seres de mi especie… y vosotros también, si queréis oírme, vosotros también podéis comprender!

* * *

Fueron tras él al cabo de una hora, dando círculos en torno al firmamento con flotadores antigravedad de energía almacenada, los cerebros más libres de Ohe y los menos encadenados. Había energía fusionable asequible para Karmesin; pudo haber saltado por las corrientes del aire como una burbuja buscando la superficie de un río, dejándoles que le siguieran estúpidamente.

Pero vio por dónde venían, no con amenaza, pero decididos a eliminar a este monomaniático que destruía la paz de su mundo como si fuera un nido de hormigas sólo para ver lo que ocurría. Comprobó con rapidez y resignación, que eran también plañideros funerarios, ante los funerales de una esperanza pasada de moda. La locura prosiguió, emergiendo de él y aguardó, oscilando, para facilitar que el círculo de oheanos se cerrase.

Ahora lucía el sol, con las nubes matutinas hechas jirones a mil

metros por encima de sus cabezas, los recién llegados lanzaban sus vehículos abiertamente por el firmamento para mirar a él, sin utilizar instrumentos.

Karmesin se secó la frente cubierta increíblemente de sudor.

Desde el flotador que se había posado a su altura en el punto donde se le enfrentaba directamente, una voz le habló, no en oheano, sino en idioma galáctico.

—¿Es usted el Inmortal llamado Karmesin?

—Sí.

—¿Tiene usted mil años de edad?

—Décadas más o menos, sí.

Hubo una pausa. Luego, como si se viese forzado a decirlo penosamente:

—¿Qué quiere de nosotros, Karmesin? ¿Por qué vino a Ohe?

Karmesin sintió ganas de carcajearse. Recordar, ahora, el propósito original de su venida era pensar lo mezquino que era, cuando toda una cultura caía en su torno como fragmentos de vidrios de colores.

Dijo:

—Oh… vine en busca del hombre Rex Quant. Tras una larga pausa el portavoz suspiró.

—Le llevaremos a él —dijo—. Pero…

—Sé lo que le pasó —contestó Karmesin—. Ahora lo sé.

* * *

Aún sabiéndolo, fue impresionante.

Un llamativo grupo de flotadores le habían acompañado a través del claro aire de la mañana cruzando más de medio continente, hasta una ciudad donde el mar, bosques y bajas colinas se encontraban en un microcosmo local de todo el planeta. Le habían invitado a que bajase, describiendo rizos por encima de las calles y parques donde la gente estaba a punto para su fútil negocio, hasta el pie de una cúpula arqueada que era como un duplicado, pero mil veces mayor, de aquélla que cobijaba la planta gris que no era…

Dejó de esforzarse por etiquetar las cosas y se contentó con absorber las impresiones.

Debajo de la cúpula, galerías. Sistemas de raíces. ¿Qué? No

importaba. Complejos orgánicos increíblemente vastos, crecidos deliberadamente y alimentados siglo tras siglo en persecución de una vana meta. Y aquí, acunado en un vientre maternal de vida sostenida formado por membranas transparentes, desnudo, los ojos vacíos, artificialmente nutrido, la cabeza enguirnaldada con fibrilas grises del monstruo planetario devorador, estaba Rex Quant.

Karmesin miró cuanto pudo aguantar y luego le dio la espalda.

—¿Qué tratáis de hacer? —preguntó—. ¿Para leer de su memoria la verdad que tanto temíais?

Cosa impropia, el portavoz oheano pareció perdido en busca de la respuesta. Por último dijo:

—Nosotros… lo intentamos. Nos parecía la solución… más civilizada. Pero los rastros tenían que ir profundos y su mente total se… —interrumpió la frase; al cabo de una pausa, añadió—: ¡Lo lamentamos! ¡Pedimos… excusas!

—Para mí nada tiene que ver —dijo Karmesin. Su voz era extrañamente dura y seca—. Ahora no es nada, supongo, para mi raza, pero hay una muchacha que llorará.

Dirigió una aguda y acusadora mirada al oheano.

—Quizás quede eso más allá de vuestra comprensión. A vosotros no os importa *uno*.

El oheano guardó silencio.

—Bueno, ¿qué vais a hacer ahora? —dijo Karmesin con rudeza —. ¡Aparte de censuraros a vosotros mismos y a vuestros antecesores estúpidamente!

Como para formular una objeción, el oheano moldeó sus palabras, pero Karmesin le interrumpió con sequedad.

—¡Nada de tonterías! —advirtió—. Aun cuando pudieseis ocultar la verdad, al resto de la galaxia no la podéis ocultar ya más a vosotros mismos. Quizás sería lo más amable dejaros que elaboraseis vuestro propio destino… de nuevo… y esta vez de manera adecuada. Podéis tomar de nosotros lo que consideréis necesario.

—¿Nos lo pueden prestar ahora? —dijo con amargura el oheano.

—No tenéis mucho que sea vuestro —dijo Karmesin con deliberada brutalidad—. Y hasta ahora no habéis sentido repugnancia en pedir prestado lo que queríais, ¿verdad? —Dirigió una mirada a Quant, colgando en un seno materno gigante y sintió

húmedas de sudor las palmas de sus manos.

Hubo una discusión entre los oheanos. Karmesin no deseaba saber lo que se decían. Eran los cerebros más libres de Ohe. Debían ser, de todos los millones de habitantes del planeta, los que habían aprendido lo que significaban sus palabras y los que se apresuraron a ir a hablar con él. Pero estaban locos.

Decidió por último no esperar más. A pie, como si la carga de un peso normal recordase su estado humano, se dirigió hasta la entrada de la cúpula y allí habló cansinamente al aire, pidiendo que viniese a recogerle el navío.

* * *

Cuando el capitán le pidió más órdenes poco tiempo después, se detuvo unos instantes para pensar. Al hablar, sus propias palabras le sorprendieron.

—Llévame a Aryx —dijo—. Hay alguien con quien debo…

Su voz se apagó. Dio media vuelta y miró por el ventanal al globo azul, verde, negro del planeta Ohe y siguió mirando hasta después de que el motor entrase en el hiperespacio y en la zambullida ennegreciese todo el panorama y desapareciera de la vista el universo entero.

XXI

Era demasiado evidente que Dombeno se mostraba trastornado por el regreso del impredecible Inmortal, aunque cuando le recibió en la esfera variparente que formaba su despacho, muy por encima de la ciudad de Aryx, hizo cuanto pudo para ser educado e intentar la discusión de cómo los acontecimientos se habían desarrollado desde la partida de Karmesin para Ohe. Tratando de impedir que el mal humor enturbiase sus palabras, informó de una queja presentada por el equipo de investigación oheano desde Stonewall a la Federación Galáctica de la curiosa ruptura nerviosa que algunos oheanos sufrieron al cabo de una semana de que Karmesin diese la orden de detener toda comunicación con su patria así como otros asuntos por el estilo a todo cuanto se le dijo, Karmesin respondió con un gruñido o un asentimiento de cabeza. Su mente parecía totalmente preocupada por sus propios pensamientos.

—¿Cuándo estará aquí la chica? —preguntó eventualmente.

Dombeno paseó los ojos por la ciudad.

—Pronto —dijo—. Di instrucciones para que se la localizara y se la trajese en cuanto recibimos su mensaje desde órbita —dudó y luego siguió con forzada ansiedad—. Estamos de acuerdo con las autoridades de Gyges para cooperar en la búsqueda de Rex Quant. A propósito. Nosotros…

—Rex Quant está en Ohe —dijo cansado Karmesin—. Y probablemente nunca estará dispuesto para volver. Por eso vine aquí.

Los ojos de Dombeno se redondearon, pero antes de que pudiese decir algo, la señal de llamada sonó en el conmutador que flotaba en el aire junto a su cabeza. Habló por él y pareció aliviado.

—Encontraron a la chica. Ahora sube hacia aquí.

Karmesin eligió un sillón y se dejó caer en él. Al cabo de una pausa, Dombeno prosiguió:

—¿Quiere usted decir que recorrió todo este trayecto desde Ohe sólo para ver a la muchacha y decírselo? ¡Me parece increíble! ¡Hubiera bastado con un mensaje!

Karmesin le obsequió con su esquelética sonrisa.

—Hubiera sido un hermoso toque sentimental, ¿verdad? —dijo con malicia—. Pero… no. Esa es sólo una de las razones por la que volví a Aryx, hay otras de mayor importancia —se inclinó hacia adelante—. Voy a ser un estorbo considerable, me temo, pero los resultados valdrán la pena. Ahora tengo suficiente información sobre la extensión del misterio Fénix para empezar la tarea de eliminarlo, y Aryx es para mí el mejor punto de partida para tal tarea. No será fácil. Tenemos más de un centenar de años de impresiones marcadas que borrar. Pero podemos superar las dificultades acuciantes de este planeta, y después de eso haremos lo propio con otros mundos infectados.

—¡Bueno, esas son muy buenas noticias! —exclamó Dombeno, iluminándose su expresión—. Supongo que fue algo que aprendió de los oheanos y que le sugirió la solución.

—No. Fue algo que los oheanos aprendieron de mí.

Dombeno parecía inexpresivo, y antes de que pudiera volver a hablar anunciaron la llegada de Merry Duner.

Ella entró nerviosa en el despacho, portando el mismo bolso que había estado utilizando cuando encontró a Karmesin por primera vez, sin apenas acusar la presencia de Dombeno ni siquiera con la mirada, sino manteniendo los ojos fijos en Karmesin. Hubo un momento de tenso silencio antes de que el Inmortal se moviera.

—Tengo malas noticias para ti, Merry —dijo con voz gentil—. Nunca volverás a ver a tu Rex.

Merry cerró los ojos durante unos cuantos segundos. Cuando respondió, sin embargo, su voz era firme y segura.

—¿Ha descubierto lo que fue de él?

Karmesin asintió.

—Siéntate —le invitó—. Quiero que escuches con atención lo que voy a decirte, porque en esencia es el informe que voy hacer a la Federación Galáctica, y así es destinado a ser parte eventualmente de la historia. Quiero saber si te parece bien. Quiero

saber si puedo dejar claro ante ti que los oheanos son la gente más desgraciada y digna de compasión que jamás paseó por planeta alguno de esta galaxia.

Dombeno comenzó a decir algo y Merry sacudió la cabeza como si estuviese mareada.

—¿Dignos de compasión? —dijo ella—. Pero yo creí…

—Todos pensaron eso —aclaró Karmesin, sonriendo sin alegría —. Pero escucha. Lo diré lo mejor que pueda.

«¿Alguna vez Rex te mencionó una hipótesis que solía aceptarse en los días en que las máquinas casi inteligentes, los calculadores adelantados, etc., empezaban a hacer impacto en la sociedad? La hipótesis a que me refiero era esta: que las máquinas más complejas que del cerebro humano podían recibir instrucciones para evolucionar y crear muestras todavía más complejas de su propia clase y que éstas, a su vez, evolucionarían otros seres semejantes y más perfectos, hasta que finalmente superasen la capacidad humana de comprender su modo de funcionar».

—No. Creo que no. Me parece que Rex jamás mencionó una idea así.

—Me sorprenden a veces las cosas que nos pasamos por alto —murmuró—. No se puede decir que las hayamos olvidado, porque deben estar registradas en algún lugar, pero el concepto propio de lo que importa y lo que no interesa cambia tan rápidamente, como las maneras de pensar, los estilos de vestir, o de hablar… —Se reanimó—. Lo siento, estaba desvariando.

»Déjame primero recapitular lo que todo el mundo sabe de la historia de Ohe. Como cualquier otra raza humanoide, los oheanos tenían ambiciones de extenderse desde su planeta hacia las estrellas. La conocidísima mala suerte que les privó del acceso a elementos de alto número atómico, y por tanto a lo que descubrimos nosotros que era la parte más fácil para llegar a la energía nuclear, frustró ese sueño típicamente humano.

«Decepcionados, aún tuvieron que elegir alguna alternativa racial como meta, igualmente satisfactoria psicológicamente. Una de las premisas de los estudios psico-sociales es que una sociedad estable y unificada planetaria, necesita de una meta para enfocar el exceso de energía psico-social, antiguamente disipada en cosas como la guerra, los conflictos ideológicos y la tarea de perfeccionar

a la sociedad misma.

»La meta que los oheanos eligieron para sí era quizás el concepto más grandioso que jamás evolucionó gracias a seres inteligentes. Puesto que no podían progresar hacia el exterior, decidieron avanzar hacia el interior y para… para forzar, si gustáis la evolución de un orden de consciencia sobrehumano, llegar remotamente a convertirse en una supermente planetaria con una consciencia tan por encima de la inteligencia humana, como vuestro cerebro está más arriba del ciego mecanismo de los insectos sociables».

Dombeno, que había estado escuchando con ojos desorbitados y gran concentración, intervino en la pausa de Karmesin:

—Pero… pero eso es un punto de destino perfectamente claro y definido. Yo pensé que la cuestión acerca de la sociedad oheana se suponía que era…

Karmesin le interrumpió, alzando la mano.

—Paciencia. Déjame terminar. Sé lo que ibas a decir, pero tienes toda la razón.

«Considera, sin embargo, los medios adoptados por los oheanos para progresar hacia su meta. ¿Te acuerdas de los organismos casi vegetales, grises, de largas proyecciones que encontramos aquí?».

—¡Nunca los olvidaré! —afirmó Dombeno ceñudo—. ¡Ni las dificultades que nos han causado a uno u otro!

—Debió haber sido una decisión desesperada utilizar tales cosas en otro mundo —reflexionó Karmesin—. Sin embargo, ya vuelvo a adelantarme. Mi punto de vista es que, no teniendo ninguna idea de cómo podía mantenerse una superconsciencia sin una envoltura física, los oheanos se aplicaron a la manufactura de organismos sintéticos, vegetablemente independientes de la preformada fuente de proteínas y de otras limitaciones animales, y teóricamente capaces de expansión indefinida hasta tamaños que hacían que los primitivos bosques creados por las lluvias fuesen sólo una comparación remota. He visto uno de éstos… ejem… recipientes artificiales… que contienen la inteligencia en Ohe, y resulta monstruosamente enorme.

»Como sabéis, pronto tuvieron ellos un medio de comunicarse con tales organismos sintéticos. Nosotros poseemos ingenios mecánicos que pueden afectar y manipular equilibrios

electroquímicos dentro del cerebro y así acondicionar el pensamiento, la memoria, el almacenaje de referencias conceptuales, pero nuestro equipo es tosco y carece de inteligencia. Intentando un progreso similar desde un punto de vista biológico, los oheanos crearon un método infalible de hacer posible la comunicación. Todas y cada una de sus inteligencias artificiales fueron programadas, en formas que yo no he calculado, por la asimilación literal de una mente humana. Ya sabéis que ellos pretenden considerar la muerte como un clímax y una satisfacción, y si hubieran conseguido lo que pensaban, tendrían todos los derechos para hacer esa afirmación y estar orgullosos de ella».

—Sólo que…

—Considerar la preparación mental necesaria para… para aclimatar una personalidad humana a esta transferencia. Considerar las disciplinas mentales y psicológicas que han sido necesarias. Considerar el grado al que toda otra actividad debe subordenarse con referencia a este propósito singular. El placer, la diversión, todas las facetas ordinariamente humanas de existencia deben ser subyugadas a los intelectos más puros, porque sólo eso tiene que ser transferido al final de la vida de una persona y absorbido en la consciencia planetaria embrionaria.

»Y la *consciencia* aquí es la palabra adecuada, no la inteligencia apenas consciente, porque mientras estos organismos artificiales perciben lo que ocurre en su medio ambiente y que está dominado por su poder de recibir corrientes neurales y por ellas analizar conceptos en los cerebros que las originaron. Es de todas maneras un logro fantástico, que nadie más a conseguido, pero… estéril.

»No pudo transcurrir mucho tiempo antes de que las dificultades de comunicación, pese a todos sus cuidados, se hicieran aparentes. Bueno, uno presume que fueron previstas; después de todo, la meta final era forzar la evolución de algo más allá de la inteligencia. Pero si los oheanos no hubiesen sospechado que algo había ido mal, no hubieran creado tal cortina de humo lingüística en torno a su propósito racial. Cuando nosotros, por casualidad, herederos de las estrellas, nos pusimos en contacto con ellos, estaban desesperadamente temerosos de que pudiera haber ocurrido un error que hiciera inútiles sus esfuerzos».

—Y así fue.

—En sus intentos por preparar a los individuos psicológicamente para una continuación de la existencia como factores de una mente superior corporada, implacablemente despojaron a su sociedad de todos los elementos de variedad, cambio, accidente estimulador, que son los aguijones de la evolución psíquica aún más que de la evolución física. Escuchad, comprendí esto «*inmediatamente*», en la primera ocasión en que intenté la comunicación de consciencia directa. Reconocí, fuera de toda duda, al cabo de unos minutos, un sentido de que yo había estado demasiado bien acostumbrado: un sentido de infinito, de ilimitable, de inexpresable *aburrimiento*. Durante millares de años no ha habido ningún cambio significativo en la sociedad oheana; todo es una repetición, una repetición, una repetición, frustrando el mismísimo propósito al que iba dirigida.

La voz de Karmesin temblaba y tuvo que detenerse y secarse el sudor de la frente. Advirtiendo la mirada inquisitiva de Merry, hizo un gesto autorizándola para hablar.

—¿Se ríen los oheanos? —preguntó ella en voz baja.

Pensativo, Karmesin asintió.

—¿Piensas en eso por algo que te dijo un oheano?

—Sí. Snow me contó, en el barco, cuando volvía a Stonewall, poco después de que hubiera estado usted aquí antes, que encontraban placer en las disposiciones ordenadas, o algo por el estilo, mientras nosotros lo obteníamos en… ejem… en dejarnos suspender por la imaginación entre la realidad y la tontería. O una frase semejante.

—Dudo que desde hace diez siglos algún oheano haya reído —anunció Karmesin.

Hubo otro momento de silencio, y luego Merry dijo:

—Empiezo a comprender por qué quiere usted que les compadezcamos.

—Es un motivo que yo mismo no había pensado, pero que resulta apto —asintió Karmesin—. Bien, he aquí este aburrimiento que se alimenta de sí mismo. El único uso en el que sus pretendidas facultades superhumanas pueden dedicarse, aparte de coleccionar información infinitamente repetida de las mentes exteriores también repetidas, es… ¡El soñar! Y los problemas que se alzan en estas elucubraciones son considerados y elevados por los oheanos al estado de disciplinas mentales necesarias.

»Una cosa más debo aclarar. Los oheanos son indiscutiblemente brillantes como analistas psico-sociales, en cuanto empecé a sospechar cuál era su problema, me pregunté cómo un error tan evidente pasó desapercibido. Luego me reprimí. Su brillantez en estudios psico-sociales es debida a tres cosas: una inteligencia medio racial excepcionalmente alta… seleccionada sin duda eugenéticamente para eso y estimulada conscientemente; una vasta capacidad para estudiar datos, pero no como hacemos nosotros, mediante máquinas inhumanas, sino por medio de sus organismos artificiales que están orientados humanamente en virtud de su propia naturaleza; y el hecho de que poco antes del advenimiento nuestro habían tomado la decisión de restablecer el análisis psico-social con orden de zanjar la cuestión de si se habían equivocado o no».

Hubo un gruñido de Dombeno, que asintió varias veces.

—¡Comprendo! —exclamó Merry—. Entonces, presumiblemente, cuando nos pusimos en contacto con ellos, estaban, bueno, algo celosos, porque poseíamos lo que ellos deseaban originalmente y así se dedicaron a lo que todavía consideran como un segundo deseo de preferencia y que incluso iba a absorberles, pero en el fondo ocultaban la verdad, nos la ocultaban porque estaban avergonzados. ¿No es cierto?

—Yo lo diría de una manera algo más complicada —afirmó Karmesin—. Pero has captado con toda claridad la idea esencial.

—¡Vaya cosa terrible que les pasó! —Merry dijo, con la vista perdida—. ¡Qué cosa tan brutalmente *terrible*!

XXII

—Ejem… usted dice que todo esto nos ha dado una clave para el problema del misterio Fénix —se aventuró a decir—. Y me pareció oír que fue algo que los oheanos aprendieron de usted… ¿eh?

—Cierto —Karmesin cambió de postura en su sillón—. Tienes que comprender la desesperación que sintieron los oheanos cuando vieron la magnitud de sus logros. Los suyos propios, que podemos admirar y que deberíamos hacerlo, parecían dejarles huecos. Manteniendo la apariencia exterior de una amplia inteligencia y una superioridad cultural… ya conocéis algunos de los que hemos enviado al sistema oheano, a propósito, que adoran prácticamente a los oheanos… seguían sintiendo envidia.

»Mirad, debió parecerles que no sólo el hombre terrestre había conseguido el viaje espacial, sino bien habíamos hecho algo más prácticamente útil de lo que consiguieron ellos en su campo de acción elegido. Me refiero a la creación de Inmortales. Estoy aquí, hablándoos como cualquier otro, y me comprendéis en términos humanos ordinarios. Sin embargo, soy el poseedor de una experiencia milenaria y sirvo para llenar una función definida en la especie. Contrastado eso con el recelo de los oheanos de que sus ansiadas superinteligencias estaban decayendo en la ilusión y el aburrimiento y volviendo a la nada como cambio de la dirección total de la sociedad planetaria hacia la meta de aumentar sus conocimientos.

»El crecimiento del misterio Fénix, que nosotros, impresionados por su pericia en el análisis psicosocial, les invitamos a que nos ayudasen a resolver, era evidentemente debido a lo que Rex Quant sugiriera. La mera presencia y otra cultura con lo que parecían ser conceptos inconcebiblemente superiores e ideales también muy por

encima, reaccionó al verla mezclada con nuestra insatisfacción, falta de sentido de consecución, enajenación… como queráis llamarlo, el concepto ha sido igual durante muchos siglos, que es, después de todo, la chispa divina que inflama nuestra ambición, por lo que no podemos eliminarla. Resultado: inquietud, desesperación, nihilismo.

»Los oheanos debieron comprender esto de inmediato. Y así se vieron enfrentados a una elección. ¿Y si decidían deliberadamente nutrir las ideas Fénix, ocultándonos su causa, para poder sobreminar nuestro dominio galáctico? Claro, intelectualmente, debieron darse cuenta de que la posibilidad de éxito era una contra millones, pero se vieron tentados a correr el riesgo. Ahora es por lo que trajeron a Aryx sus así llamados instrumentos de investigación; el hombre es una bestia tecnológica y Aryx es el planeta más avanzado tecnológicamente en donde el misterio Fénix a prendido, como sabes, Dombeno. ¿Qué mejor, pues, que correr el riesgo de que se descubriese este secreto tan bien guardado con el fin de identificar precisamente las fuerzas en funcionamiento para engendrarlas ellos después artificialmente?

»Sólo que Rex Quant vino a Aryx, joven, apenas rozando los cuarenta, iconoclasta, un historiador psico-social, nominalmente y por entrenamiento, pero poseedor de un punto de vista intuitivo en los problemas contemporáneos psico-sociales que le puso, que le situó en la clase de los verdaderos genios. En el tiempo de su llegada al Hotel Mira, con su cerebro hirviendo de nuevas ideas sobre el misterio Fénix, su relación con Ohe y el hecho de que sus sugerencias estuviesen desembocando en el vasto esquema de investigación al que yo también estaba asociado… entonces, por pura casualidad, dos oheanos no solamente residían también en el hotel, sino que estaban cosechando los datos de su red de… ejem — Karmesin chasqueó los dedos—. ¡Tendremos que inventar un nombre adecuado para estos organismos oheanos!

»Lo peor de todo con referencia a Rex Quant era que había sugerido, aunque no lo hiciera con mucha seriedad, que los oheanos no sabían qué infierno estaban provocando… según sus palabras. Imaginaos el efecto que causó esto en los dos oheanos, ya aterrorizados por que el secreto de sus “herramientas de investigación” pudiera ser descubierto, pensando muy especialmente en ese riesgo tal y como lo estaban haciendo en aquel

tiempo.

»La sorpresa emocional que hizo que Rex Quant dejase su espora en la habitación 8010 del Hotel Mira se produjo por la súbita intrusión de los dos oheanos, terriblemente asustados por lo que habían detectado y… —Karmesin extendió las manos—. Se lo llevaron. De la forma más netamente posible hicieron parecer como que nunca había llegado al hotel; manipularon las memorias de la gente que habían tenido tratos con él, hicieron una simple enmienda en la memoria registradora y esperaron contra toda esperanza que nadie descubriese su triquiñuela. No tuvieron tiempo para precauciones más cuidadas; era preciso marchar de Aryx con su carga de datos recogidos y no se atrevían a perder el vuelo de regreso a su patria porque el viaje directo desde aquí no es excepcionalmente largo, aunque eso sí, carece de servicio directo y hay que utilizar transbordos. Tuvieron que esperar casi una semana hasta el siguiente vuelo conveniente que partía de este mundo y esconder a Quant durante todo ese tiempo. Todo pudo haber resultado bien, excepto tu pequeña intervención —Karmesin miró a Merry».

Ella sacudió la cabeza con energía.

—¡Por favor, Inmortal! —dijo.

—No me digas eso. No es verdad que yo haya causado alguna diferencia notable. Tú habías estado de todas maneras buscando a Rex. Me dijeron que yo les ayudé de varios modos, pero que resulto de la más pura casualidad.

La joven se mordió el labio. Luego preguntó:

—¿Qué es… qué fue de Rex?

—Está muerto —contestó Karmesin sin la menor duda; después de todo, en el sentido importante de las palabras aquello era la pura verdad. Añadió—: Lo siento mucho.

—Me parece que ya no esperaba volverle a ver, en realidad —dijo la muchacha. Apartó la vista y al cabo de un momento se tapó la cara con las manos.

—Preferiría… no saber más detalles —logró murmurar.

—Como quieras —dijo Karmesin. Con su poco característica torpeza, prosiguió—. Ya no hay necesidad de que te quedes, si no quieres hacerlo. Se me acaba de ocurrir que podía ser más fácil para ti oír las noticias de esta manera que si te las hubiese enviado a casa

con un mensaje.

La joven asintió, y levantándose de su silla se dirigió a la puerta. A punto de salir, se volvió.

—Gracias —dijo con sencillez antes de marcharse.

* * *

—¿Qué fue de Quant? —preguntó Dombeno con una voz ronca —. ¿Algo verdaderamente horrible?

—Mucho —contestó Karmesin. Se levantó y cruzó el piso, hasta plantarse en la pared variparente para desde allí mirar a Aryx. La ciudad estaba a la sombra de una espesa nube que había bloqueado el sol, oscureciéndolo todo.

—Fénix —murmuró al cabo de un rato—. No sólo tenemos que controlar ese asunto Fénix, Dombeno. Tenemos que aprender de él. Tenemos que aprender lo que los oheanos querían averiguar, y por el mismo motivo para que nos sea posible aplicar las fuerzas correctas para nutrirlo y hacerlo extender.

—¿Qué? —Dombeno parpadeó, con expresión insegura—. ¿Pero… pero por qué?

—Oh, aquí no —repuso Karmesin—. No en ninguno de nuestros mundos. ¡En Ohe! Ellos tienen que pasar por ese ciclo de destrucción y resurrección. Todo lo qué creen y aprecian tendrá que ser desgajado, para que puedan empezar de nuevo. Exactamente lo que los Fénix han estado abogando para nuestra especie, ¿no? Me pregunto qué será de ellos tras su segunda oportunidad…

Su voz se apagó mientras calculador fruncía el ceño pensando en el futuro.

—Usted lo sabrá, ¿verdad? —preguntó Dombeno sombríamente —. ¡Estará usted presente para ver lo que ocurra!

—¡Sí! —La expresión de Karmesin se iluminó hasta parecer casi feliz por primera vez desde que Dombeno podía recordar—. ¡Sí, claro! —Emitió una áspera risa y añadió cínicamente—. Si vivo, es decir. Si puedo soportar la tensión.

Dombeno murmuró una respuesta, pero Karmesin no le prestaba atención. Fuera se levantaba el viento, y mientras miraba el aire, arrancó el velo de nubes a lo lejos del sol y la ciudad quedó bajo un brillante y polícromo resplandor, como los maravillosos colores del

legendario Fénix saltando de las grises cenizas de su extinguida pira.

FIN

Notas

[1] MIDSPRING, literalmente «Mitad de la primavera», mes que crea el autor y que correspondería, según nuestro calendario actual, al de abril o mayo. —Nota del Traductor. < <

[2] STONEWALL, literalmente «Muro de piedra». —Nota del Traductor. < <

[3] MERRY, literalmente «feliz». Nota del Traductor. < <

[4] I.Q., siglas de «Intelligence's Quotient», o «Cociente o índice de inteligencia». —Nota del Traductor. < <

[5] Se llaman elementos pesados aquellos que en el sistema periódico tienen un peso atómico superior al del platino. Todos los cuerpos radiactivos pertenecen al grupo de elementos pesados. —N. de T. < <

[6] SNOW. literalmente «Nieve». —Nota del Traductor. < <

[7] «ADVOCATUS DIABOLI», «Abogado del Diablo», también llamado «promotor de la fe», individuo de la Sagrada Congregación de Ritos, de la clase de consultores natos, que en las causas de beatificación y en las de canonización tiene el deber de suscitar dudas y oponer objeciones, sin perjuicio de votar después en pro con arreglo a su conciencia. —Nota del Traductor. < <